

255 44 58

JOSE ZORRILLA

SU VIDA, SUS OBRAS, SU MUERTE,
EL HOMENAJE NACIONAL
TRIBUTADO Á SU MEMORIA.

Anécdotas, versos suyos escogidos, artículos
necrológicos y epíceyos de reputadísimos autores.

**DATOS PARA LA BIOGRAFÍA
DEL ÚLTIMO POETA ROMÁNTICO ESPAÑOL**

RECOPILADOS POR

UN GACETILLERO DE «LA PUBLICIDAD»

Y DEDICADOS POR EL MISMO

Á LAS BLASONADAS É ILUSTRES DAMAS

que protegieron en vida al incomparable cantor
de las tradiciones patrias,

Á las Sociedades y Corporaciones

que lo honraron vivo ó muerto,

Á LOS LITERATOS TODOS

Á LA PRENSA EN GENERAL.

—•••••—
GRANADA.

Est. Tipográfico de F. Gómez de la Cruz.

Calle del Angel, número 7.

1893.

09

NUMERO	
DATA	B
ORA	4
TABLA	
NUMERO	304

José Zorrilla.

SU VIDA, SU SOBRAS, SU MUERTE,
EL HOMENAJE NACIONAL
TRIBUTADO Á SU MEMORIA.

Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Francisco L. Hidalgo Rodriguez



Jose Cortés

SE VIDA SU SOBRIA BUENVENTURA

EL HONORABLE NACIONAL

LA BUENVENTURA A SU MEMORIA

R. 6531

JOSÉ ZORRILLA

Su vida, sus obras, su muerte,
EL HOMENAJE NACIONAL
TRIBUTADO Á SU MEMORIA

ANÉCDOTAS, VERSOS SUYOS ESCOGIDOS,
ALGUNOS DE ELLOS INÉDITOS,
ARTÍCULOS NECROLÓGICOS Y EPICEYOS DE
REPUTADOS AUTORES

DATOS PARA LA BIOGRAFÍA
DEL ÚLTIMO POETA ROMÁNTICO ESPAÑOL
RECOPIADOS POR
UN GACETILLERO DE «LA PUBLICIDAD»



GRANADA.
Est. Tipográfico de F. Gómez de la Cruz
Calle del Angel, núm. 7.
1893.

Es propiedad del
editor.

Queda hecho el de-
pósito que marca la
Ley.

Dos palabras al lector.

Con motivo de la muerte del insigne poeta Zorrilla, la prensa española ha publicado, intercalándolos con poesías suyas escogidas y algunas inéditas, numerosos é interesantes artículos necrológicos y epicedios, anécdotas, rasgos biográficos, crónicas prolijas de su entierro y de las sentidas y cariñosas manifestaciones de duelo nacional tributadas á su memoria; trabajos en su mayor parte debidos á los más reputados ingenios, que así han dejado escritas hermosas y brillantes páginas, que á la vez honran y enaltecen los singulares méritos del que fué nuestro último trovador, y á esta noble patria, á la cual dedicó casi íntegramente las mara-

villosas producciones de su incomparable estro, cantando sus glorias y tradiciones.

Nosotros, que deseamos como el que más, rendir nuestro homenaje de admiración y cariño hacia el autor precelentísimo de *Granada*, hemos ideado un medio de realizar tan patriótico sentimiento, sin escribir ninguna elegía, que por brotar de nuestra torpe pluma, más bien fuera agravio que alabanza para el génio que, al abandonar la tierra, ha entrado á ocupar merecido puesto en el templo de la inmortalidad, ni siquiera lamentando en cuatro versos octosílabos, que la muerte no respete á hijos tan exclarecidos de las Musas; sino de un modo muy sencillo que nadie habrá de tacharnos, y que muchos amantes de las Letras nos agradecerán sin duda: reuniendo en este modesto libro aquellos trabajos literarios dedicados al gran poeta, expresiones de-

licadas y bellas de los afectos de amor y gratitud que el pueblo ibero siente hacia aquel esclarecido hijo suyo á quien, si la muerte arrebató, no pudo llevarse con él sus admirables obras, sus singulares méritos y su glorioso y gratísimo recuerdo, pues le queda un culto de simpatía entusiasta y duradera como su patria, en todos los corazones. Recopilados esos artículos y versos magníficos, conseguiremos hacerlos peremnes, que es el mayor honor que pudiéramos tributar á Zorrilla, pues ya se sabe que los periódicos, después que se leen no suelen conservarse, y, además, que es difícil reunir todos los que á nosotros nos han servido al objeto antes dicho.

A esto se reduce nuestro trabajo, en el que no nos hemos *quebrado la cabeza*, como se suele decir; pero tampoco reclamamos que se nos reconozca un esfuerzo intelectual que

no hemos tenido necesidad de hacer: no pretendemos, pues, nada; si acaso que se juzgue que nuestro pensamiento es eficaz, patriótico y loable.





JOSÉ ZORRILLA

Ha sobrevivido á su época... Nació en Valladolid en 21 de Febrero de 1817, cinco años después del autor de *Juan Lorenzo*, del cual había de ser cariñoso amigo, y en compañía del cual debía recorrer alguna vez la senda del arte escénico. Fué su madre doña Nicomedes Moral; fué su padre D. José Zorrilla, alcalde de casa y corte en Madrid, en tiempo de Calomarde, magistrado después, hombre de carácter entero, de genio adusto, de principios autoritarios, recto y probo, mal avenido con todo movimiento reformador del Gobierno ni de las costumbres; de aquellos varones que juzgando el poder paternal menos un derecho de la Natura-

leza que una institución política, encubren las ternuras del corazón bajo los acentos de la severidad. Era lo que llamamos hoy un hombre chapado á la antigua; de los que sólo quedan sus retratos en las salas de recibo, gracias al pincer de los Goyas y los López, y que nos inspiran respeto aún desde el lienzo en que aparecen tan insensibles como cuando vivieron forrados en su toga y adornados con el blanco encaje de sus vuelillos. Conviene detenerse á mirar este retrato del padre de nuestro poeta, porque su rigidez y su intransigencia, virtudes de tal época respetables para todos y más para su hijo, decidieron al fin de su porvenir y de su vida.

En 1827 los padres de Zorrilla vinieron á Madrid y éste ingresó en el Real Seminario de Nobles. Hubo que hacer para ello información de nobleza; y fácilmente se repara que esta información quedó hecha no tan sólo en el archivo del seminario sino también después en sus obras, todas llenas del espíritu caballeresco. Tuvo allí Zorrilla por compañeros á los más encumbrados títulos y recibió la educación inútil y brillante del noble. Dibujar, tirar á las

armas, leer á escondidas libros de amena literatura y hacer versos; he aquí sus ocupaciones predilectas. Leía á Walter Scott, á Fenimore Cooper, á Chateaubriand. Estos autores fueron las nodrizas de su entendimiento. Había sido fundado el colegio y era dirigido por los jesuitas que adivinaron al poeta, celebraron sus versos y gustaban de oírle declamar en el teatrillo donde se celebraban los exámenes, algunas comedias de Lope y Calderón, refundidas, y sin duda mejoradas por los padres. Zorrilla era primer actor de aquel teatro; circunstancia digna de recordación, pues nos indica el origen de sus aficiones al drama antiguo y nos explica su especial manera de leer el verso, que no es propia lectura sino recitación y casi, casi, música.

Salió del Seminario el año '32; y más tarde, muerto ya Fernando VII y encendida la guerra civil, fué á estudiar leyes á la Universidad de Toledo. Su padre se encontraba á la sazón desterrado en Lerma. Sus impresiones de Toledo viven con hermosos colores en sus *Leyendas* y en sus primeras poesías. Estudiaba las ruinas y las tradiciones: leía las obras de Víctor Hugo,

de Espronceda, de Alejandro Dumas. Leía también el *Romancero*, Juan de Me-
na y Jorge Manrique. El espíritu de la
revolución envuelto en la dalmática es-
pañola, esta era su musa por entonces,
en efecto. Mientras su padre le creía
un legista, él se complacía en no ser
más que un romántico. Imaginémos
un joven delgado, pálido, descuidada-
mente vestido, con una caballera sal-
vaje, miradas animadas por la excita-
ción del insomnio y la centella del ge-
nio; un tipo de afectada grandiosidad,
premeditadamente excéntrico. Quedá-
base pasmado mirando los rosetones
góticos de la catedral como si fuesen
las claraboyas del Paraiso, vagaba por
los cementerios á la media noche, co-
mo si quisiera estudiar la vida en el
vacío de los cráneos; ponía sobre los
principios políticos y religiosos y la
auteridad paternal, los delirios de la
revolución y las dudas de los enciclo-
pedistas. ¡En su extravío llegó hasta
contraer amistad con Miguel de los
Santos Alvarez! Sumergido, pues, vo-
luntariamente en tan supremos horro-
res, debía considerarse poeta. Y no se
engañaba, que lo era á pesar de esto.
El resultado de tales extravíos estaba

va previsto por los entendimientos diá-
rianos: Zorrilla no podía ser jurista,
probablemente no pasaría de ser un
pobre diablo ó un loco. El mismo re-
nunció á los estudios y se negó á los
exámenes. Le encajaron, pues, en una
galera de retorno para Lerma y á car-
go del mayoral; pero él, sin ser visto,
montó sobre una yegua que pastaba
suelta en el campo; llegó á Valladolid,
vendió la yegua, tomó pasaje para Ma-
drid en una galera y tres días después
entraba en la corte. Había roto con el
pasado, con la autoridad paternal y
con su conciencia; estaba, pues, huér-
fano y pobre. A la luz del sol ¡cuántas
esperanzas le acariciaron sin duda! pe-
ro... en sus noches ¡qué triste debió
ofrecérsele el porvenir!

Zorrilla mismo ha contado que en
aquella época vivió difícilmente de su
lápiz y de su pluma, que se dió á pre-
dicar una política de locos sobre las
mesas del Café Nuevo y que fundó un
periódico tan acepto al Gobierno que
éste envió la justicia para prender á to-
dos los redactores. Zorrilla se escapó
por un balcón, disfrazóse luego de ji-
tano y burló así la persecución de los
aguaciles. El movimiento revoluciona-

rio que vino después le permitió volver á Madrid pocos días antes de la muerte y entierro de Larra, fecha doblemente memorable para la prosa y la poesía. Cierta italiano, al servicio del infante don Sebastián, le sugirió la idea de hacer unos versos al gran escritor cuyo suicidio era conversación y asombro de Madrid.—Yo haré que se publiquen—le dijo—y quizá puedan valer algo.—Vivía Zorrilla entonces en el zaquizamí de un cestero, y dice que compuso los versos á la luz de una vela que él mismo había comprado; y que no teniendo pluma ni tinta acomodó, al objeto, un mimbre y se sirvió del tinte azul con que los mimbres se teñían. Antes Zorrilla en compañía de Santos Alvarez habíase llegado á ver el cadáver de Larra, expuesto en la bóveda de Santiago, buscando inspiraciones en la contemplación lastimosa de la humana miseria. A la mañana siguiente se verificó el entierro, dirigiéndose la comitiva al camposanto de la puerta de Fuencarral. Era una tarde de Febrero que unía su tristeza á las triztezas de los espíritus. El gran satírico, más temido que amado en vida, parecía haber dado á sus propios

enemigos, destruyéndose, una terrible reparación; el duelo era universal, llorábanle cuantos habían penetrado en los rincones de su alma, para la amistad y el amor adornados y floridos; lamentaban los demás su juventud y talento malogrados; dejaba en todos los labios sed de su amargura. Llegada que fué la comitiva al cementerio, el Sr. Roca de Togores, después marqués de Molins, pronunció ante el ataúd una oración fúnebre, nuevo motivo de dolor y de lágrimas. Iba el cortejo á dispersarse cuando un incidente inopinado le detuvo. Un joven desconocido, pálido, trémulo, de armoniosa voz, de mirada sublime, recitaba unos versos, y en ellos se difundían por aquel triste recinto la duda, el desconsuelo, la desesperación de Larra: universales sentimientos de aquella juventud y de aquella solemnidad. Esta composición era una blasfemia lanzada sobre la tumba de un suicida.—Desde ese día Zorrilla fué poeta; desde ese día su melena larga, su tez pálida, su orgulloso desaliño no parecieron un ripio. Fué lo que ya era en realidad, un genio.

Bien pronto le admitieron en su

amistad y le aposentaron en su corazón, Bretón, Ventura de la Vega, Gil y Zárate, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Donoso Cortés, Pastor Díaz, Escosura, Pacheco, Espronceda, Villalta, Mesonero Romanos y otras ilustraciones, lo cual le dió esa brillantez social de que se paga la juventud y que hace menos sensible las inquietudes del hambre. No tardó mucho tiempo, sin embargo, en abandonar la tertulia de Espronceda. Este Apolo del romanticismo se le presentaba grandioso en su hermosura; pero incomprendible. El romanticismo de Zorrilla era puramente un fuego del espíritu y el de Espronceda un verdadero temperamento; la duda filosófica era para el joven poeta un tema poético y para el autor de *El Diablo Mundo* una llaga del corazón. La mujer se le presentaba al uno como habitadora de un jardín, llena el halda de flores; el otro parecía no ver en ella sino una copa de barro, henchida del vino de los placeres. No podía comprender Zorrilla, entonces, todo el dolor, y por lo tanto, toda la poesía de aquel brillante cínico. La chismografía de la sociedad le hastiaba: le repugnaban las agitaciones políticas: su

corazón virgen pedía luz, frescura, entusiasmo, ilusiones, algo más digno del espíritu y más sublime. No le veía en los demás y se encerró en su buhardilla á contemplar su alma y alimentarse y hermosearse con ella. Niño por su inocencia, pareció un viejo por su conducta. Trabajaba sin cesar, martirizaba su inspiración. Su musa era bella sin duda, pero desmelenada, descompuesta, desfallecida, muchas veces; incorrecta, siempre: musa, al fin, jornalera.

Tenia Zorrilla veinticuatro años por esta época y buscando siempre horizontes para la vida, propuso á García Gutiérrez escribir una obra dramática en colaboración. Con *Juan Dáncalo*, y en compañía tan excelente dió comienzo á sus triunfos escénicos. García Gutiérrez era ya el aplaudido poeta de *El Trovador*. El aplauso que obtuvo *Juan Dáncalo* decidió á Zorrilla por el teatro, que cultivó, entonces, con preferencia. Antes de considerar á Zorrilla como autor dramático, considerémosle como poeta lírico. Esta consideración es conveniente y también necesaria, pues sus dramas no son más que dilatadas poesías, poemas de trovador; leyendas.

Un crítico eminente, ha dicho al escribir la biografía del duque de Rivas, que el autor del *Don Alvaro* había sido el último poeta español. Yo me permito reclamar este puesto para Zorrilla: en él concluye la dinastía de nuestros poetas nacionales. Si bien debe sus primeras inspiraciones al romanticismo francés, bien pronto su carne española y sus huesos españoles; los recuerdos de su infancia; la nostalgia de su hogar; la efusión de su fe religiosa y sus supersticiones; la austera sombra de su padre; los deslumbramientos que le produjeron las pasadas grandezas de la patria; su educación entre nobles; las comedias de capa y espada y los dramas de Calderón y Lope que representó de niño; el énfasis de su acento y de su estilo; su imaginación oriental; su vagabundez llena de aventuras de Gil Blas y desventuras de Quijote, todo le llevó, no tan solo á ser poeta nacional, sino á ser el poeta de la tradición. Entre *Don Alvaro* y *Don Juan Tenorio*, que sintetizan perfectamente los caracteres poéticos del duque de Rivas y de Zorrilla, es sin duda el *Don Alvaro*, más bello, pero no más castizo. Sin propósito de afirmar esta indicación haré

luego algunas consideraciones, que pudieran confirmarla. Zorrilla es poeta español, nacional, tradicional, cristiano y católico. Mientras que el coro de poetas sin fe que presidía Espronceda, entonaba un canto á la humanidad que parecía un lamento, él visitaba las ruinas de las catedrales, de los monasterios, de los palacios, de las ciudades castellanas: y sentado sobre una rota columna, evocaba reyes, caballeros, togados, inquisidores, frailes, monjas, juglares, mágicos... al popular ignorante é inquieto; no para escarnecerlos, sino para coronarlos con luz de la inspiración cristiana, con la llama del fanatismo, á veces. Tiene de poeta contemporáneo lo que debe á su siglo: el lenguaje, la posesión de los tesoros de cinceladas palabras que los antiguos poetas le han legado; tiene de poeta universal las fórmulas concretas y vehementes del sentimiento; la intuición de los destinos de la humanidad; la elección instintiva de lo bello.

Es tan castizo, que sus defectos son como sus bellezas, españoles; la imaginación predomina en él sobre el sentimiento; la descripción sobre la acción, la gallardía sobre la naturalidad; la

magnificencia sobre todas sus otras cualidades. Conmueve menos que admira. Es más feliz en la pintura de la Naturaleza que en la de los pensamientos; es más artista que pensador y más colorista que dibujante; más vario que profundo; pomposo en hojas y flores; siente mejor al hombre que á la mujer, y mejor que al hombre á Dios. Zorrilla no tiene sitio en la poética del siglo XIX, si no se le permite sentarse sobre el sepulcro de la poesía española. Ningún país, ninguna literatura le reconocería por suyo y sólo sería recibido con júbilo, donde ya lo fué otras veces, en otras Españas, en nuestro antiguo territorio americano.

En la colección de sus poesías, las primeras son de escaso valor. El poeta busca su camino entre las sombras. El pensamiento no encuentra su natural vestidura, y se cubre con un traje zurcido de riquísimas telas y de harapos. Agítase el estilo en convulsivos estremecimientos, cortando su canto maravilloso con repetidas disonancias. Al rebelarse contra su padre, parece haberse rebelado también contra Dios. Un escepticismo sin trascendencia, sujeta su inspiración á la tierra y al si-

glo. Cuando vuelve los ojos hacia el pasado, sus palabras caen sordamente como piedras en un abismo. Así se re-
tuerce buscando la fórmula poética que debe abrir los tesoros de que siente llena su imaginación. Un día, por fin, exclama: *¡Bello es vivir, la vida es la armonía!* y al sonar esta divina frase, la inspiración surge y le dice: ¡Héme aquí, poeta! El raudal brota claro, armonioso, abundante... Ya no se verá la Naturaleza recubierta por él de piedras falsas, de flores de trapo, de pensamientos artificiosos, de versos inflados; de imágenes monstruosas, de reminiscencias torpemente incrustadas; la creación será pintada por él con la misma luz del sol y los mismos colores de las flores; su voz será la del pájaro en el amor; la del trueno en las pasiones; su fecundidad, como la de la tierra, inagotable; su magnificencia paradisiaca. A partir de este momento, el que imitó tendrá imitadores; será el poeta de la aristocracia como del pueblo, y durante un siglo vivirán de la cadencia de sus versos, de la combinación más ó menos ingeniosa de sus imágenes, de la falsificación de su estilo, del saqueo, en fin, de su caudal

poético, muchos que llamaremos también grandes poetas. Los que quieran pasar por originales, tendrán ya que saquear á los extranjeros. Él fija, entonces, su destino; promete consagrarse á la patria en que nació y á la religión en que vive; tiene á mengua cantar á Hércules y á Leónidas, á Horacio Coclés y á Julio César, habiendo en nuestra historia un Cid, un Pedro An-súrez, un García Paredes, un Hernán Cortés .. María llorando al pie de la cruz, las fastuosas ceremonias de la Iglesia católica parécenle más dignas de un poeta, que Venus y las fiestas de Baco. Su propósito era este; pero á decir verdad, y para ser español sobre todo, no fué el poeta de la religión, sino de las supersticiones. Lo prueban *Para verdades el tiempo, A buen juez mejor testigo, Recuerdos de Valladolid, Las dos rosas, El capitán Montoya, Justicias del rey D. Pedro, Una aventura de 1360, Margarita la Tornera*. Bastaría, para declararle por uno de los más grandes poetas nacionales, la perfección á que levantó en estas *Leyendas* el metro genuinamente español: el romance. Es un romancista popular, en el sentido de que recibiendo sus

inspiraciones de la tradición, y hasta sus giros vulgares, los devuelve al pueblo enriquecidos por el arte; vigorizados por el estilo; afiligranados por la fantasía con primorosos colores, más musicales y hasta más españoles. Todas las obras líricas y dramáticas de Zorrilla, podrán ser olvidadas con el tiempo; pero sus romances serán eternas páginas de nuestra Biblia poética: del *Romancero*. No temen la crítica ni la comparación. Son narraciones del pasado, que serpean como la llama, se deslizan como el arroyo y susurran como el viento: música de palabras, fuegos artificiales de ideas á que responden otras músicas y otras ideas gemelas en nuestra alma. Parece que este metro lleva en sí la generación de la sabiduría, pues cuando Zorrilla nos habla en romance, todo lo intenta, todo lo dice, todo lo sabe... Una florecilla que nace y cuelga de un muro, la cazoleta de una espada, la pluma de un chambergo, la escarcela de un paje, el tapiz de un pórtico, los dibuja colora y detalla con tal brío, que parecen seres vivientes é importantísimos personajes de sus cuentos y dramas. Y cuando toca en pun-

tos más altos; desafíos, bodas, torneos, romerías, procesiones... ¡Cómo parece dilatarse nuestra vida y gozar plenamente de los siglos por él descriptos con tanta magnificencia! Zorrilla no es tan solo nuestro último poeta: es el último trovador. La fe se extingue con él; el pueblo de sus romances muere.

Hablemos, ahora, del autor dramático. Es hablar también del poeta. Si debe atenderse al juicio de la posteridad con preferencia al de los autores y al de los críticos, Zorrilla es solo autor de un drama: *Don Juan Tenorio*. *El zapatero y el rey*, *Traidor, inconfeso y mártir*, no han sido vaciados en el molde de la belleza eterna; eternamente comprensible; digna de eterna admiración. Sobre *El burlador de Sevilla* y la refundición de *El convidado de piedra*, se propuso Zorrilla escribir un drama. En las interesantes y novelescas Memorias que nos deja para ilustración de aquellos tiempos y de sus obras, encontramos noticias relativas á la confección del *Don Juan*, y el juicio crítico que á su mismo autor le merece. Zorrilla se comprometió á escribir el drama en veinte días; fiado sólo en su intuición de poeta y en su

extraordinaria facultad de versificar.

El resultado de esta audacia fué, sin embargo, tan glorioso, que no hay obra en nuestro teatro español, antiguo ni moderno, que le haya obtenido mayor. *Don Juan Tenorio* se representa en España todos los años por todas las compañías de verso; sus representaciones duran quince días, con otros tantos llenos, como si se ofreciese al público la más interesante novedad; no hay español de alguna ilustración que no le haya visto ó leído; no hay español ni americano que no conozca este nombre, y este tipo, y por ellos, al poeta. Cuarenta y siete años de continuo aplauso le forman magnífica ovación. Ni se adivina el término de las admiraciones, pues cada año se extiende con el número de teatros. Hasta la infancia le aprende ante los tinglados donde le representan muñecos de palo. Ha venido á ser un drama conmemorativo, nacional, universal. ¡Extraño conjunto de elementos sociales, literarios y religiosos; que no todos los espectadores comprenden, pero que todos admiran y aplauden! *Don Juan Tenorio* ha matado las demás obras de Zorrilla, y en vano ha sido que éste

haya pretendido luego sobrepasarla. Toda su vida se ha consumido en inútiles esfuerzos; diríase que vació sobre los moldes de Don Juan Tenorio y de Doña Inés, su corazón y su cerebro. El pueblo, que no debo decir el público, dijo al poeta: ¡*No irás más allá!*... Y el poeta se detuvo allí, sentido, airado, protestando de su mismo triunfo, despreciando las ovaciones y á las multitudes que se las tributaban, increpándose á sí propio, pidiendo en nombre de la misma literatura y de su propia gloria la demolición de esa estatua; señalando al elogio otras producciones suyas por mejores. La opinión le deja retorcerse con desesperación, y simboliza su genio con este nombre legendario: *Don Juan Tenorio*.

Don Juan Tenorio es una leyenda dramática. El apasionamiento del público por ella está justificado por el mismo poeta, pues ese mismo tipo aparece en casi todas sus narraciones poéticas, y principalmente en *El Capitán Montoya* y en *Margarita la Tornera*. No ha debido, pues, admirar en Zorri-lla de haber hecho sentir al pueblo lo que también llenaba su corazón. Da-

das sus condiciones de artista, la superioridad estaba en saber elegir. Al fijarse en *El burlador de Sevilla* encontró no solo un tema digno de su poesía, sino el tipo más característico de la nacionalidad española. Sin apreciar las razones por qué Don Juan representaba nuestro carácter, él oía latir bajo su justillo de terciopelo el corazón de España; el corazón del romanticismo nacional, el suyo propio. Al restaurar, pues, la antigua figura, nada necesitaba para conmover; y para deslumbrar, y para obtener aplausos, le bastaba enriquecerla con su maravillosa fantasía. Busquemos los orígenes de este tipo en la sociedad española, de la cual directamente sin duda la entresacó su primer poeta Tirso de Molina: esta investigación podrá explicarnos su éxito.

Terminada la Reconquista, establecida la Inquisición, sacrificados los comuneros, el pueblo quedaba inactivo, el pensamiento sin horizontes, el despotismo afirmado. Habíase acostumbrado el pueblo á la idea de que sólo era nobleza digna de estimación la de las armas. A ella debía la posesión de la patria, y esta creencia había debido

arraigar necesariamente en su corazón durante siglos, en los cuales sólo el valor, la audacia, la temeridad, merecían alabanza y recompensa. El libro, manuscrito y encerrado en la biblioteca de algún gran señor, en la celda de un monje ó en el laboratorio de algún alquimista, sospechoso de magia, era un goce particular y peligroso; las prensas no podían difundir sino el espíritu del catolicismo extremado por las caprichosas exageraciones de cien comentadores fanáticos, historiadores de todo milagro y superstición. Ser buen cristiano y ser valiente eran las dos virtudes y las dos obligaciones del caballero; ser buen cristiano la del villano. Dispensábasele á éste del valor por considerársele don providencial, superior á su categoría. Ociosidad, ignorancia, supersticiones: hé aquí el legado de los grandes reinados de Isabel y Carlos V. Los hidalgos vivieron sedentariamente, vistiendo con orgullo los harapos de la miseria, se esparcieron por Europa y por América, buscando en nuevas guerras nuevos honores, ó pidieron la paz del cuerpo y del espíritu á los conventos. El pueblo se entregó con más tranqui-

lidad al cultivo de los campos y á la satisfacción de la pereza; pero, conservando aún respeto á los antiguos ideales, entretuvo la ociosidad con la narración de antiguas hazañas, de sus héroes muertos, que poetizó en sus consejos. Considerándose digno de ser despreciado, despreciándose á sí mismo; juzgando el despotismo como único gobierno humano y política de Dios, la dureza de los impuestos, el orgullo de los nobles, la injusticia de la justicia, un destello de luz divina que siempre fulgura desde algún recóndito seno de la conciencia hasta en el hombre más embrutecido, le hacían acoger con júbilo cualquier agresión contra los principios sociales. Sin deseos de reivindicar una libertad cuya memoria no guardaba, deslumbrándole la perspectiva de un ennoblecimiento posible, nunca negado al villano por las armas, ya fueran empleadas éstas en ayuda del rey, ya contra sus poderes y leyes. El valor y la fuerza eran siempre su admiración, y no dejaban de serlo, antes le causaban oculto placer, empleados contra los gobiernos; sabía que para llegar á ser noble, tan bueno era como ser soldado ser bandi-

do. Con frecuencia eran llevados á la milicia y á sus más altos puestos insignes bandoleros, que habían fatigado alguna comarca con sus partidas, dando así la autoridad, pública y escandalosa sanción á sus crímenes. Y si los poderes políticos relajaban la moral, tampoco la religión procuraba sustentarla. Los conventos y las ermitas llenos estaban de bandidos jubilados en reputación de santidad; no había ladrón ni asesino que no se preparase á las rapiñas y á sus muertes con oraciones, y que no tuviese acotado un sitio en el Paraíso, al lado del santo de su devoción, ó junto al coro de ángeles de la Virgen María. No podía faltarle mientras llevase al pecho un escapulario y tuviese intención de arrepentirse. Saber evitar el castigo en la tierra; tener un abogado en el cielo, hé aquí la moral y la religión del pueblo español en la época de su mayor imperio. Adviértase que la pasión del pueblo por los grandes bandidos reconocía también la misma causa de su veneración á la nobleza; ésta y aquéllos se burlaban y se imponían á lo que él temía y detestaba más: á los alguaciles, á los jueces, á la justicia. Bajo

el reinado de Felipe II crecieron su ignorancia, su envilecimiento y su fanatismo, y con ellos su respeto á la fuerza, su extravío moral y su afición á lo maravilloso. En tales momentos históricos, hombres como Don Juan Tenorio que representaban todos los cultos, todas las pasiones, todos los errores del pueblo, debieron existir y ser populares y de su historia ó de sus historias debió formarse una leyenda que dramatizó, por fin, un fraile poeta. Llámese Don Juan de Mañará, Don Juan Tenorio, el capitán Montoya ó Don Juan de Alarcón, como el raptor de *Margarita la Tornera*, es la juventud española de muchos siglos: nació del orgullo y de la hermosura, se crió á los pechos de la ignorancia, rompió la ley con la fuerza, buscó furiosamente el placer, dudó de Dios, se arrepintió al morir y está en la Gloria. Todavía hoy si nuestra razón le condena, nuestro corazón y nuestra fantasía le encuentran hermoso. El día en que esa realidad histórica produzca repugnancia en nuestro pueblo, cualquiera que sea su ropaje poético, el día en que anunciándose *Don Juan Tenorio* estén vacíos los teatros, España habrá llega-



do á su completa civilización; pero no será España.

Duran los efectos y permanece, pues, el encanto; es hoy, seguramente, mayor que nunca; siéntese la realidad del personaje y tiene, sin embargo, prestigio y misterio de tradición. Críticos distinguidos han dado la preferencia al drama de Tirso sobre los demás escritos con el mismo asunto, por su claridad, unidad y sencillez. Su elección es aceptada filosóficamente, y juzgando solo en esos dramas la figura de Don Juan. Pero las creaciones teatrales, como los hombres de sociedad, sólo pueden presentarse con el traje del día. Une el *Don Juan* de Zorrilla á la novedad de su traje, la luz poética que refleja en él Doña Inés, verdadera creación y vigoroso contraste de Tenorio. Es la Margarita de este Fausto meridional, y si ne arranca uno á uno los pétalos de una flor para saber si es ó no es querida, pasa y repasa entre sus dedos las cuentas de su rosario, una por Don Juan y otra por Dios. Es la encarnación de la mujer española. Por esto el drama de Zorrilla es original sin haber perdido el prestigio de su nacionalidad; por esto lleva un se-

llo de indestructible permanencia; por esto, aunque su obra sea desordenada en conjunto, contradictoria en el carácter de Don Juan, incorrecta en su versificación, monstruosa muchas veces, es la que vive, la que conmueve, la que se representa.

¡Magnífica leyenda en verdad! En ella aparece con brillantísimo color el hombre del Mediodía, orgulloso, ignorante y brutal. Necesita amar y necesita creer. Poco le importa si lo que ama es digno de amor; basta que conmueva su corazón y recree sus ojos; ni en cuál superstición ponga su fé; basta que sea maravillosa. Sus pasiones buscarán el placer hasta en el crimen; no ha de faltarle el perdón en su última hora. Cuanto más espantable sea el delito le atraerá con mayor fascinación: matando gozará su crueldad; profanando la casa de Dios se deleitará en el sacrilegio. Sólo falta que la organización política favorezca también los extravíos de sus pasiones. Don Juan pudo arrojarse á todo; era noble y rico, sobre valiente y hermoso. Don Juan es la más espléndida personificación del vicio, y Zorrilla nos le presenta como un sátiro engalanado

de flores y piedras preciosas. Es un demonio que se ha propuesto robar ángeles al cielo, aunque él no cree, por de pronto, ni en el cielo ni en el infierno. El amor mismo no ha sido hasta ahora en él más que un beso dado sobre las rosas de un jardín para marchitarlas... Es hermoso, es noble, rico, audaz, ¿qué más digna misión puede proponerse que divinizar el vicio? ¿Qué necesita para el logro de su propósito? Una espada para matar. El la ciñe. No pongáis los ojos en sus amores, ni la palabra en su honra, ni contra su carta en el juego, ni en duda su palabra, ni le rocéis con el codo al pasar el callejón, ni seáis tan necio que os pongáis delante de su paso y de su capricho. ¿Qué necesita á más de su hoja toledana? Oro, mucho oro, para apilarlo en las mesas de sus festines, y hacerlo rodar sobre los manteles al extender borracho, sobre ellos, sus largas botas de retorcidas espuelas; oro que arrojar en saquillos sobre los mostradores de los mercaderes, á cambio de los terciopelos y rasos de sus justillos y tabardos, de los encajes de sus golas, de las plumas de sus sombreros, de los diamantes de sus hebi-

llas y del puño de sus espadas. Valor, riqueza, hermosura, desprecio del mundo, de los hombres y de Dios, ¿qué más se necesita para ser tirano? Pero tiene irregularidades en su proceder que son grandes, como fuera de la conducta universal; hasta hace una buena acción si hay peligro y no hay provecho en hacerla. La difamación, el escándalo, la muerte, van con él; pero va también con él el corazón de las mujeres. Es el vicio en su más deslumbrador florecimiento, y ellas van á posarse en su cáliz, plegando sus alas de purísimos colores.

Pero ha llegado un día solemne para los cortesanos de su valor y su fortuna. Sevilla le recibe con nuevas admiraciones, y le rodea en la hostería de Buttarelli, para escuchar de sus propios labios la recapitulación de un año de desafueros, contra los desafueros del mismo año que recapitula también Don Luis Megía. ¡32 muertes! ¡72 mujeres burladas!... No es para admirarse según su cuenta. ¡Las enamora en un día, las consigue en otro, las abandona al siguiente, las sustituye en dos y las olvida en una hora!... Sin embargo, está para casarse con Doña Inés de

Ulloa; boda hecha por los padres, que sólo miran los intereses. Presencian la escena de la hostería, y dan por roto el compromiso. Don Juan no se casará con Doña Inés; pero jura seducirla y robarla. Entra en el convento y la roba, trasladándola á una quinta, orillas del Guadalquivir. Entonces aparece transformado. El león se ha dejado vencer por la dulzura, la timidez y la inocencia de la gacela. Todavía puede reconciliarse con la sociedad y con Dios. Todavía puede ser dichoso sin ser criminal. Ha entrevisto en la tierra un oasis donde se ama con el amor sereno, puro y eterno de los ángeles. ¡Redención por el amor de Doña Inés!.. Vedla, cuán bella, cuán adorable. Si al tocarla él se ha estremecido de admiración y de ternura, ¿quién no la admirará, quién no la amará como él? ¡Pobre avecilla encerrada en una celda casi desde el nacer, por un padre austero que lleva su corazón enterrado bajo la cruz de una encomienda! Es cándida, es amorosa, es ignorante, es buena. Las voces del placer se estrellan contra las tapias de su convento, y ella no las entiende: ha nacido en la jaula, y sus alambres son el término

del mundo. Escucha con simpatía las descripciones del vivir tranquilo de la virtud que la pinta la abadesa, y piensa que un hogar es un convento, y que dentro y fuera sólo se vive para rezar. Si le hablan alguna vez de los hombres, le dicen que no han nacido para ser queridos por ser amantes, sino para ser obedecidos como esposos. De todas maneras, monja ó dama, si no se olvida de sus oraciones diarias, si respeta á sus padres, si confiesa y comulga, será dichosa. Pero esta leyenda del Mediodía tiene también un Mefistófeles; la dueña. No le trae una caja con joyas, le trae un horario, y entre sus hojas una carta de Don Juan. Al tocarla siente ella un fuego que anima su sangre y la devora. Por ser linda, por ser ignorante, por ser noble, una mujer no deja de ser mujer. El espíritu no ve si no le educan, pero la carne siempre es carne. Sombras turban su cerebro; ráfagas brillantes pasan delante de sus ojos; inquietudes misteriosas las conmueven; su corazón precipita sus latidos; el pensamiento lleno de recuerdos y de esperanzas, se pierde para Dios y sólo ve á Don Juan Tenorio. Le vió y le amó, le oyó y se en-

tregó á él. Le habían dicho que era el hombre destinado para ser su esposo: disculpa fué que pudo invocar su pasión al entregarse. Mas no hubo lucha entre su virtud y su amor. Su alma estaba llena, y con un beso de Don Juan se desbordó. Así debió aparecer la creación cuando Dios dijo: ¡hágase la luz! y la luz fué hecha. Tanta ingenuidad, tanta pasión, tanta pureza en la falta, conmovieron al fin las entrañas de Luzbel, y amó también. Se arrodilló ante el Comendador é imploró al cielo. ¿Quién puede creer en la mansedumbre del lobo? No escuchéis sus gemidos. ¡Llamad á vuestros mastines, acorraladle, matadle!... Pero Don Juan no debe morir aún. Mata al Comendador, mata á Megía, y se arroja al Guadalquivir, blasfemando.—*¡Justicia por Doña Inés!*—claman todos. Y ella contesta:—*¡Pero no contra él!*—*¡Pobre corderilla, derribada con la fuerza de las tempestades que te han cercado; tú te alzarás por fin al cielo, llevando en tus brazos el cuerpo sangriento de tu Don Juan! Todo esto que es sublime, sentido por el corazón, es absurdo, es repugnante para la serenidad de la filosofía, y para la religión*

de un Dios justo. Pero el arte ha sido siempre irrespetuoso con la moral: acepta el ejemplo de la Naturaleza, que suele encerrar almas deformes en carne hermosa. El arte no es un juez; su misión es ganar dominios para la belleza: es un conquistador.

Ningún crítico ha sido ni podrá ser tan cruel con este drama como Zorrilla. Ha escrito cuanto la pasión podía inventar contra él. Su protesta no será oída. *Don Juan Tenorio* es la más importante de sus poesías, la más grandiosa de sus leyendas, y encierra toda su personalidad poética. Sus caracteres son nacionales aún. Cualquier español se cree capaz de ser un Tenorio. Cualquiera dama una Doña Inés.

El último drama de Zorrilla fué *Traidor, inconfeso y mártir*; el único de que su autor se declara satisfecho: elogiado justamente por los críticos, que aplaudió el público repetidamente, ya cuando fué representado por Romea, ya cuando lo fué también por Catalina; pero uno de los que el público actual más desconoce y el que cita como una obra maestra, por costumbre, bajo la responsabilidad de los sabios. Zorrilla tenía escritas ya veinte

obras dramáticas, todas aplaudidas, ocho tomos de versos, que habían merecido la reimpresión; y tres de los *Cantos del trovador*, que guardan muchas incomparables leyendas. Había llegado á una gran reputación por un camino fácil para él y que recorrió precipitadamente. Contento del público, no lo estaba de sí propio todavía. Sin duda las comedias y dramas de otros autores contemporáneos más discretos, más tímidos, más clásicos en la construcción y en la forma reunían condiciones que envidiaba. Buscaba la contemplación y perfeccionamiento de sus facultades. La circunstancia de escribir este drama para Julián Romea, cuyo talento artístico era de índole tan opuesta al de Carlos Latorre, debía llevarle á dar mayor solidez á su nueva obra: los arranques fogosos de Latorre podían cubrir los vacíos que dejaría descubiertos la minuciosa, sencilla y verídica declamación de nuestro gran comediante.

Estudiando Zorrilla la causa del pasteleró de Madrigal, comprendió que este personaje podía ser altamente dramático si le fundía con el rey don Sebastián. He dicho que *Traidor, in-*

confeso y mártir es el drama que prefirió Zorrilla entre todos los suyos: en sus Memorias así lo manifiesta... Pero este drama, el más perfecto del autor por su estructura, fué escrito pensando en los determinados actores que habían de darle realce y color. En él, por otra parte, ha renunciado Zorrilla á su impetuosidad poética: hay lógica y proporción, hay progresión, hay sencillez; está mejor confeccionado que sus dramas anteriores; la versificación es más lenta; el estilo menos hinchado; hasta hay afectación de prosaismo en el diálogo... Circunstancias son éstas de realce mayor en las tablas que en la lectura. Se ve que no quiso dejarse dominar por su temperamento poético, sino dominarle. Cansado de oírse llamar génio, aspiró á no ser más que hombre de talento. Aunque la figura de Gabriel no hable tanto como Don Juan Tenorio al sentimiento popular, resulta hermosa, tiene relieve, poesía, dignidad, misterio. Como rey entra Gabriel en la hostería; como rey sube al cadalso. Aurora, Santillana, César, son personajes que ofrecen vigorosos contrastes, sobrado fuertes quizás. Debió causar esta obra singular extrañe-

za en el público: el desorden florido, los extravíos afortunados del autor de *Don Juan Tenorio*, habían sido reemplazados por una labor reflexiva y clásica.

Algún tiempo después residió en Burdeos y París, y en una y otra ciudad trabajó en su poema *Granada...* Pesares y desventuras ignoradas, llevaronle á ocultar su tristeza y desesperación en América. Fué esto en 1855. En ella encontró hospitalidad cariñosa: allí vivió entre aplauso interminable, y allí también *Don Juan Tenorio* abrumó todas sus otras creaciones con su valentía y pompa. 11 años le poseyeron los antiguos dominios españoles, ya huésped en el palacio de algún potentado, ya en las soledades y en las chozas indias; dichoso más que nunca cuando sin libros ni papel, sin pluma ni tinta, creyéndose olvidado de todos, conseguía también olvidarse de sí mismo. Volvió en 1866; y su llegada á Madrid fué un relámpago glorioso, algo como apoteosis... Mas ¡ay! si el poeta vivía, su época no. De su poesía habían nacido otros poetas; de las literaturas extranjeras había traído la moda otras formas; los versificadores mecánicos

habían rehabilitado la prosa... ¡Su alma poética se había difundido universalmente como un perfume; pero sin que nadie se acordase ya de dónde ese aroma venía!... ¡Si al volver á su patria soñó con la gratitud de su siglo, tristemente despertó de su sueño! ¡Pobres poetas! El destino les arroja sobre la tierra diciéndoles: «¡Haced dichosos, pero ser desdichados!»

Los artículos publicados entonces por Zorrilla, exponían clarísimamente la nueva situación del poeta. Muchas veces, sonriendo con sarcasmo, trazó en aquel tiempo la perspectiva de su porvenir: el Hospital ó el Manicomio... Había producido sus más famosas obras cuando no existía la ley de propiedad literaria; había vendido por un pedazo de pan *Don Juan Tenorio*, que ha producido y produce millones: había enriquecido á editores, libreros y empresas teatrales de las dos Españas; pero él nada tenía sino el aplauso. En 1871 acudió al ministro de Estado, D. Cristino Martos, solicitando su protección para emprender la *Leyenda del Cid*, obra de largo aliento; el ministro le dió una Comisión de archivos y bibliotecas en Italia; pretexto para una pen-

sión de treinta y seis mil reales al año. Pero esta pensión fué suprimida más tarde por otro ministro, y si bien hubo de ser restablecida, lo fué con grande merma. El poeta, fatigado ya por la edad y por las desventuras, volvió á luchar por la existencia. Publicó en la prensa los recuerdos de su tiempo; girones de su vida, con muchas lágrimas y muchas gotas de sangre y de hiel.

Tiempos más bonancibles llegaban para él: las Cortes le señalaron una pensión decorosa; pensión que habíale anticipado ya la amistad de su amiga íntima la duquesa de Medinaceli.

Y otro mayor homenaje le esperaba en 24 de Junio de 1889: la coronación. Verificóse en Granada, ciudad á la cual había dado una nueva Alhambra en un poema. El delegado regio puso la corona de oro sobre la frente de Zorrilla y dijo: «En nombre de S. M. la reina regente y de su augusto hijo D. Alfonso XIII!...» Pero mejor aún pudo decir: «¡En nombre de sesenta millones de hombres que hablan el español, cuyo corazón ha llenado de ternura y, cuya fantasía espléndidamente ha deleitado!...»

Con este acto entraba Zorrilla en la

inmortalidad. Sus nuevas poesías fueron leídas ya con menos admiración que cariño. Sus lecturas públicas, algunas famosas, como la que dió en el Ateneo de *Los gnomos de la Alhambra*, eran fiestas patriarcales de la literatura.

Asombrado él mismo de encontrarse entre generaciones que discutían si la forma poética está llamada á desaparecer, quiso transformarse y cantar en versos tan prosáicos como pudiera desearlos este fin de siglo. Y sus poesías han sido desde entonces algo extraño, contradictorio de su personalidad; piedras finas de los antiguos collares de su musa, deslustradas y rotas y métrica escritura de ironía, dudas y dolor!

El Liberal le había ofrecido con respeto sus páginas diarias. El viejo poeta las aceptó, y en ellas ha encontrado su inspiración, su juventud, sus magnificencias al cantar la patria. Su última poesía la publicó el 1.º de año:

1892—1893.

En ella decía:

«Cuan to me falte tierra donde fijar mi planta,
cuando me falte cielo donde tomar la luz,

tras tanta gloria efimera, tras experiencia tanta,
ni en la alma ha de faltarme de Cristo la fe santa
ni fosa en que me entierren á sombra de una cruz.»

¡Versos tristes, hermosos, *suyos*, que
según iba escribiéndolos, iba ya, le-
yendo la Muerte!

Fernanflor.



ÚLTIMOS MOMENTOS DE ZORRILLA

Desde el medio día del 22 fueron adquiriendo terribles proporciones los síntomas de gravedad que el enfermo presentaba, hasta el punto de que á las pocas horas entró Zorrilla en el angustioso período de la agonía, que fué para él serena y tranquila.

Las energías vitales del paciente se iban extinguiendo por instantes, sin que el poeta moribundo exhalara en sus últimos momentos queja ni lamento alguno que revelase las torturas de un acerbo sufrir.

Redeábanle su esposa y sus deudos, al lado de uno de los médicos que le han asistido en su postrera enfermedad.

Todos ocultaban las lágrimas que

pugnaban por brotar de sus ojos, á fin de no amargar el hálito de vida que restaba á Zorrilla, cuya clara inteligencia ha brillado sin eclipse hasta el triste instante de extinguirse para siempre.

A las dos y media de la madrugada anunció el facultativo de cabecera que se acercaba el trance fatal y se dispuso inmediatamente que se corriera en busca de los últimos auxilios espirituales.

Volóse á la parroquia inmediata; pero todo fué en vano.

A las tres menos cuarto, y después de un aparente descanso, abrió Zorrilla los ojos, y con voz limpia, pero en extremo débil, exclamó:

—¡Cómo he dormido, y cuánto he escrito!

Fueron sus últimas palabras.

A los pocos instantes, las tres menos diez minutos, nuestro grande hombre había dejado de existir.

ZORRILLA.

Principales fechas de su vida y lista
de sus obras más notables.

1817 (21 de Febrero) Nace en Valladolid.

1827 Ingresa en el Seminario de Nobles de Madrid.

1833 Sale del Seminario y va á Lerma, donde vivía su padre desterrado.

1834 Llega á Valladolid, donde empieza sus estudios de jurisprudencia.

1835 Publica en el periódico titulado *El Artista* su primera poesía titulada *Elvira*.

1836 Emancipado de la autoridad paterna, viene á Madrid.

1837 (15 de Febrero) Lee ante la tumba de Larra su famosa poesía que le da rápido y universal renombre.

1837 (Julio) Aparece su primer tomo de poesías, muy discutido por la crítica.

1838 Escribe sus leyendas *A buen juez mejor testigo* y *Para verdades el tiempo*.

1840 (Marzo) Se pone en escena en Madrid la primera parte del grandioso drama *El zapatero y el rey*.

1844 Escribe en Madrid el drama *Don Juan Tenorio*.

1848 Es elegido académico de la Española sin llegar á tomar posesión del cargo.

1849 Publica el poema religioso *Maria*.

1850 Se estrena el drama *Traidor, inconfeso y mártir*, en el beneficio de la insigne actriz Matilde Díez.

1854 Empréndese su viaje á Méjico, donde permanece alejado casi por completo de los trabajos literarios.

1866 Regresa á Madrid y publica el *Album de un loco*. Su aparición en el teatro español es motivo de grandiosas demostraciones de admiración pública.

1867 Da á la imprenta *El drama del alma*.

1877 Solemne lectura en el Ateneo.

1879 (13 Octubre) Empieza á publicar en *Los lunes de El Imparcial*, sus

notas autobiográficas tituladas *Recuerdos del tiempo viejo*.

1885 (31 Marzo) Ingresa en la Academia Española.

1886 Publica su libro *Gnomos y mujeres*.

1888 Última lectura en el Ateneo. Imprime sus poemas *De Murcia al cielo* y *A escape y al vuelo*.

1889 (22 Junio) Verificóse en el palacio de Carlos V, de la Alhambra, de Granada, el acto de la coronación por el Duque de Rivas, en representación de la Reina Regente.

1893 (23 de Enero) Fallece en Madrid.

Poesías líricas.

«Cantos del trovador; Vigilias del estío; Cuento de cuentos; Granada; Cuentos de un loco; María; Un cuento de amores; Leyenda del Cid; Album de un loco; El drama del alma; Composiciones diversas; Ecos de las montañas; El bufón de Vidiago; Gnomos y mujeres; De Murcia al cielo; A escape y al vuelo; Mi última brega.»

Obras dramáticas.

«Vivir loco y morir más; Más vale llegar á tiempo que rondar un año;

Ganar perdiendo; Cada cual con su razón; Lealtad de una mujer; El zapatero y el rey; El eco del torrente; Los dos virreyes; El molino de Guadajajara; Sancho Garcia; Cain; Un año y un día; La reina y los favoritos; El caballo del rey Don Sancho; Don Juan Tenorio; El excomulgado; El puñal del godo; La calentura; Sofronía; La oliva y el laurel; La copa de marfil; El alcalde Ronquillo; Traidor, inconfeso y mártir; La creación y el diluvio.»

EL POETA ZORRILLA

JUZGADO POR LOS HOMBRES EMINENTES

El poeta nacional

Ha muerto el poeta hoy; pero ha revivido su poesía. La muerte de los inmortales no me apena: su tránsito del hogar mortuorio, donde ha concluido la vida de un momento, al sepulcro, donde les aguarda el angel de la historia para inscribir en la eternidad sus nombres, parécese á las horas transcurridas desde las tinieblas del Viernes Santo al repique de las torres y al cántico de los órganos celebrando el Sábado de Gloria. Llegó al puerto de la muerte. Ya no podrá la envidia morderle, ni asaltarle la miseria, ni herirle la crítica, ni medir el vulgo por la estatura visible de su cuerpo, reducido y diminuto, la invisible grandeza de su alma, que proyectaba luz ideal en lo infinito. Vistámonos de blanco y unamos nuestra voz, sin lamentos ni

plañidos, ni tristezas, al coro elevado por todas las cosas creadas en loa del sublime poeta, revelador de los ideales, resplandecientes sobre cada cual, como una lengua de fuego llovida por el Espíritu Santo, y anotador de la música compuesta con sus notas de átomos y de sonidos y de aromas y de iris en el concierto universal de las esferas.

Zorrilla no era un poeta; era toda una poesía. Sus obras hubieran bastado á constituir por sí solas la literatura de todo un pueblo. Algunas, las leyendas por ejemplo, alcanzan perfección tan extraña y singular, que no han tenido modelo alguno en lo pasado, ni encontrarán en lo porvenir imitación posible, á manera de aquellas estatuas griegas, jamás destronadas de sus pedestales eternos, ni sustituidas por veinticinco siglos de imitadores constantes. Y sobre todo y ante todo, su virtud mágica estaba en libar la miel escondida bajo los escombros de todo el suelo español y en evocar las almas de todas las generaciones muertas. Diríase que su genio era el sauce y el ciprés de nuestros panteones. Airado contra el olvido, en que

los pueblos, muy fatigados por la gloria, tienen á sus héroes, entraba el ángel de la poesía en los sepulcros sepultados bajo tierra y desconocidos, encendiendo antorchas de inspiraciones, con cuyos centelleos iluminaba la oscuridad, y batiendo alas de colores á cuya vibrante agitación se iban murciélagos con lechuzas y se erguían los redivivos heroicos seres á oír, acompañada por los sonidos de tan celeste lira, la epopeya de su historia. Él encontró la tumba de Don Rodrigo; él redimió á Don Pedro; él salvó á Don Juan; él prestó la lengua de su vencedor á Boabdil, enseñándole á pedir á las golondrinas vueltas de Andalucía, los píos aprendidos en el susurro de los laureles del Generalife y de las corrientes del Darro para llorar sus nostalgias; porque, así como nuestros padres abrieron la grande Aliama cordobesa para poner en su centro una catedral gótica y bordaron la Iglesia mayor de Toledo con alicatados árabes, él puso en nuestras letras todo el Oriente, y reconcilió en su genio á los vencedores con los vencidos, como se han juntado sus cenizas en el jugo de la misma tierra y sus poesías en las

cadencias de nuestros romances y en los esmaltes de nuestro cielo.

Por todo esto debe ser su entierro una inmensa festividad, la cual tenga en sus austeridades cristianas el aire de las apoteosis y de las divinaciones antiguas. Puesto que nuestras mujeres han rezado con las estancias á la Virgen del poeta y nuestros mozos requeridos de amores á sus predilectas con los versos á Doña Inés de *El burlador de Sevilla* y nuestras aldeas resonado con las escenas de *El puñal del godo* y nuestros veteranos referido sus hazañas en Africa y en Asia y en América, con los poemas que iba dejando el errante trovador en su camino, precisa que nosotros, vivos, interpretemos la gratitud inextinguible de los muertos por su cantor y nos adelantemos al orgullo que habrán de sentir los venideros por sus obras. Que retumben todos nuestros cañones, que doblen todas nuestras campañas, que todas las banderas bajen á media asta, que canten lamentaciones sin fin todos nuestros poetas, que las flores de nuestras campiñas caigan sobre su cuerpo y las bendiciones de nuestros labios sobre su memoria; porque nunca se

revela tanto la identidad entre los ciudadanos y la satisfacción de pertenecer al mismo pueblo y la consustancialidad de la sangre que corre por todas nuestras venas, y la confusión de los que fueron con los que serán en la misma unidad nacional y la existencia patentísima de las grandes naciones, como al revelarse por milagro de la inspiración el alma de nuestra España en obras inmortales y por el culto prestado á sus hijos grandes y gloriosos, el ferviente amor de todos los españoles á la madre patria.

EMILIO CASTELAR.

En la muerte de Zorrilla.

Ha muerto, y desde ahora, sus despojos ya se verán, más que de pie, de hinojos.

CAMPOAMOR.

El romanticismo.

Con Zorrilla ha muerto el último representante de la escuela romántica, de la escuela que rompió osadamente los moldes del arte clásico y cerró para siempre á los dioses de Grecia y

Roma las puertas de la poesía. Dividióse la escuela en dos grupos: el uno, eco de lo pasado, el otro, voz del siglo; el uno, creyente; el otro, escéptico; el uno, patriota; el otro, humano. El primer grupo lo acaudillaron Saavedra y Zorrilla; el segundo, Espronceda y Santos Alvarez. Desaparecieron hace ya muchos años Espronceda y el duque de Rivas; en los últimos tres meses Zorrilla y Alvarez.

No por esto desaparecerá la obra de la escuela. Libre la poesía de la servidumbre á que la habían condenado los antiguos preceptistas, seguirá ajustando el ritmo á la índole y al desarrollo de sus sentimientos. No levantará del sepulcro á la tragedia. Se consagrará preferentemente al drama, fiel expresión de los contrastes de nuestra vida. No siempre respetará las unidades de lugar y tiempo. Buscará la belleza de la forma pero sin menoscabo de la verdad ni la energía.

Adelantará la poesía en su camino y llenará su fin social haciéndose la precursora de los grandes movimientos porque en días no muy lejanos pasarán los pueblos. A ella principalmente

incumbe conducir la humanidad al cumplimiento de sus destinos.

F. PI Y MARGALL.

En la muerte de D. José Zorrilla.

SONETO.

No deis tregua al dolor en este día;
musas de Iberia, desatad el llanto:
el que fué vuestro orgullo y nuestro encanto
á más alta región sus pasos guía.
De aquella inagotable fantasía,
engendradora de prodigio tanto;
de aquel sublime y armonioso canto
que al par regocijaba y conmovía,
un eco solo, como voz lejana,
vive, se extiende, y al olvido reta,
revelador de la grandeza humana;
y un nombre que, clavado en el planeta,
morirá con el habla castellana,
que sus tesoros prodigó al poeta.

MANUEL DEL PALACIO.

Dos figuras.

De cuantos seres trajo á la realidad del arte la fantasía creadora de Zorrilla, ninguno me cautiva y entusiasma como Gabriel Espinosa, el mártir inconfeso, el misterioso reo de alta traición, que negando obstinadamente su majestad, la deja traslucir en su resignación estóica y en la suprema elegancia de su lenguaje.

Su figura es triste y hondamente dramática, como que lleva en sí la nostalgia de la perdida realeza y un humorismo fino y vibrante, que es el oro puro de la forma poética. No hay, no, en el teatro antiguo y moderno, nada que aventaje á esta creación.

Pero el *Pastelero de Madrigal* no goza de la popularidad del Tenorio, el cual debe á sus desafueros revestidos de espléndida poesía, á su bravura insolente, á su desprecio de todas las leyes, y sobre todo, á la gracia inaudita con que se procura una redención por amor, la simpatía inefable de la raza que le cuenta entre los suyos.

Espinosa se salva por sus méritos: es un imitador de Cristo. A D. Juan le vale una recomendación para conseguir el mismo fin sin fin.

Una y otra idea palpitan en las entrañas de la raza.

Cuando vemos partir para la insondable eternidad al poetazo que nos ha dado estas bellezas, que también son verdades, sentimos impresión de frío y miedo, como si nos quitaran, de golpe, toda la parte de divinidad concedida á nuestra naturaleza.

B. PÉREZ GALDÓS.

La musa está viuda y sola;
murió el vate castellano
y, al crispársele la mano,
rompió la lira española.

LEOPOLDO CANO.



Recuerdos.

No voy á escribir una biografía ni un juicio de Zorrilla. Su vida, en cuanto puede interesar la de un escritor, referida está por él de mano maestra, y su elogio más elocuente es la sincera explosión de dolor con que España entera lamenta en estos instantes la muerte de su poeta más grande, más popular y más querido. Sólo trato de fijar en el papel los recuerdos personales que en este momento acuden á mi memoria.

Yo conocía y admiraba desde niño á Zorrilla como todo el mundo: por sus obras; pero ni mi insignificancia me había proporcionado oportunidad de aproximarme á él, ni en mis tareas literarias había tenido ocasión de manifestar el entusiasmo que su genio me inspiraba. Imagínese cuál sería mi asombro cuando á fines de 1876, hablando un día con su hermano político, supe que mi ídolo me contaba en el

número de sus más encarnizados detractores. Quién pudo infundirle idea tan desatinada, ni entonces lo supe ni después he logrado saberlo.

La cosa era para mí de máxima gravedad, y no podía quedar así. El mismo que me había comunicado la noticia, me llevó en el acto á casa del poeta, que diez minutos después era y ha seguido siendo hasta su último instante uno de mis más cariñosos amigos. Aun no hace cuatro semanas que, por entrada de año, me envió una tarjeta con cuatro líneas de aquella letra hermosa, clara y segura como los sentimientos de ferviente afecto que en ella me expresaba.

En la época más aciaga de mi vida, la amistad de Zorrilla fué uno de mis mayores consuelos. El recuerdo de aquellos días está profundamente grabado en mi alma, y en él se destaca la simpática imagen del gran poeta como la de un genio benéfico en medio de un horizonte tenebroso. Durante todo un otoño y todo un invierno entraba cada día en mi retiro como un rayo de sol en una caverna; y allí aquel gran mago de la palabra desplegaba todos los recursos de su irresistible fascina-

ción prodigándome los tesoros de su fantasía, de su memoria y de su afecto en una conversación á veces cándida como la de un niño, á veces familiarmente inspirada como la de un profeta y siempre clara, espontánea y sedativa como el murmullo de un manantial inagotable.

En aquellas largas confidencias me refería entre otras mil cosas las escenas más novelescas de su niñez y de su juventud. Yo le excitaba para que las escribiera, y él me ofrecía hacerlo; pero nunca llegaba la hora de empezar. Un día entró en mi cuarto con menos locuacidad que de costumbre. Le pregunté si tenía algún sinsabor y me dijo riendo que no. Pero al través de su aparente animación descubría yo la sombra de una preocupación que en vano procuraba él disimular. Al fin, después de muchos ruegos, pude conseguir que me confiara un secreto. Se trataba pura y simplemente de uno de los infinitos apuros pecuniarios que en España son la salsa habitual en que mojamos el pan de cada día cuantos vivimos exclusivamente á expensas del trabajo literario. La cosa, pequeña como dato aritmético, era grave como

caso doméstico, por la perturbación que podía causar en sus hábitos tranquilos y laboriosos: porque contra lo que algunos imaginan, Zorrilla era uno de los hombres más caseros y más trabajadores del mundo. Al despedirnos, le rogué que no dejara de volver al día siguiente.

Por la noche me fuí á casa de Eduardo Gasset, á quien encontré solo en su despacho fumando el cigarro de sobremesa frente á un enorme jardín de canarios que ocupaba el centro de habitación.

—Déme V. sesenta y cinco duros— le dije por primer saludo.

Gasset se levantó, me echó el brazo por la espalda, me llevó á su mesa de escritorio, abrió un cajón donde había en abundancia monedas y billetes, y me dijo volviéndose á su contemplación ornitológica:

—Tome V. lo que quiera y no se quede corto.

Yo conté quince monedas de cinco duros, me las guardé y alargándole la llave del cajón, le dije:

—Le advierto á V. que no son para mí.

—Sobra la advertencia—me contes-

tó.—Ya sabe usted que puede disponer de todo sin explicaciones.

—Es que cuando yo le diga el nombre de quien lo recibirá dentro de media hora sin sospechar el paso que doy en este momento, tendrá usted de seguro dos satisfacciones: una por mi y otra por él.

—Eso ya pica mi curiosidad. ¿De quién se trata?

—De un pájaro que no es de cuenta porque nunca ha sabido ajustar las suyas; pero que en cambio canta mejor que los encerrados en esa jaula.

Y le referí el caso.

Gasset quería duplicar la cantidad, pero ante mi negativa cedió diciendo al despedirme:

—Diga usted á Zorrilla que mi bolsillo y mi periódico están á su disposición.

Y así fué como Zorrilla, sin haber pensado en tal cosa, empezó á publicar en *El Imparcial* sus *Recuerdos del tiempo viejo*.

El público los saboreó con delicia desde el primero hasta el último; yo los había saboreado antes más á gusto en el desorden de la conversación y con dos condimentos que no se prepa-

ran en el tintero: la mímica sóbria y expresiva de aquel rostro aguileño y el timbre de aquella voz sonora y vibrante como una campana de cristal.

En el curso de nuestras largas conferencias, ajustamos una vez la cuenta de sus ganancias totales desde Febrero de 1837 hasta Enero de 1880. En cuarenta y tres años de gloria y trabajo, no salía el poeta más popular de nuestro siglo á cuatro mil pesetas anuales. Lo admirable es que haya todavía quien coja una pluma en España.

Nuestros únicos altercados eran á propósito de *Don Juan Tenorio*, siempre atropellado por él y defendido por mí. Una sola explicación he logrado hallar á la inquina de Zorrilla contra aquel hijo pródigo de su genio: ese drama que cada año, en la primera semana de Noviembre, lleva seis ú ocho mil duros á la gaveta del editor, había producido al autor diez mil reales al cabo de cuarenta años, dos refundiciones y un pleito. Un día que había Zorrilla extremado hasta lo absurdo su juicio adverso á la obra, emprendí yo con más calor que nunca la defensa de ese drama, cuya populari-

dad sin ejemplo es por sí sola bastante prueba del aliento que lo vivifica, á pesar de todos sus defectos. El poeta me oyó durante quince minutos sin pestañear; pero cuando concluido el alegato esperaba yo verlo rendido á mis razones, exclamó sacudiendo la melena con cómica indignación:

No puedo más escucharte,
Vil don Juan, porque recelo
Que hay algún rayo en el cielo
Preparado á aniquilarte.

Y salió de estampía, dejándome con la palabra en la boca.

Poco tiempo después volvió á Cataluña, donde publicó la *Leyenda del Cid* y dió algunas lecturas miserablemente retribuidas. Desde allí me escribió dos ó tres cartas que, bajo el desenfado del estilo, dejaban ver la congoja de un espíritu angustiado por las contrariedades de la fortuna.

La proposición de ley presentada por el Sr. Baró concediendo una pensión al gran poeta, y patrocinada por Castelar, por Cánovas, por Sagasta, por todas las potestades parlamentarias, sufrió innumerables retrasos y tardó años, antes de llegar á granazón. Una ilustre dama, la duquesa de Medinaceli

grande admiradora de todo lo grande, suplió ese descuido de la suerte, abriendo y encabezando una suscripción entre varias señoras de la aristocracia. Zorrilla agradeció con toda su alma esa delicada muestra de afecto y estimación; y gracias á ella desde entonces hasta la votación de la recompensa nacional vivió, como me decía con cómico gracejo, «hecho el rey de los chulos, mantenido por mujeres.»

En estos últimos años, sus achaques y mis ocupaciones me han impedido cultivar su trato con la frecuencia de otros tiempos; pero el cariño no ha menguado un átomo entre el ilustre poeta y el oscuro admirador de su genio. Años llevaba de no asistir por enfermo á la Academia Española, cuando en una noche de Diciembre salió de sus casillas para no faltar á la votación de mi candidatura. Cuando al día siguiente fuí á reñirle por esa temeridad capaz de comprometer su vida, me dijo abrazándome con los ojos arrasados de lágrimas: — «Para mí hay en el mundo muy pocas cosas que sean Balart. Cito la frase en toda su textual originalidad, no por vanagloria de mi amistad, sino porque la misma inutilidad de mi

afecto acredita el desinterés de aquel alma indiferente á toda razón de conveniencia personal y sólo sensible á las estériles efusiones del cariño.

La popularidad de Zorrilla es la más constante y la más universal que se ha conocido en nuestra poesía desde los tiempos de Lope. La muerte, lejos de extinguirla, la acrecerá y la consolidará para siempre.

La prensa, el Ateneo, la Academia Española, el gobierno, todas las representaciones más legítimas de la sociedad, toman parte activa en la gran manifestación de duelo que España consagra hoy á su poeta predilecto. Tributo de honor tan grande como merecido.

Pero mientras los admiradores absortos fijan la vista en la tumba del genio, séanos lícito á los amigos volver con inquietud los ojos á la modesta morada donde llora á las puertas de la indigencia la digna cempañera que endulzó con su cariño los últimos años del ilustre anciano.

Llamar la atención hácia ese hogar medio apagado, es acto aún más patriótico que humanitario; porque patriotismo es ahorrar á España la ver-

güenza de olvidar en su desamparo á la que compartió tantos años con el poeta las angustias y estrecheces que entre nosotros suelen ser amarga compensación de la gloria literaria.

Ya que estamos á tiempo, evitemos la ignominia con que damos en rostro á los contemporáneos de Cervantes.

FEDERICO BALART.

Ante el cadáver de Zorrilla.

En vano la muerte brava
tocó tu unguida cabeza:
la vida del genio empieza
cuando la del hombre acaba.

EUGENIO SELLÉS.

Genio inmortal, gloria imperecedera de la poesía castellana, raudal inagotable de armonía, foco de luz y de colores, domador sin igual de la rima, cantor prodigioso de nuestras grandezas históricas, espíritu religioso y caballeresco, gigante por la inspiración, niño por el alma, para decir todo lo que fuiste, basta pronunciar tu nombre: fuiste Zorrilla. Te admiré desde lejos, te quise como amigo leal desde

cerca, y hoy que no sé si estás cerca ó lejos, te mando mi adiós de despedida; ¡ojalá llegue á tí.

JOSÉ ECHEGARAY.

Muerto.

Era de aquella raza de gigantes que trajo el siglo en su feliz comienzo, genios sublimes y ánimos constantes que dejaron sus huellas palpitantes en el libro, en el mármol y en el lienzo.

Fundidos fueron del metal bullente que de la patria recubrió la tierra desde el volcán abierto de repente; la fortaleza les selló la frente, los trajo el rayo, y los templó la guerra.

¿Qué fué Zorrilla? Nuestro genio entero, que en él se hizo hombre, y muerto le acom-
(pañía.

Por eso, á impulso del dolor sincero, llora á su trovador un pueblo entero, y es nuestro luto la viudez de España.

EMILIO FERRARI.

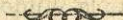
El poeta que acabamos de perder es tan grande, que para no repetir cosas mil veces dichas y encontrar algo que no sea enteramente indigno de su gloria, es preciso meditar algo y aún mucho, y no entregarse á los caprichos de la improvisación.

M. MENENDEZ PELOAY.

**En la muerte del gran poeta
Zorrilla.**

¡Llorarte, lo juzgo loco!...
que si es dolor y quebranto
perder lo que vale tanto...
¡sólo el llorarte, es bien poco!
Bien poco. ¡Que el sentimiento
ni con lágrimas restaña
que se haya hundido en España
corazón y pensamiento.
Ambas fibras sostenía
el noble vate español
y al eclipsarse su sol
muere el arte y la poesía.
¡¡Mueren! Y celebre en tanto
la moda de sus ideales...
¡las musas... entre cristales!
¡el Arte... en el campo santo!

A. Vico.



Como conocí á Zorrilla. (1)

¡Alas! Poor Yorick...

Shakespeare.

La reverencia y entusiasmo que inspiran los grandes escritores obedece á

(1) Que se me perdone si evoco de este recuerdo personal, pues la urgencia con que tengo que trazar estas líneas no permite otra cosa.

una ley contrapuesta á la atracción; aumenta en razón directa de la mayor distancia. Nunca he dejado de reverenciar el esplendoroso genio poético de Zorrilla, pero en mis años juveniles no era reverencia, era culto lo que me inspiraba. Después, sucedió lo que suceder debía, y lo que está bien que suceda: leí más poetas, muchos poetas, casi me atrevo á decir que la mayor parte de los grandes poetas que han arrullado, deleitado ó suscitado á la humanidad, y el astro de Zorrillá tomó el puesto que le correspondía en la soberana constelación de sus hermanos.

¡Pero en aquel entonces! Solo seis ú ocho poetas me cabían en el alma... y mi alma se desbordaba, con su candorosa frescura, su savia infantil y su florecencia de blancos sueños y aurales ilusiones. Al regresar Zorrilla de Méjico, una de las primeras hermosas tonterías que debieron caer sobre su bufete fueron unos versos (detestables ¡ah!) de la poetisa de catorce años que, toda penetrada de *Margarita la Tornera* del *Capitán Montoya* y de las redondillas, décimas y quintillas de *Don Juan*, saludaba con efusión la vuelta á España del pájaro maravillo-

so, el *quetzal* de flotante plumaje de esmeralda, el colibrí que hace nido en las lianas y se columpia sobre la cima de las palmeras...

Y pasaron largos días sin que á Zorrilla conociese. Más de tres lustros después tuve ese gusto, en la Coruña. Ya otros poetas y otras admiraciones se disputaban el señorío de mi espíritu; no obstante, desde que la embarcación que traía á bordo á Zorrilla fondeó en la bahía de mi pueblo natal, resolvieron mis padres, como suele decirse, «echar la casa por la ventana.» Al mismo buque envié un mensajero, encargado de preguntar al poeta, cuándo pensaba honrar el techo hospitalario donde se tenderían á sus pies por alfombra todo un jardín de rosas, lilas y violetas. Ahora que medito en este insignificante episodio de la vida de Zorrilla, comprendo cuán juvenil era todavía mi entusiasmo, cuán ensoñador y bonito mi homenaje. Parecíame que á Zorrilla, como á las imágenes de la Virgen en Mayo, como á las mujeres en quienes sobresale la belleza, como á las amadas, solo se le podían ofrecer flores y más flores; que había que rodearle de flores y de aromas y de colorido primaveral, que á su paso, como Dante

la de Beatriz, todos debían lanzar una exclamación:

¡Manibus o date lilia plenis!

Zorrilla contestó á mi enviado que vendría en persona á traerme la respuesta, y así lo hizo, en efecto, á las pocas horas.

Le esperábamos, como se espera á los reyes, en la puerta. Le acogimos, como á los amigos, con la sonrisa en los ojos y en la mano el corazón. Y cuando salió, en vez de la alegría esperada, yo recogí una de las penas *desinteresadas, objetivas*, mayores que en mi vida me acongararon.

¿Por qué?

Zorrilla acababa de decirme lo siguiente... y hoy, al referirlo, casi vuelvo á sentir, más que la presente melancolía, de la despedida eterna, la melancolía pasada de aquel primer choque brutal entre mis dorados pensamientos y las grises realidades del vivir... Zorrilla, repito, acababa de decirme que, por una serie de circunstancias cuyo relato suprimo, había llegado á contratarse lo mismo que se contrata, no el cantante, que se reserva el derecho de halagar con su voz á quien quiera que sea fuera de las ta-

blas, sino el fenómeno curioso á quien el *barnum* enseña de barraca en barraca y de pueblo en pueblo, y al cual solo el *barnum* puede mostrar, pues su presencia es oro, oro su palabra, oro su vista. «He querido saber lo que podía valer Zorrilla, y todo se ha cotizado en mí... Sin autorización de sus dueños, sin permiso de sus empresarios, el viejo poeta no leerá en su casa de usted... ni en ninguna.»

¡Alas! ¡Poor Yorik! pensaba yo cuando el poeta se hubo marchado. ¡Pobre rey de comedia, envuelto en su púrpura de loco y de juglar! Pobre ensartador de perlas, pobre lapidario de diamantes, pobre jardinero de tulipanes misteriosos, pobre Aladino de la cueva mágica, pobre trovador, que en vez de pedir hospitalidad en los castillos y templar allí su guzla, pisa las tablas de los teatros y canta endechas á la castellana fea y vieja—la multitud!

A la noche Zorrilla declamó en el «coliseo» narinedino. Y de pronto, en mitad de la función, ábrase de golpe, con empuje la puerta de mi palco, y entra rebosando caballeresca galantería—sí, caballeresca, no retire la palabra—la persona que por encargo del

Sr. Ducazcal acompañaba á Zorrilla en su *tournee*. Las frases del Sr. Ducazcal, transmitidas por su encargado, eran frases de hombre que, á lo servicial y generoso, añade lo rendido con las damas. Me ofrecía á Zorrilla para leer lo que yo quisiese... Agradecí; rogué que se me hiciese el nuevo favor de dejar el asunto en manos del ilustre peregrino, á fin de que procediese con entera libertad... y á los dos días ó mejor dicho, á las dos noches, Zorrilla declamaba en mi casa, ante una concurrencia muy escogida, que invitamos, previa la indicación de asistir de etiqueta rigurosa.

Como si el pobre Yorik no trajese corona de espinas, insistimos en abrumarle con flores. Quedó arrasada la granja de Meirás. Desde el portal, por la escalera, en el gran recibimiento, en el salón azul, en todas partes á donde Zorrilla volviese los ojos, solo encontraba rosas, rosas té, rosas blancas, rosas rojas de sangriento corazón, rosas oscuras, violadas, las raras variedades traídas por mi madre, de Angulema y Bruselas; y como la estación era primaveral, bajo las rosas se amontonaban lilas, violetas de Parma,

magnolias, las últimas camelias, los jacintos, las tuberosas, entre guirnaldas de follaje verde... Un ardiente admirador de Zorrilla, que de fijo á estas horas está inconsolable, Rafael de Nieva, decía al día siguiente, en una crónica de la velada: «Las rosas llegaban hasta la calle.»

No censuro á los que contrataron á Zorrilla. He recordado el melancólico episodio, porque hay en estas penas de la vida algo que consuela de la muerte. ¿Cuál hubiese sido preferible para nuestro *lord Tennyson*: morir joven como mueren los predilectos de los Dioses, ó arrastrar la pluma, y las alas tantos años?

EMILIA PARDO BAZÁN.

Zorrilla, sube al cielo. Allí de fijo mi padre está. Si á recibirte sale con los brazos abiertos, llora y dale un abrazo y un beso de su hijo.

RICARDO DE LA VEGA.

Recuerdo de un tiempo menos viejo.

Por uno de los recuerdos más grates de mi vida tengo la casualidad

que me hizo compañero de hospedaje de Zorrilla durante cierto tiempo y que me permite hoy dar algunos detalles de la vida íntima del gran poeta, circunstancia única bastante á autorizar ésta mi cooperación en el homenaje tributado por tantas ilustres plumas al genio que corporalmente desaparece de entre nosotros.

Mis referencias no son muy cercanas; se remontan al año 1872. En una casa de huéspedes establecida en la calle de la Cruz habitaba D. Luis Pacheco, hermano político de Zorrilla, y un día los demás pupilos de la casa hubimos de saber, con satisfacción, que el cantor inmortal de las pátrias leyendas se contaba entre nosotros.

Tuve la fortuna, ó por mi juventud ó por mi sincera admiración, y desde luego por su mucha bondad, de inspirarle simpatías, y la confianza por ellas motivada me permitió enterarme del estado de ánimo del gran poeta y de la penosa labor á que por entonces fiaba su subsistencia y la de su familia, á la cual había dejado lejos de Madrid.

Una casa editorial de Barcelona había contratado con Zorrilla la publica-



ción de una serie de leyendas, que bajo el título *Eclos de las montañas* salían á luz con gran lujo tipográfico é ilustradas con grabados de Gustavo Doré. Las planchas de aquellos grabados habían sido adquiridas de lance; así, en vez de ser el grabado hecho para la leyenda, ésta había de ser escrita para el grabado, condición que sometía á insoportable tortura el espíritu del más espontáneo y genial de nuestros poetas.

Ocupaba Zorrilla un gabinete de la fachada con dos alcobas; en la una de éstas había establecido su gabinete de trabajo. No había allí otro mueble ni objeto alguno, sino una mesa y una silla. El insigne vate necesitaba de aquella desnudez del recinto para concentrar su fatigada atención sobre la lámina, obligado tema de la leyenda que se veía precisado á escribir. Levantábase muy de mañana, y encerrándose en aquella oscura pieza, trazaba sus siempre bellos y sonoros versos á la luz de una bugía. Aquella labor, más industrial que poética, hacía la con una fuerza de voluntad increíble en naturaleza tan delicada como la suya. Entre doce y una de la

tarde ponía término á su jornada; mas cuando salía al comedor para tomar el almuerzo, era fácil conocer en la expresión de su rostro la dura tensión nerviosa á que su cerebro había estado sometido.

Por lo general, la huella de la fatiga desaparecía pronto y la tendencia expansiva de aquel espíritu siempre joven, se mostraba en una regocijada verbosidad en la que se atropellaban las deliciosas narraciones de episodios de su vida, los recuerdos y las esperanzas. Otras veces esta feliz reacción no se producía y entonces la conversación del vate, enojado por las contrariedades de la existencia, tomaba tinte sombrío y los sarcasmos contra la poesía y la gloria y la sociedad y el mundo salían de aquellos labios como nube de aceradas flechas.

Por dicha se hospedaba en la misma casa un distinguido jefe de ingenieros, ayudante de D. Amadeo, y deudo muy cercano de D. Manuel Ruiz Zorrilla, á la sazón presidente del Consejo de Ministros. El distinguido militar y el gran poeta se conocieron y estimaron, y haciendo indagaciones genealógicas vinieron á resultar algo parientes. El

primero habló del segundo con el jefe del gobierno, y pocos días después le presentaba en casa de este hombre público. Algunas semanas más tarde Zorrilla recibía la credencial del destino que fué luego á desempeñar en Italia. Nos lo notificó más parlero y jovial que nunca. Su alegría era la del pájaro que escapa de la estrecha jaula. Todos lo celebramos como cosa nuestra; porque aquella naturaleza verdaderamente excepcional siempre dejaba en pos de sí una estela de luz y de cariño.

MANUEL TROYANO.

* * *

Muerto el poeta de indecible encanto,
de España orgullo y de las letras gloria,
no he de ser yo quien vaya con mi canto
á profanar, osado, su memoria.

Turbe quien tenga el ánimo más fuerte
de abierta fosa la tranquila calma...
Yo, respetando el fallo de la muerte,
lloro al poeta y rezo por su alma!

VITAL AZA.

La vida del poeta.

El anciano ilustre, el patriarca de las musas era para la generación nueva un muerto vivo, una sombra querida y venerada. Las gentes le veían ir

por las calles envuelto en su capota, cubierta la cabeza con su sombrero negro de castor flexible, los ojos apagados, el paso corto y lento, y sentían un respeto cariñoso hácia aquel hombre que se había sobrevivido á sí mismo.

El lo decía: «Yo no existo ya. Estoy enterrado. Pero el sepulturero me dejó una mano fuera y en ella una pluma. Si alguna vez me ponen delante un papel escribo. Mas no escribo yo: escribe el Zorrilla que ha desaparecido y yo le sirvo de amanuense.»

El día primero del último Diciembre me escribía larga y cariñosa carta, y de este documento, de inapreciable valor para mí, copio algunos párrafos:

«Hace ya meses que me he eliminado de la sociedad por las enfermedades y aflicciones que acosan mi vejez. Hoy me está preparando el doctor Cano para la quinta y sexta operación en la cabeza, que no puedo ya presentar descubierta por repugnante y ridícula, por lo cual habrá usted notado que no he podido tomar parte en ningún acto del Centenario.»

«Ahora, hace tres meses que no puedo trabajar porque las curaciones do-

lorosas y los baldeos continuos con que me ajosifan la chola no me lo permiten.»

«Yo ya he muerto, mi querido toca-yo; mi extemporánea é inverosímil coronación fué mi muerte civil y tengo que aguardar la próxima muerte definitiva en el silencio y la oscuridad.»

Profeta de sus tristezas y de su fin próximo, víctima de las enfermedades que se habían cebado en lo más noble y admirable del poeta, en su cabeza genial y hermosísima, lleno de amarguras, pobre porque la pensión de 30 mil reales que el Estado le servía no bastaba á los gastos de su existencia valetudinaria, le vimos por última vez en la puerta de su casa de la calle de Santa Teresa, el mismo día en que por vez postrera salió del sepulcro en que se había encerrado.

Pero no es este el poeta, no es este el Zorrilla de universal renombre, de fantasía prodigiosa, de pluma fecunda, inagotable, de vida aventurera; no es este el trovador de las leyendas nacionales, á quien admiran cuantos saben leer en castellano y sentir en español. Para que la mente reconstituya la interesante silueta de D. José Zorrilla,

hay que verle en la serie no interrumpida de triunfos y desastres, de apotheosis y desventuras que forman el tegido de su biografía, brillantísima á trechos, oscura en ocasiones, como esos tapices orientales que gustaba de poner bajo los piés de sus heroínas cristianas ó arábigas.

Hay que verle errante sobre una mula de dueño desconocido por la polvorienta carretera que une á Valladolid con la corte, personaje de aventurera historia que recuerda las páginas mejores de *Gil Blas* ó del *Marcos de Obregón*; ó ya en la catedral de Burgos, postrado en muda oración, rimando su fe de creyente, los estremecimientos de su alma de poeta y sus tristezas de hijo pródigo; hay que verle ante la tumba de Larra, pálido, convulso, dejando caer de sus labios la miel amarga de su poesía melancólica y de sus ojos el llanto de una intensa emoción estética; hay que verle en la puente del navío en que hizo su viaje á América soñando con la gloria y la fortuna; en la corte de Maximiliano requerido de las damas, adorado de los palatinos y del pueblo; cabalgando en indómito potro como un gaucho por la

sierra andina, la gentil cabeza oculta por anchísimo sombrero, la rica mekena al viento, el poncho ondeando al compás de la marcha; hay que verle prosternado en éxtasis ante las palmas de piedra de la catedral sevillana ó ante las columnatas de la Alhambra.

Zorrilla poeta, Zorrilla aventurero, Zorrilla desterrado, Zorrilla errante, se completan en un todo, y ese todo constituye su fisonomía, su inspiración, su fuerza sugestiva, su prestigio evocador. Vedlo en amplio y elegante salón lleno de distinguido público. El poeta va á leer. ¿Dónde estamos? ¿En Madrid, en el Ateneo ó en Méjico en el Palacio de Maximiliano? ¿En París en el hotel de un acaudalado banquero ó en Valladolid en un teatro? Donde quiera y cuando quiera que Zorrilla iba á leer, el público acudía con entusiasmo. Ya se pone en pié, sonríe, se lleva la mano á la cabeza, empuja hácia atrás su mekena undosa y bella como la de una mujer y de sus labios vuelan los primeros versos. ¡Qué corrientes de religioso respeto invaden al auditorio! Los corazones debilitan su golpeo y las respiraciones se paran; un soplo helado pítremece al oyente: es la inspiración es

que pasa, y el espíritu se dispone á rendirle homenaje aun sin querer. Aquella voz suave, musical, dulcísima, rica de tonos varios; aquella voz de oro que vibra y llora y pinta y manda, se enseñorea del espacio y del público.

La leyenda de *Margarita la Tornera* recitada, ó mejor dicho, cantada por Zorrilla, no es una obra poética, es la poesía misma. Vemos el templo oscuro, donde acude á refugiarse la pobre monja después de sus desastres y amorfíos, y del cielo desciende á la tierra un rayo de luz que trae el perdón para D. Juan el asesino, el dilapidador, el perjuro; para Margarita, la traidora esposa de Jesús; para cuantos han olvidado á Dios y han amado. Quien no haya oído á Zorrilla en una de estas inolvidables recitaciones desconoce el poder de la voz humana, más eficaz que toda música de artificioso instrumento para transmitir del alma al alma las ondulaciones vagas y misteriosas de la idea.

Zorrilla va por la vida sin plan, sin propósito, obedeciendo una fuerza interior de que no puede darse cuenta. El viento lo empuja, y lo lleva y lo

trae como á esas flores plumosas de ciertas plantas creadas por la naturaleza para flotar en la atmósfera y brillar reflejando en sus flequillos aterciopelados la luz del sol. Así va de Valladolid, donde nació el 21 de Febrero de 1817 á Burgos y á Madrid; desde Lerma, donde un padre severísimo veía en las irregularidades de la vida del poeta casi un crimen, á Sevilla, donde el amor y el arte lo pasean en triunfo, entre el perfume de aristocráticas beldades y los aplausos de ricos admiradores; desde España á América; desde las místicas estepas de Castilla á las esplendorosas sierras mejicanas; desde la regularidad de una vida casi monástica entre libros á la andariega, romancesca y nómada aventura entre conspiradores, truhanes y bailarinas; empezando una semana en la orgía más desenfrenada y concluyéndola en la labor prodigiosa, fecunda é incansable de un benedictino.

Leed los *Recuerdos del tiempo viejo* que escribió para *Los Lunes de El Imparcial* y allí vereis contado por él mismo y como él solo podría hacerlo el inverosímil y dramático relato de su historia.

Madrid debe honrar la memoria del poeta con algún testimonio de pública y perdurable remembranza.

Cuando no se enseña al pueblo á respetar sus propias glorias, se le enseña á ser ingrato.

J. ORTEGA MUNILLA.

A Zorrilla.

Al resonar tu acento poderoso
dejando su reposo
y el polvo sacudiendo del olvido
despiértanse los muertos,
y en un mundo de límites inciertos
gozan y penan los que nunca han sido.

Mezcla de realidad y de quimeras
vivirán, aunque mueras,
esos héroes que tienen con tu historia
su fantástica historia confundida:
tú les diste la vida,
y ellos en cambio velarán tu gloria.

RIVA PALACIO.

El último plan del poeta.

Hablando ayer de nuestro gran poeta muerto, con el hoy único intérprete de sus obras—Antonio Vico,—nos dijo el gran actor que acaso poseía él los

últimos versos del bardo que todos lloramos.

Figúrese el lector la curiosidad de leer aquellos versos inéditos y el deseo de poseerlos que en nosotros se despertaría, y Antonio Vico, que conoció lo que sentíamos, se brindó á buscar aquellos versos entre sus papeles, y tuvimos la suerte de dar con ellos.

No son solo versos, es una carta curiosísima escrita hace poco por Zorrilla á Vico proponiéndole una refundición de la primera parte de *El zapatero y el rey*, la cual primera parte no se hace en teatro alguno. En esta carta, de la que no hemos querido suprimir ni una sola letra para que conserve todo su sabor íntimo, se retrata el poeta de cuerpo entero.

Expone primero la idea de la refundición, sigue luego indicando el nuevo asunto, y á lo mejor, trabado por la rigidez de la prosa, continúa en verso; vuelve un momento á la prosa y de nuevo encaja en la rima lo que puede llamarse *tésis* de la que hubiera sido una obra dramática más, de habernos Dios concedido la ventura de no llevarsenos al poeta.

A pesar de los años, á pesar del cau-

dal copiosísimo derrochado por Zorrilla, aun le quedaban genio y aliento suficientes para seguir luchando en el teatro que tanta gloria le dió.

Lean ahora los lectores la carta de Zorrilla recibida por Vico en 11 de Enero y que debemos á su exquisita galantería:

Enero 11—95.

Sr. D. Antonio Vico.

Mi estimado amigo: Juana ha seguido en cama hasta ayer, y yo hace cinco semanas que no salgo de casa; quería ir á hablar *del caso* con V. veinte minutos, pero mientras puedo salir, ahí van estos renglones.

He resuelto hacer nueva y no refundir la primera parte. La trilogía tiene que llevar un plan que haga homogéneas las tres partes, y como mi primera parte vieja es un desatino falto de estudio y de verdad históricos, y excepto los zapateros y Colmenares, todos los personajes tienen que ser nuevos en la refundición, prefiero hacer el trabajo nuevo.

Quedará, pues, y aumentado, todo el misterio de los dos primeros actos y lo humorístico que á V. le gusta con

Un acto tercero del mayor efecto posible, no en audiencia en el palacio, sino en la ruinosa y abandonada nave del templo en donde se reúnen los falsos muertos. Le costará á V. una decoración por el tal templo: tiene muchas tumbas y mausoleos que se abren, y *los muertos del rey* surgen entre los muertos de la conspiración.

¿Comprende V?

D. Pedro tiene veintitres años: lleva siete de reinado, y en estos siete se le han rebelado su madre, su tutor Alburquerque, sus hermanos, sus grandes de Castilla, Andalucía y Galicia, y hasta su mujer con los ligueros de Toro, que le tendieron una celada villana: después de esta Liga para la acción de la primera parte, motiva y empiezan las venganzas y *justicias* de D. Pedro, que dice:

 Mi madre, tía y esposa,
 señuelos de rebeldía
 y anzuelos de bandería,
 son contra mí, y es ya cosa
 por la que no pasa el rey:
 con razón ó á sinrazón,
 va á ser la ley del talión
 del rey Don Pedro la ley.
 Las mujeres vivirán
 enjauladas: y uno á uno
 los bastardos, *si á mi alguno*

no me mata, morirán.
¡Vive Dios! Hijo y rey soy
solo legitimo. ¡Ea!
mi reinado es de pelea
y á lidiar con todos voy.
Y á Roma, á Aragón y á Francia
las daré lo que me den:
mal por mal y bien por bien
y hierro por arrogancia.

.....
Tal es mi empresa y campaña;
de Setubal á Figueras
solo un reino sin fronteras
y solo un rey en España.

Podré en mi empresa morir,
mas si en esta mía insisto
y la planteo... ¡por Cristo!
que algún rey la ha de cumplir.

¿Dígame usted, qué le parece la am-
plitud de esta idea?

Síntesis.

Porque ¿quién va á creer que cuantos
le arrastraron á ser cruel,
acosándole entre tantos,
eran todos unos santos,
y el criminal solo él?
Pues qué, ¿fueron que él mejores
de infamias y vicios fardos,
de honra y tierras salteadores,
los siete veces traidores
y adulterinos bastardos?
Pues, ¿peores que él no son
aquel gran rey de Aragón,
y aquel rey de Portugal,
y aquel papa de Aviñón
que le trataron tan mal?

Por ahí va. Es preciso que nos veamos. Dígame á qué hora está usted en casa y cuándo se va; y suyo

ZORRILLA.

Los últimos días del gran poeta.

La postrer visita.

La última vez que salió de su casa —segun *La Epoca*,— fué para ir al aristocrático palacio que se levanta en la esquina del Prado de San Fermín (el de la duquesa de Medinaceli.) Entró en los salones apoyado en el brazo del que consideraba su hijo intelectual, del poeta Ferrari, y encontró allí á Antonio Grilo y al duque de Tamames, que figuraban entre sus más entusiastas admiradores.

Después de la comida, el poeta corrobés y el linajudo aristócrata, que decláma de un modo admirable, recitaron versos de Zorrilla.

—¡Música, música!—decía el gran poeta, inclinando melancólicamente la cabeza.

—Pero música grandiosa,—le decían:—música que es el himno de la patria, inspirado en nuestra historia,

en nuestra religión, en todo lo que tenemos de grande y en todo lo que podemos evocar como glorioso.

Cuando se retiró, la duquesa le acompañó, como de costumbre, hasta la escalera, como hacen los Grandes de España cuando reciben en sus palacios la visita de los reyes.

—Hasta muy pronto, mi gran poeta, —le dijo, despidiéndole cariñosamente, la dama.

—Yo, cuando me despido, —contestó Zorrilla, besando galantemente la mano que le tendían, —ya no puedo decir hasta cuándo.



Los últimos versos.

Tenía preparada una leyenda de Segovia con destino á *El Liberal* para lo que había hecho los estudios y dispuesto el argumento.

Hé aquí dicho trabajo preparatorio que da cierta idea de como se las arreglaba Zorrilla para escribir luego sus magníficas composiciones:

Segovia	—79	Ayuntamientos.	} La parte más poblada es la monta- ñosa.
Sepúlveda	—80		
Riaza	—54	Coca-(Cauca)	
Santa María de Nieva	—55		
Cuellar	—57-	(Colenda)	

Rotéanla un valle que riega al N. el Eresma y al Sur, el arroyo Ciamores que se unen al O. y entre él y la ciudad se levantan al Oriente y Mediodía las montañas de Peñalara, Siete Picos, la Fombria y Peña-del-Oso, fortificaciones naturales que protegen la ciudad. Llamáronla ya los latinos Secuvia ó Secovia, nombres estraños al griego y al romano, y tiene más relación con Segontia-de Secab y Secob, palabras hebreas que significan reposo: este absurdo trae su etimología.

De tu germen vital, de tus orígenes
¿quién en la turbia oscuridad penetra?
Quién percibe la luz de tu alborada
de tu primera edad en las tinieblas?

Suevos, Vandalos y Alanos—guerras continuas—reyes bautizados por política—confusión—Honorio, y Valentiniano bajo la regencia de Placidia, año 424—Heregías—ambición del clero—degeneración del cristianismo—el clero perseguido y perseguidor—pág. 20.

Leovigildo y Hermenegildo: Todo ello nieblas muy difíciles de penetrar. Toma de Madrid por Alfonso VI. Los segovianos al mando de Diaz Sanz y Fernán García: Asalto de la torre, le dan al rey la victoria, el rey dió á

Fer-García por empresa de su escudo una torre azul con guirnalda y una estrella encima, cinco almenas, dos puertas una abierta y otra cerrada y el título *de la torre*, á Diaz Sanz el derecho de usar las armas de Castilla.—(1083 y 1088)—Martin-Muñoz, Burgalés, pobló y dió nombre á Martin Muñoz, Blasco Muñoz, Gutierrez Muñoz y Armuña, (su hija) pueblos de la provincia (pág. 38).

Riquezas de la Iglesia Segoviana por las donaciones de reyes y particulares—(42 y 43).

Muerte de Enrique VI. Malos antecedentes de Isabel la C.^a 70-71 y 72.

La Inquisición—Ingratitud de la reina con Segovia—Cabrerá—Granada—Espulsión de los judíos, para quitar á la nobleza el apoyo de sus riquezas—Orden en el clero y en los tributos.—El 1494 estuvo el rey muy malo en Segovia. Confirmación de los privilegios de la ciudad, salvo atacarlos cuando conviniese á los reyes, según su costumbre (76 y 7). El obispo Don Juan Arias del Villar. Misal Segoviano-76.

La princesa Juana y Felipe el hermoso en Segovia, mandatos raros—

primeras señales de locura de doña Juana—1503.

Venganzas y barbaridades en Segovia en la ausencia de D. Carlos al coronarse en Alemania 77.

Territorio—riqueza en maderas 83 y 84 Arbolado—Pastos—herbajes Ríos. si se esplotasen tus ríos, y arroyos de tus comarcas serías de las comarcas abarcas.

Partida de bautismo de Zorrilla.

D. Gaspar Francés, párroco de San Martín y San Benito el Viejo de esta ciudad de Valladolid;

Certifico, á petición de D. Mariano Martín Fernández: que en un libro de bautizados de esta parroquia, que principió en diez de Octubre de mil setecientos noventa y siete, al folio ciento sesenta y seis, se halla la partida siguiente:

En primero de Marzo de mil ochocientos diez y siete, Yo el infrascrito cura propietario de la parroquia de San Martín y San Benito el Viejo de es-

ta ciudad de Valladolid, exorcizé é impuse los Santos Oleo, y Chrisma á Josef Maximiano, que nació el veinte y uno de Febrero próximo y á quien bautizó en caso de necesidad D. Lucas Dueñas, cirujano de esta dicha ciudad, hijo legitimo del Licenciado D. Josef Zorrilla, relator de esta real Chancillería, y natural de la villa de Torquemada, obispado de Palencia, y de doña Nicomedes Moral, natural de Quintanilla Somuñoz, Diócesi de Burgos; Abuelos paternos D. Antonio Zorrilla y doña Nicolasa Caballero, naturales de la expresada villa de Torquemada; maternos el licenciado D. Manuel Moral, difunto, natural del referido Quintanilla Somuñoz y doña Jerónima Revenga, natural de Tordomar, de dicha Diócesi de Burgos. Fueron padrinos D. Zoilo Moral y doña Jerónima Revenga, su tío y abuela materna; y testigos el licenciado D. Pedro Lezcano y Cortés, Mariano Blanco y Victor Hernández.—Francisco Garcimartin y Escudero.—Así, á la letra, resulta del libro y folios citados. Valladolid veintitres de Enero de mil ochocientos noventa y tres.—Dr. Gaspar Francés.—Es copia exacta del original. Hay un

sello que dice: Parroquia de San Martín y San Benito el Viejo =Valladolid.

El testamento de Zorrilla.

Copia literal.

NUMERO VEINTITRES.

En la ciudad de Valladolid á diez y nueve de Enero de mil ochocientos ochenta y cuatro, ante mí D Justo Melón Sanchez, censor primero de la Junta directiva del Ilustre Colegio Notarial del Territorio del mismo Colegio por no haber tomado posesión el electo, y Notario especial del Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad, con domicilio y fija residencia en ella, y testigos rogados y llamados para este acto.—

El Excmo. Sr. D José Zorrilla y Moral, de edad de sesenta y seis años, residente accidentalmente en esta ciudad, Hotel de Francia número quince, cuarto principal, situado en la calle de Teresa-Gil, número veintitres y vecino de la ciudad de Barcelona, provisto de cédula personal de octava clase, número doscientos setenta, expedida en dos del corriente mes por el Adminis-

trador de Propiedades é Impuestos de aquella provincia, hallándose en mi estudio calle de la Constitución número siete, piso principal de la izquierda, bueno y en el completo uso de sus facultades intelectuales y por tanto con capacidad legal á mi juicio, para testar dijo que deseando formalizar su última y deliberada voluntad otorga el presente testamento nuncupativo en la forma contenida en las cláusulas siguientes:

1.^a Declara el testador que ha vivido y que morirá cristiano, por convicción de que con la doctrina de Jesucristo si la siguiéramos los que nos damos por cristianos bastaría para hacer un Paraiso de la tierra: que es natural de esta ciudad, bautizado en la Parroquia de San Martín, hijo de don José Zorrilla Caballero y doña Nicomedes Moral de Revenga, difuntos, vecinos que fueron de Torquemada, en la Provincia de Palencia.—

2.^a Deja todo lo referente á su funeral y demás piadoso á la disposición y voluntad de su actual esposa doña Juana Pacheco, vecina hoy de Barcelona.—

3.^a El testador suplica al Excelen-

lísimo Ayuntamiento de esta ciudad de Valladolid y le autoriza para ello, que apenas ocurra su defunción reclame su cadáver si muere fuera de su ciudad natal, y le dé sepultura en su cementerio: pero ordenándole expresamente deposite su cuerpo en una caja modesta de madera blanca forrada de paño, sin terciopelo, seda, oro, ni adorno ninguno de valor: y con absoluta prohibición de embalsamamiento ni de inyección arterial que tienda á evitar ó dilatar la corrupción y descomposición de su cuerpo, á menos que disposiciones legales lo prohiban: cuya caja será envuelta y enterrada en el suelo y en tierra sin panteón, ni alegoría mundana que pretenda vida ni glorificación póstuma.—Muere cristiano y quiere que su polvo mortal vuelva á ser polvo, para obedecer á Dios que dijo á Adam: «*pulvis est, et in pulverem reverteris:*» Sobre su sepultura no ha de ponerse más que una losa de piedra común, y por único recuerdo esta inscripción:

«EL POETA JOSÉ ZORRILLA

HIJO DE VALLADOLID.»

Alrededor de la fosa, se pondrá una

pequeña verja de hierro para evitar las profanaciones; y de esta fosa no permitirá jamás el Ayuntamiento, que sus restos sean exhumados, so pretexto de trasladarlos á panteón Nacional ni otro lugar alguno de mundana ostentación.—Como es probable por la edad que alcanza el testador, que no goce muchos años del sueldo que como Cronista le ha señalado la misma Corporación Municipal, la suplica que si es posible, se le continúe dando á su viuda si le sobrevive; por si apesar de su previsión sus editores y los libreros hallan medio de hacer con sus obras póstumas, lo que con las que ha escrito en vida.—

4.^a Declara estuvo casado en primeras nupcias con D.^a Matilde Florentina de O'Reylli de quien no tuvo sucesión, como tampoco la tiene de su actual y segunda esposa D.^a Juana Pacheco, por lo cual se halla facultado por las Leyes para disponer libremente de sus bienes.—

5.^a Deja todos sus papeles manuscritos, notas, trabajos literarios sin concluir y memorias póstumas al Abogado D. Manuel Mata Maneja, vecino de la ciudad de Barcelona para que

queme toda su correspondencia, concluya ó dé á concluir sus obras no concluidas, cuyos productos deberá de partir á medias con su viuda doña Juana Pacheco.—

6.^a Los pliegos y paquetes cerrados que quedan bajo el sobrescrito «*post mortem meam*» los lega y manda también al expresado Abogado D. Manuel de Mata y Maneja á condición de que los envíe tal como los halle al Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad de Valladolid, en cuyo archivo permanecerán cerrados un año al cabo del cual se abrirán en presencia del señor de Mata y Maneja ó de un delegado suyo legalmente autorizado; y si el señor Mata y Maneja no se aviniera por razones políticas, religiosas ó sociales, á darles el empleo que bajo el sobre que les contiene déjase ordenado que se les dé, volverán á cerrarse y archivarse en Valladolid: tomando y publicando la nota de lo que contienen y de lo que el testador ordene que se haga con el contenido, hasta que haya quien con sus condiciones se avenga, en cuyo caso el valor de su venta, ó productos de su publicación, los partirán el Editor y su mujer D.^a Juana,

por partes iguales, y en ausencia ó fallecimiento de ésta, su sobrina doña Blanca Arimón y Pacheco, hija de sus cuñados D. José Arimón y D.^a Julia Pacheco.—

7.^a Como es probable, que el testador quede en deber según contrato á sus editores algunas cantidades más ó menos usurariamente facilitadas de editor á autor, es su voluntad y á cargo y responsabilidad de su conciencia ante Dios, que su mujer se niegue á reconocerlas y se resista á pagarlas, si la honradez, la conciencia y la hidalguía de sus editores no les inspira la obligación de perdonárselas; por razón de la lesión enormísima que con todos sus contratos le han inferido *legalmente* y en consideración á que la larga vida que Dios le ha concedido, les ha permitido gozar tantos años del producto de su ingenio y de que aun les permite la ley seguir gozando. En sus notas y memorias póstumas se hallarán más pormenores á propósito de este deseo póstumo suyo: pero es también su voluntad que si sus editores ó sus herederos son generosos con los suyos, se suprima y se queme el capítulo de sus memorias póstumas que

contiene los indicados pormenores.
8.^a Instituye y nombra por su heredera única y universal, de todos sus bienes, derechos y acciones, presentes y futuros, con exclusión absoluta de todos sus parientes paternos y maternos, que jamás han hecho nada ni por su padre, ni por el testador, á su segunda mujer legítima Doña Juana Pacheco; á quien pertenecerán desde la hora de su muerte, todo el dinero, muebles, alhajas, créditos y derechos que de su pertenencia y en su favor existen: como asimismo el sesenta por ciento que según escritura le corresponde, de los productos de la edición ilustrada y monumental que está publicando en las oficinas de la Sociedad de Crédito Intelectual, paseo de Gracia noventa y uno, Barcelona, cuyo actual Director es Don Leopoldo Bremón. Y si esta edición alcanza el éxito que se espera, lega asimismo á su legítima mujer Doña Juana Pacheco, el derecho de tratar de la segunda y siguientes ediciones de dichas sus obras completas, con dicha Sociedad de Crédito Intelectual, bajo las condiciones que mejores crea, salva la de enagenar por completo la propiedad Literaria. Todos

los derechos que de él herede Doña Juana Pacheco, es su voluntad, que pasen á su fallecimiento á la citada su sobrina Doña Blanca Arimón y Pacheco: pudiendo su viuda, Doña Juana, volver á casar cuándo, cómo y con quien fuese su voluntad, gozando en su segundo matrimonio de cuanto herede del testador, y por sus derechos pudiere adquirir; pero á condición de trasmitírseles á su fallecimiento, no á sus hijos si los tuviere ni á su marido, ni á ningún individuo de la familia de éste, sino á la sobrina de ambos Doña Blanca Arimón. —

9.^a Nombra por sus albaceas testamentarios y cumplidores de esta su última voluntad á su esposa Doña Juana Pacheco, á Don José Arimón y Cruz, vecino de Puerto-Rico, y á Don Manuel de Mata y Maneja, vecino y Abogado del Colegio de Barcelona, á los tres juntos y á cada uno *in solidum*, para que después de su fallecimiento se apoderen de sus bienes, créditos y papeles, y por sí y sin intervención de justicia, ni autoridad alguna, pues que desde ahora prohíbe toda mediación judicial, cumplan con cuanto lleva dispuesto á la mayor brevedad posible. —

10.^a Y por último, el testador revoca y anula, da por nulos y de ningún valor ni efecto, todos los testamentos, codicilos, y demás disposiciones testamentarias que antes de ahora haya hecho, por escrito, de palabra, ó en otra forma que no quiere valgan ni hagan fe en juicio ni fuera de él, y si solo el presente que se habrá de observar y cumplir en todo su contenido, como su última y deliberada voluntad.—

Así lo otorga el Sr. D. José Zorrilla y Moral ante mi dicho Notario, y los testigos rogados y llamados como va dicho, que lo son Don Horacio Moran, su profesión comerciante, Don Lorenzo Caballero Noal, profesor dentista, y Don José Agustín de Beitia y Tallaeche, propietario, vecinos de esta ciudad, que aseguran no tener impedimento legal para ello.—

Enterados unos y otros del derecho que la Ley le concede, para leer por sí mismos, este instrumento ú oírmele leer, por acuerdo de todos lo verifiqué yo el notario íntegramente y en alta voz, el cual aprobó el testador manifestando que cuanto contiene es su última y deliberada voluntad.—

Y dicho testador á quien yo el Notario doy fe conozco, con la vecindad y circunstancias expresadas, y también de hallarse en su completo juicio, lo firma en un solo acto con dichos testigos, ahora que son las dos menos cuarto de la tarde y signo y firmo, haciéndolo también con su rúbrica el testador en el margen izquierdo y por la cara del sello en los dos pliegos anteriores=José ZORRILLA=Horacio Morán=Lorenzo Caballero=José Agustín de Beitia=Hay un signo: Justo Melón Sánchez.

Versos inéditos.

Cuando Zorrilla hacía la corte á la que fué su segunda esposa, doña Juana Pacheco, allá por el año 1869, regaló á la predilecta de su corazón un ejemplar de la hermosa leyenda *El drama del alma*, en la que escribió dos redondillas de su puño y letra.

La primera de ellas, que figura en la portada del libro, dice así:

1881 Á JUANA PACHECO.

La fe de mi corazón
destilé en este papel:

lee, Juana, con atención
y piensa en mi al leer en él.

El Autor.

La otra redondilla ya escrita al final
de la leyenda y está concebida en es-
tos términos:

Cuando hayas llegado aquí,
Juana, mi libro al cerrar,
¿te podré yo preguntar
qué es lo que piensas de mí?

J. Zorrilla.



La primera mujer de Zorrilla.

El 22 de Agosto de 1839 contrajo
matrimonio Zorrilla con la señora doña
Florentina O'Reilly, de 38 años de
edad y viuda de D. José Bernal.

Les desposó en la parroquia de San
Sebastián el teniente cura D. José Pu-
lido Espinosa.

El poeta tenía á la sazón 22 años.

Tuvo Zorrilla con doña Florentina
una hija, que falleció á los tres meses
de su nacimiento.

La primera esposa del cantor de
Granada dejó de existir en 1864.



Lo que dicen de Zorrilla los americanos.

(De *El Liberal*, de Madrid.)

En casi todas las fiestas del Centenario ha llevado la voz de las Repúblicas americanas un elocuente orador y un insigne poeta americano; el Zorrilla de San Martín, ministro del Uruguay.

Suyo es el siguiente artículo, que nos ha enviado en honor del inmortal poeta de Granada:

«Zorrilla es para mí (digamos para nosotros) una melodía que nos acaricia desde la infancia; es la Virgen, la madre, el cielo transparente, el aire embalsamado, todo ello flotante en el ambiente de la Patria.

¿No parece que aun en sus gritos de gloria deja el canto del viejo trovador una resonancia tierna? ¿No parece que aun entre el polvo de los combates que narra y describe, hay algo de perfume, de incienso, que incita al recogimiento y á la plegaria?

Zorrilla es más que un poeta: es el poeta.

Se invocan como precedentes de esto, hermosa apoteosis del gran poeta español, los nombres de Tennyson y Víctor Hugo.

Sí: pero Tennyson era el poeta inspirado y correcto de la corte; Víctor Hugo, gran poeta de imaginación, fué político, propagandista y la volubilidad de sus opiniones hizo abigarrada en el fondo su poesía y quitó mucho carácter á su alta personalidad.

Zorrilla, en cambio, es la emanación espontánea y genuina del alma de España: es el pájaro que canta su no aprendida canción posado en las ruinas; es la flor que brota en ellas después de la lluvia, sin más riego que el del cielo, sin más interés que el de obedecer la ley de su ser, sin más esperanza que la de marchitarse en el seno de la misma ruina á que llevó un poco de alegría. Zorrilla es siempre el mismo: cristiano y español.

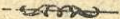
La apoteosis de Zorrilla es una honra de España: es la apoteosis del poeta, solo del poeta, es decir, del ideal.

No digamos, pues, que se han acabado los poetas de su noble tierra. Decía Shakespeare de las lágrimas de Lady Macbet, me parece, que al tocar el

suelo, se convertían en serpientes. Yo creo que las lágrimas españolas que hoy caen en la tumba recién abierta al trovador rendido por la muerte, bien pueden, al evaporarse, transformarse en estrofas y en cantos dignos de los mejores tiempos, porque tienen el calor de almas capaces de llorar, porque murió el poeta.»

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

Ministro plenipotenciario del Uruguay.

—  —
UN TELEGRAMA DE GRANADA.

El que ha enviado el Liceo de Granada á la viuda de Zorrilla dice así:

Granada 24 (12-45 t.)

Señora viuda de D. José Zorrilla.

El Liceo de Granada, que escribió una de las más brillantes páginas de su historia coronando al egregio poeta cuya pérdida llora hoy España entera, envía á usted el testimonio de su profundo dolor.

Con su muerte ha perdido la poesía castellana la más legítima de sus glorias.—El presidente, *Francisco Blanco Constans*.



EL CADÁVER DE ZORRILLA

En la mañana del 23 yacía el cadáver en una modesta cama inmediata al sillón donde había fallecido el poeta.

Cuando se supo en el Ateneo que Zorrilla estaba á punto de espirar, surgió entre varios socios la idea de que se convirtiera en capilla mortuoria el salón de cátedras, para exponer allí el cadáver.

Pero la Academia Española había concebido idéntico plan y con objeto de realizarlo, visitó el día 25 á las ocho de la mañana, á la viuda de Zorrilla, rogándola en nombre de la citada Corporación que le dispensaran la honra de hacerse cargo del cadáver y de organizar y disponer su entierro.

La demanda fué otorgada y acogida con sincera gratitud.

Poco después se reunió en la casa de la calle de Valverde una Comisión especial, compuesta de los Sres. Tamayo, Castro y Serrano y Fabié, quienes acordaron que el sepelio se verificara en el cementerio de San Justo; que se convirtiera en capilla ardiente el sa-

lón principal de la Academia, y que se permitiera la entrada al público en él, cuando ya estuviera convenientemente colocado el cadáver.

Este se halla vestido de frac, con la banda de la gran cruz de Carlos III y la medalla de académico.

LA TRASLACIÓN DEL CADÁVER

A las doce y media fué sacado el féretro de la casa mortuoria, en la calle de Santa Teresa, y conducido al edificio de la Academia en un furgón de una empresa fúnebre, detrás del cual iban, á pié, el Sr. Escobar, sobrino político del finado; el Sr. Calderón, su amigo, y el doctor Forns.

No hay frases con qué pintar la desgarradora escena que ocurrió en el hogar donde ha pasado sus últimos años el poeta, á la salida del cadáver.

El féretro era de ébano, con doble tapa y llevaba en la superior y en relieve, un precioso crucifijo.

Antes de que el cadáver, que no ha sido embalsamado, quedara colocado en la capilla ardiente, los escultores Sres. Barrán y Carretero, sacaron una mascarilla del difunto.

La capilla ardiente

Fué instalada en el salón de actos de la Academia, colgado todo de paños negros, adornados con flecos de oro.

Rodeaban el féretro infinidad de candelabros dorados, que sostenían setenta luces.

A la izquierda del túmulo se dispuso un altar, en el que se digeron misas el 24 y 25, por el alma del finado.

La capilla fué pública y estuvo abierta el 23 desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche, habiéndola visitado considerable número de personas.

Para mantener el orden se envió allí una sección del cuerpo de Seguridad y varios agentes de vigilancia.

El entierro

Se verificó el miércoles 25, á las dos de la tarde, é invitaron al fúnebre acto el Gobierno, la Academia Española y la familia de Zorrilla.

La Comisión especial de aquel alto cuerpo tomó también los siguientes acuerdos: que la Academia no depositara corona alguna fúnebre sobre el féretro, entendiendo que no la

habría digna de tan excelso poeta, y que el camino que siguiera el entierro, desde la calle de Valverde al cementerio de la Sacramental de San Justo, fuera el más directo posible.

He aquí el itinerario del cortejo fúnebre:

Por la calle de Valverde, Desengaño y Montera, á la Puerta del Sol y por la calle Mayor y Cuesta de la Vega al cementerio.

El Ateneo

La Junta directiva del Ateneo tomó los siguientes acuerdos:

1.º Que asistieran al entierro todos sus individuos y los que forman las Mesas de las secciones.

2.º Invitar, por medio de circulares, á todos los socios para que concurrieran al mismo acto.

3.º Que se cerrase media puerta en señal de luto, y se colgase el balcón principal del edificio con negros crespones.

4.º Depositar sobre el féretro una gran corona.

5.º Celebrar una solemne velada poética en honor de Zorrilla.

Y 6.º Exponer á la Junta general

la conveniencia de que el Ateneo, en homenaje á la memoria del insigne poeta, tomara la iniciativa para abrir una suscripción pública cuyos productos se destinen á elevar un monumento á Zorrilla.

Con objeto de organizar la velada, se verificó en el Ateneo una Junta el 25, á las nueve de la noche, á la que fueron invitadas, entre algunas otras personas, los Sres. Campoamor, Nuñez de Arce, Balart, Valera, Menéndez Pelayo, Sánchez Moguel, Sellés, Ferrari, Echegaray, Moret, Palacio (D. Manuel), Fernández Shaw, Grilo, González Serrano y Campillo; y los señores general Riva Palacio, ministro de México; Zorrilla de San Martín, del Uruguay; y Peralta, de Costa Rica, quienes á su cualidad de diplomáticos americanos unen la de ser muy distinguidos poetas.

El martes, á las nueve y media, se reunió dicha corporación en Junta general extraordinaria para dar cuenta de una proposición presentada para honrar perpétuamente la memoria del gran poeta nacional.

La Sociedad de Escritores y Artistas.

Acordó también dedicar al finado una gran corona, disponer que asistiera al entierro una numerosa comitiva de socios que llevase su representación y favorecer con un buen donativo á la viuda de Zorrilla.

Para formalizar estos acuerdos y algunos otros, se reunió la Junta directiva, á las once de la mañana de dicho día; y todas las demás Sociedades de Madrid, que tienen carácter literario ó artístico, se hallaban animadas de análogos propósitos.

El gobierno

Una Comisión de la Academia, compuesta de los Sres. Tamayo y Fabié, visitó por la mañana al ministro de Fomento para darle cuenta del fallecimiento del insigne poeta y pedirle que el Gobierno contribuyera á la suntuosidad del entierro del inmortal Zorrilla.

El Sr. Moret se asoció desde luego á los deseos de la Academia, y como la indisposición que sufría le impedía

salir á la calle, llamó por teléfono al presidente del Consejo, con el que celebró una conferencia, ocupándose en ella de la forma en que el Gobierno se asociaría al duelo nacional por la muerte del gran poeta.

El Sr. Sagasta, admirador de Zorrilla, y amigo particular suyo desde hace muchos años, autorizó al ministro de Fomento para que dispusiera, á nombre del Gobierno, todo el homenaje del duelo que consintieran los precedentes.

Después de esa autorización, conferenció el Sr. Moret también por teléfono con el ministro de la Guerra, y éste ofreció que concurriría al entierro la fuerza pública que se estimara necesaria.

El señor Moret examinó los precedentes del único caso análogo que existe. Vió el ministro de Fomento cuanto se hizo en el entierro de Quintana, poeta que en vida mereció los honores de la coronación igual que Zorrilla.

Pero entonces el Gobierno se limitó á invitar á las corporaciones oficiales á que asistieran al entierro de Quintana, acto fúnebre que presidió el di-

rector de Instrucción Pública, no concurriendo á él ninguno de los ministros.

Por cierto que esa ausencia de los consejeros de la corona fué muy censurada por la prensa.

Ahora el Gobierno quiso rendir mayor tributo de admiración á la memoria del poeta nacional, y asistió al entierro haciendo él las invitaciones, no sólo al elemento oficial, sino á todas las personas y corporaciones que debían figurar en el cortejo.

Contribuyó el Gobierno á costear los gastos del entierro; invitó á las iglesias para que doblen las campanas, y dispuso que fuerza de la guardia civil formara parte de la comitiva en idéntica forma que lo hizo en el entierro del señor Martos.

Zorrilla y Sagasta

Ya hemos dicho que el presidente del Consejo es admirador entusiasta del inmortal poeta y hace muchísimos años que le trataba con intimididad.

Se conocieron el año 1843, una noche que en el teatro de la Cruz se representaba *El zapatero y el rey*.

El público aclamó á Zorrilla y le llamó á escena muchas veces.

Entonces lo vió por primera vez el señor Sagasta, alumno á la sazón de la Escuela de Ingenieros, y entusiasmado con las grandezas de la obra, fué al escenario á felicitar al autor.

Poco después eran dos buenos amigos, y esa amistad no se interrumpió ni un solo instante.

Zorrilla visitó mucho la casa de Sagasta, y le escribió en distintas ocasiones en verso y prosa.

El último autógrafo de Zorrilla que ha recibido el Sr. Sagasta, es una tarjeta en la que en letra clarísima se lee lo siguiente:

«JOSÉ ZORRILLA,

que no vive ya en el mundo social ni en el literario, desea á su amigo y amparador, D. Práxedes M. Sagasta, mil felicidades en el día de hoy, y á su hija Esperanza una vida larga y que no la cueste una sola lágrima.

21 Julio de 1892.»

La casa de Zorrilla

Es tal el número de personas que acudió al domicilio donde vivía el poe-

ta, que la familia del difunto se vió en el caso de abstenerse de recibir visitas de cumplimiento.

Solo estuvieron el 23 en la casa los amigos de confianza.

La reproducción de las listas de visitantes que consignaron en ellas sus nombres, sería interminable.

A las seis y media de la tarde se presentó el señor conde de Guaqui á dar el pésame á la viuda de Zorrilla, á la que al despedirse entregó con los ojos inundados de lágrimas una carta de su esposa, que contenía sentidas frases de dolor por la pérdida del amigo querido y una importante cantidad para lutos y tocas.

La inconsolable viuda acogió emocionada y llorosa el donativo, dando expresivas gracias á la ilustre dama por la merced que acababa de recibir.

¡Bien por la bondosa condesa de Guaqui!

Zorrilla ha muerto pobre y al alejarse del mundo sólo ha dejado en su hogar cincuenta duros.

A las siete de la tarde se presentó en la casa del duelo un criado de Palacio con objeto de hacer entrega de una preciosa y gigantesca corona de flores

naturales, adornada de riquísimas cintas, como tributo de admiración consagrado por la reina regente á la memoria de Zorrilla.

La corona fué llevada después á la capilla ardiente de la Academia.

El testamento de Zorrilla

Lo otorgó hace seis años en Valladolid, ante el notario de dicha capital, señor Melons.

En él instituye heredera universal, á su viuda doña Juana Pacheco, consignando que á su muerte transfiera esta sus derechos á su sobrina doña Blanca Arimón y Pacheco.

No deja Zorrilla bienes de fortuna, pero lega la propiedad de sus obras, hoy enajenada y revestible á sus herederos después de transcurridos 25 años de la muerte del autor, según se halla taxativamente establecido por la ley.



Entierro de Zorrilla

(De *La Correspondencia de España*
del día 26 de Enero):

El día ha estado espléndido, el cielo, tantas veces cantado por el inmortal poeta, ha lucido su hermoso color azul y el sol brillaba como las estrofas de oro del cantor de Granada.

El cuerpo del poeta ha pasado entre flores el último día de su estancia en el mundo, pues la cama imperial en que estaba colocado, desaparecía bajo las gardenias, las camelias, las violetas, los pensamientos, las orquideas y las rosas, que iban á rendir tributo al que las ha cantado tantas veces.

Al lado del cadáver se ha continuado diciendo misas toda la mañana, uniéndose las preces de la iglesia por el cantor inspirado de *Maria*, á los elogios que han salido de todos los labios y que han brotado de todas las plumas.

Nunca ha habido en la Academia Española tanto aroma de flores; ellas han dado incienso para el férretro de Zorrilla.

A las doce fué preciso cerrar las puertas de la Academia para contener á la gente que quería entrar y para ocuparse en los preparativos del entierro.

A la una ya ocupaba un numeroso gentío la calle de Valverde y se veían allí representantes de todas las clases sociales. Los ancianos que representaron en sus años juveniles las obras del poeta; los jóvenes que han aprendido al mismo tiempo que á hablar y que á leer, sus versos; mujeres del pueblo, señoras de la clase media, damas de la aristocracia, de todo se veía allí y se oían curiosos diálogos, todos relativos al poeta.

Unos hablaban de cuando le conocieron, otros de la impresión que les habían causado sus obras; un grupo de estudiantes recitaba versos, otros leían los elogios fúnebres de los periódicos.

Todo eran frases de duelo, de sentimiento y de alabanza.

Así ha trascurrido el tiempo en que se ha organizado la comitiva. Por las

calles del tránsito el gentío era inmenso, y no había un solo balcón sin gente, y se puede asegurar que todo Madrid ha tomado parte en el entierro, ya formando en el duelo, ya presenciando el paso de la comitiva, en la que se destacaban al lado de los uniformes, la blusa del obrero, el gabán del bulgués, los manteos de los sacerdotes; cuanto representa, en fin, á la sociedad española.

*
* *

La guardia civil custodió el cadáver hasta el momento de organizarse el triste cortejo.

A las dos de la tarde llegó á la Academia Española el clero de San Ildefonso y Santa Bárbara.

En la cámara mortuoria rezó un responso por el eterno descanso del inspiado vate.

Media hora después era conducido el féretro al coche fúnebre, descubriéndose al pasar la apiñada multitud de hombres eminentes que había acudido ya á rendir al insigne trovador el último homenaje de cariño y admiración.



En las cercanías de la Academia notábase gran movimiento.

Masas de escolares se agitaban, á fin de constituir grupos por facultades.

Inmenso público procuraba colocarse en los mejores sitios para ver el entierro.

Los balcones eran estrechos para contener tanta gente.

Sobre la negra colgadura que ostentaba el balcón principal de la Academia destacábanse varios guardias civiles de los que en la noche anterior velaron á Zorrilla.



A las dos y media quedó organizado el triste cortejo en esta forma:

Abrian la marcha batidores de la guardia civil.

Seguian una sección de orden público y otra de guardia civil á caballo, con uniforme de gala.

Detrás iba la banda del regimiento de infantería de Baleares.

En pos formaban en la comitiva tres numerosos grupos de estudiantes de Derecho, Medicina y Filosofía y Letras,

yendo al frente de ellos una comisión portadora de una corona dedicada á Zorrilla, con cintas de los colores de la facultad.

Llevaban las coronas los Sres. Bravo y Goyena, Marti y Dehesa, Pérez y Pérez y Obrejón, alumnos de derecho; Lopez Soa, Ferrufino y San Pedro, de medicina: Pomar y Martín Raso, de filosofía y letras.

Marchaban detrás dos landós llenos de coronas.

Entre ellas figuraban las siguientes.

«Antonio y Joaquina Cánovas del Castillo, al gran poeta Zorrilla.»

«Homenaje de admiración y cariño de la duquesa de Medinaceli á su egregio amigo Zorrilla.»

«El Ateneo de Madrid á Zorrilla.»

«*El Liberal* á Zorrilla.»

«*La España Moderna* á D. José Zorrilla.»

«Jenaro Perogordo, tributo de antigua amistad.»

«Los artistas del Teatro de la Comedia á D. José Zorrilla.»

«El humilde escritor portugués Ramallo Ortigao á D. José Zorrilla.»

«El Concejo de Instrucción Pública á D. José Zorrilla.»

«Juan Antonio Cabestany al inmortal poeta Zorrilla.»

«El Liceo de Granada al gran poeta Zorrilla.»

«Emilio Ferrari, último tributo de veneración y cariño.»

«El *Blanco y Negro* á D. José Zorrilla.»

«El ministro de Colombia al inmortal poeta Zorrilla.»

«Montaner y Simón al gran poeta Zorrilla.»

«La orden agustiniana al gran cantor de las tradiciones patrias.»

«Al inolvidable Zorrilla su amigo Semprún.»

«Al inmortal Zorrilla su amigo Letamendi.»

«El teatro de la Zarzuela al gran Zorrilla.»

«La Universidad Central á Zorrilla.»

«El Circulo Telegráfico á D. José Zorrilla.»

«El Circulo Artístico Literario á don José Zorrilla.»

«La empresa del teatro Apolo (23 de enero 93) á Zorrilla.»

«*El Imparcial* á Zorrilla.»

«El Centro del Ejército y Armada á Zorrilla.»

«El Círculo de Bellas Artes á Zorrilla.»

«Murcia á su cantor Zorrilla.»

«Al popular poeta Zorrilla su amigo y paisano José Muro.»

«La empresa y artistas del teatro Español á Zorrilla.»

«*El Cronista* de Barcelona al gran poeta español.»

«Los artistas del teatro de Apolo á Zorrilla.»

«El Ayuntamiento de Valladolid al gran vate Zorrilla.»

«La Asociación de Escritores y Artistas á Zorrilla.»

«La prensa de burgos al gran poeta Zorrilla.»

Seguía la banda de ingenieros.

El Clero de San Ildefonso y Santa Bárbara precedía al coche fúnebre. Este era la magnífica carroza imperial de La Soledad, Desengaño, 10, arrastrada por ocho hermosos caballos, servidos por lacayos enlutados.

A uno y otro lado del férretro iban porteros de Fomento, de la Academia y del Ateneo, doce marineros del Museo Naval y agentes de orden público.

Presidía el duelo el señor marqués de Hoyos, en nombre S. M. la reina.

El duque de Rivas declinó tan honrosa representación por hallarse delicado de salud.

También presidían los ministros de Estado, Gobernación Hacienda Guerra y Ultramar; el Sr. Cánovas, en calidad de presidente de la Academia de Jurisprudencia: Martínez Campos, Pidal, padres Mir y Tamayo y Baus.

Llavaban las cintas del férrero los señores Vicenti, director de Instrucción pública; Menéndez Pelayo, académico de la Hístoria; Vargas, de la sociedad de Escritores y Artistas; marqués de Valdeiglesias, en representación de la prensa; Pintó, teniente alcalde de Valladolid; Echegaray, en la del Ateneo; Valera de la Academia de la Lengua y Caltañazor y Vico, en nombre de los actores españoles.

Detrás del duelo iba la banda de cornetas del 14.^a tercio de la guardia civil, la música del regimiento de Zaragoza y la fuerza de la guardia civil de la comandancia del Norte.

*
* *

La comitiva así organizada se dirigió por las calles de Valverde, Desen-

gaño, Fuencarral y Montera, Puerta del Sol y calle Mayor á la Cuesta de la Vega.

Público inmenso vió en el trayecto el paso de la comitiva, descubriéndose todos ante el féretro.

La banda del regimiento de Baleares ha interpretado el *Adios madre mia* de A. de la Rubia; *Una lágrima*, de Juarranz, y *Mi hijo*, de Garrido, marchas y pasos dobles fúnebres, y la banda de Ingenieros las marchas de Juarranz tituladas *Pobre*, *Ha muerto* y *Mercedes*.

Al pasar el fúnebre cortejo por la colle del Desengaño, se arrojaron al féretro desde los balcones de la casa núm. 11, ejemplares impresos de los siguientes versos:

Á ZORRILLA

IMPROVISACIÓN

Murió el canoro vate, lumbrera de la historia,
el que cantó á Granada con estro sin igual,
pero sus cantos bellos y su renombre y gloria
proclaman á Zorrilla poeta sin rival.

Ya doblan las campanas, yá todo es desconsuelo
y cúbrese la patria con fúnebre crespon.,,

quizá Zorrilia el anto contemple desde el cielo
y envíe á nuestra España su amante bendición.

EDUARDO ALBALADEJO.



En la Puerta del Sol se distribuyeron fotografías del exclarecido vate. Allí se unieron á la comitiva los señores Almagro y marqués de Sardoal, después de depositar en uno de los landos la preciosa corona dedicada al gran poeta por el Ayuntamiento de Granada.

Los balcones del Centro Instructivo del Obrero (calle Mayor, 18 y 20) estaban cubiertos con una colgadura negra con galones dorados, en el centro de la cual se leía esta inscripción:

«El Centro instructivo del Obrero á D. José Zorrilia.»

Sobre el carro fúnebre arrojaron los socios flores deshojadas.

Al pasar el cortejo por la plaza de la Villa, la banda de música de San Bernardino, que estaba desde una hora antes preparada al efecto, ejecutó ma-

gístralmente la preciosa marcha fúnebre titulada «¡Descanse en paz!»

El municipio de Madrid dispuso que los balcones de la Casa Consistorial se cubriesen con sus ricas colgaduras, sobre las cuales se destacaban negros crespones.

En la Torre de los Lujanes, domicilio de dos Academias, ondeaba á media asta la bandera nacional.

Desde los balcones del Ayuntamiento se cubrió de flores la fúnebre carroza. En ella se depositó una corona dedicada por la corporación municipal al insigne vate.



Al llegar la comitiva frente á la Almudena hizo alto y la presidencia se colocó delante de la iglesia para presenciar el desfile, quedando por cierto el cadáver algún tanto olvidado.

El acompañamiento, que no tenía noticia de que el desfile hubiera de verificarse allí se detuvo también y la guardia civil de caballería, encargada de mantener el orden y la circulación, trató de abrir paso á la infantería que

cerraba el cortejo, ocasionando con el movimiento de los caballos gran confusión y no pocas apreturas, aunque, afortunadamente, no hubo desgracias que lamentar.

El orden quedó, por fin, restablecido, desfilando la comitiva hacia la Cuesta de la Vega, donde tomaron los carruajes para seguir al cementerio.

Durante el desfile, la orquesta y coros del teatro Real, que se hallaban colocados sobre una plataforma dentro del recinto de las obras de la Catedral y detrás del duelo, ejecutaron, bajo la dirección del maestro Mancinelli «Marcha fúnebre» de Chopin, el *Requiem*, ocompañado de coros, del maestro Mateos, y otra vez la «Marcha fúnebre» de Chopin.

Una inmensa muchedumbre aglomerada en las inmediaciones de la Cuesta de la Vega presencié el desfile y no abandonó aquellos alrededores, hasta que, terminado éste, emprendió de nuevo la marcha al cementerio el coche fúnebre y tras él los coches de respeto y los de la presidencia, que subió á ellos en dicho lugar.

Cerraban la comitiva más de 300 carruajes particulares. En primer término iba uno de la casa real, otro de gala del Senado, otro del Congreso y otro de la Diputación provincial.

En representación de la Sociedad de Escritores y Artistas, han concurrido al entierro los Sres. Vidart, Puebla, Corton, Soler, Ossorio y Bernad, Zoza-ya, Guerra, de Alarcón, Gisbert, Romero Quiñones y Comba; del Consejo de Instrucción Pública, los Sres. Palou, Sanromá, Herreros, Rada y Delgado, Riaño, Garagarza y González Valledor; de la Academia de San Fernando, los Sres. Zubiavrrre, Avalos, Peña y Goñi, Gubells y Amador de los Ríos; de la Historia, Sres. Danvila, Fernández Duro y Sánchez Moguel; de la Ciencias Morales y Políticas, señores duque de Mandas, Silvela (D. F.) Villaverde, Sánchez Toca y visconde de Campo Grande; de la Universidad Central, Sres. Hinojosa, Morayta, Campillo, Juste, Fernández y Gonzalez, Carracido, Olmedilla, Robles, Sánchez Herreros y Solier; de la Escuela de Pintura, señores Lozano, Arroyo y Parada; del Instituto Geográfico, el Sr. Alvarez Sereix y del Ayuntamien-

to de Valladolid, Sres. Silió y Cortés.

El Sr. Dato Iradier presidía una comisión de la Academia de Jurisprudencia.

La Diputación provincial de Madrid y el Ayuntamiento concurren en masa, presididos, respectivamente, por los señores España y conde de San Bernardo.

Precedían los maceros á dichas corporaciones. Al frente de comisiones militares constituidas por mas de 500 jefes y oficiales, iban en el cortejo los generales Bermúdez Beina, Palacios, Calleja, Sánchez Gómez, Herrera Dávila, Martitegui, Borrero, Salcedo, Monleón y Linares.

El señor conde de Cheste ha acompañado al cadáver hasta el cementerio. Ha ido en coche desde la Academia Española.

Sobre el ataúd iban dos coronas: la de la Reina y la de la familia del finado.

Al entierro han concurrido entre millares de personas, los señores:

Castelar, Casa-Valencia, Guaqui, Comelerán, Palacio (D. M.), Mellado, Barnuevo, Linares Rivas, duque de Béjar, Tamames, Navarro Rodrigo,

Almenara, Ramalho Ortigao, ministros de Colombia y Haiti, Galiana, Millán, Ortí y Lara, Cuceño, Ordax, Pérez (D. Felipe), Eguilaz, Quesada, Escoriaza, ministro de Santo Domingo, Pirala, Ovejero, Fernández Bremon, Iturralde, Victoria de Lecea, ministro de Costa Rica, Marcoartú, Conde y Luque, Muro (D. J. y D. M.), Piqueiras, Ferrari, Santero, marqués de Seoane, Retortillo, Nuñez de Prado, Mesonero Romanos, Campos, Ruiz Martínez, Cárdenas (D. Ramón), Saavedra, (D. Eduardo), Pérez de la Oliva, Cánovas y Vallejo (D. J. y D. A.), Sellés, Blanco Asenjo, González (D. Alfonso), Solsona, Becerre de Bengoa, Alonso Castrillo, Fernandez y Gonzalez (D. Modesto), Jimeno de Lerma, Borrell Juan), Salvani, Planelles, Ramos Carrion, Picón, Moya, Núñez (D. E.), Aguilar (D. Blas), Baldesano, Taboada, Tolosa Latear, Bofill, Torres (D. J.) Torres Campos, Láncara, Burgos (don Xavier), Vela (D. Eduardo), Mestre Martínez, Miguez, Cavia, Novillo Parrilla, Retes, Lustonó, Cilla, García Santisteban, Sierra, (D. Eusebio), Vega, D. Ricardo de la), Estremera, Lon y Albareda, Menendez, Neira, Alderete,

Sportorno, Troyano, Gutierrez Abascal, Santa María de Paredes, Azcárraga, Roland, Ortega García, Serrano (D. Emilio), Liñan, Briones, Villegas, Aguilar (don Juan Ramón), Clemenciu, Boguerini, marqués de Viana, marqués de Guadalets, Barroso, Donet, Betegón, Maldonado Macanaz, Yuste, Fernández Arias, Ortiz de Pinedo, Navarro Gonzalvo, Vidal, Betancourt, Arradol (D. F. Javier), Muñoz Escamez, Lopez Ballesteros, Rodrigo, Trompeta, Zúniga, Sinesio Delgado, Bustillo, Dicenta, López Silva y otros muchísimos que ni caben en nuestra memoria, ni en nuestras columnas.

*
* *

Desde la cuesta de la Vega hasta el cementerio, la gente se agolpaba en prodigioso número á uno y otro lado del camino. Parecía que Madrid entero se había despoblado para rendir con su presencia un tributo de admiración al vate castellano.

La guardia civil hacía grandes esfuerzos para apartar la gente que se apiñaba; pero, á pesar de todo, el

tránsito se hizo poco menos que imposible.

Al llegar al Puente de Segovia, y dar la vuelta por el camino del cementerio se vió que las alturas estaban coronadas de curiosos, que formaban apretadas hileras y ofrecían un aspecto curiosísimo.

Ni siquiera cuando llegó el fúnebre cortejo al cementerio amenguó la gente, que de todas partes acudía. El muro de contención de la cuesta que da acceso á la sacramental de San Justo estaba cubierto de valientes de los dos sexos, que corrían grave peligro de perecer estrellados, movidos de la curiosidad.

En el pórtico del cementerio había multitud de bellas y distinguidas señoritas.

Los coches que conducían las coronas se quedaron á la puerta de la ciudad de los muertos; que las glorias terrenas no pasan del umbral del cementerio.

Pasó el cadáver en hombros de seis de sus admiradores, y allí la iglesia elevó sus preces á Dios por el alma del Poeta.

Después el cortejo se encaminó len-

tamente en busca de la sepultura. Al pasar por el segundo patio de tumbas distinguimos la de Ayala, que quizá desde el fondo de su sarcófago dió la bienvenida á su hermano en el arte.

La multitud siguió adelante hasta llegar al patio de Santa Gertrudis, en una de cuyas sepulturas, la marcada con el número 142, volvió á la tierra el poeta más popular de nuestro siglo.

Todos nos despedimos con pena de aquellos restos queridos y venerados.

Al salir nos encontramos toda la explanada llena de coches galoneados, carros de coronas, y uniformes, y al pensar el contraste que formaba la gloria y vida que palpitaba fuera, con el silencio y la muerte del interior no pudimos menos de recordar la sabia máxima: *Pulvis, cinis, nihil.*



La prensa de Granada en la muerte del poeta.

Como expresión del duelo inmenso que produjo en esta ciudad la triste nueva del fallecimiento de Zorrilla, véase algo de lo que ha publicado la prensa:

“¡Zorrilla ha muerto! ¡El cantor de Granada; el bardo de nuestras tradiciones legendarias; el poeta español del siglo XIX, el que con sus estrofas enseñó á sentir y á querer á los españoles de esta generación, ha muerto!

Su labor titánica, su trabajo de gigante, que en cualquiera otro pueblo le hubiese valido, á mas de la fortuna, la consideración de todos aquí, en su patria, en esta tierra de las grandes indiferencias, sólo se ha conquistado el cariño de los buenos. Poeta y hombre á la antigua enamorado de otros tiempos y de otras ideas, era una encarnación viva de los buenos dias de nuestra grandeza, por los que hubiese cambiado el bueno de Don José este tan decantado siglo de luces, que ha

venido á quitarnos todas nuestras creencias y todos nuestros grandes respetos, rasgo distintivo de nuestro antiguo caracter, sin atraernos ideales nuevos á cuya sombra y á cuyo amparo el trabajo y las miserias de la vida sean tránsito á otro mundo mejor.

Drámatico, lírico y épico, ha sido el poeta más universal de España en estos dos últimos siglos, y como dice D. Marcelino Menendez Pelayo, en el siglo que viene sabrán los españoles el poeta que fué autor del «Canto del Romero» y de «Margarita la Tornera.» y lo que representa su labor literaria.

Granada ha perdido con Zorrilla el más entusiasta de sus admiradores: sus versos maravillosos han contribuido no poco á acrecentar su fama; los gnomos de la Alhambra, con los que tanto trato tuvo el poeta, no serán los que menos llorarán su muerte: ya no tienen éstos á quien hacerle sus fantásticas y brillantes revelaciones...

¡Dios, en su infinita misericordia, haya acogido al que echó al mundo para regocijo de las musas y prez y gloria de su patria!

El Popular.

«En paz descansense.

Zorrilla, el cantor de Granada, el poeta nacional que ha producido verdaderos monumentos literarios, ha fallecido en Madrid.

El famoso vate se ha ido en el tren de la eternidad, pero deja para regocijo y gloria de su patria sus versos maravillosos; de suerte que su recuerdo será, como sus obras, imperecedero, y su nombre se pronunciará siempre por los españoles, con la admiración y el orgullo que el de Cervantes, el de Calderón, el de Lope de Vega, y otros tantos, con justicia reputados de príncipes del ingenio.

Pero sobre todo, donde Zorrilla vivirá en los recuerdos cariñosos y entusiastas, será en Granada, cuyas tradiciones tan admirablemente cantó, y cuya incomparable Alhambra fué para el vate insigne, inagotable fuente de divina inspiración.

Adiós, poeta por excelente; ¿á que te hemos de llorar ni sentir, si en realidad no has muerto?

*
* *

El ayuntamiento de Granada, en su sesión del miércoles 25, tomó el plausible acuerdo de nombrar una comisión compuesta de los Sres. Peña Entrala, Rodríguez Aguilera y Fernández Jimónes, para que colabore con el Liceo en las solemnidades que han de celebrarse en honor del egregio cantor de esta Ciudad.

Además ha acordado enviar una corona á los funerales de Zorrilla, y designar para que lo represente en dicho acto á los exsenadores y exdiputados D. Melchor Almagro, conde de las Infantas, marqués de Sardeal y Riaño.

El alcalde interino D. Pablo Peña les ha teleografiado en tal sentido.

La Sociedad el Liceo ha nombrado para que le represente en los funerales y depositen una corona, al conde de las Infantas y á los señores Díaz Dominguez y Guevara.

También el Liceo, en su sesión de la noche del citado día, nombró á su vez una comisión compuesta de los presidentes de las sesiones de Literatura, Música y declamación, señores Afán de Rivera, Valladar y Mendoza, respectivamente, la cual ha recibido el encargo de organizar la velada que

se proyecta y otros solemnes actos al expresado fin.

La sociedad El Fomento de las Artes también ha nombrado un delegado que la represente en el entierro y ha acordado celebrar una solemne sesión necrológica.

La misma sociedad, en nombre de los obreros granadinos, ha dirigido un telegrama de pésame á la viuda del poeta,

Lo propio han hecho la Academia jurídica y la universitaria, en nombre de todos los estudiantes.

Por último éstos organizan una velada.

La Publicidad.



HOMENAJE NACIONAL

De los colaboradores de las «Revistas Cómicas»
de *El Liberal*, de Madrid.

Ayer, y muy de mañana,
un amigo á otro leía
un periódico del día
en la plaza de Santa Ana.

Y *Don Pedro Calderón*,
que, por virtud especial,
desde el alto pedestal
oía la relación,

exacta, breve y sencilla,
en que el periódico daba
cuenta de cómo exhalaba
su último aliento Zorrilla,

dicen que dijo:—(Pues yo
no lo sé; me lo han contado):
—«España nunca ha olvidado
á quien sus glorias cantó.

Y con pompas funerales,
dignas de un rey, ha de honrar
á aquel cantor singular
de las glorias nacionales.

¡Así se honra al genio, así!
¡Necia ingratitud humana!
Su entierro será mañana.
¡Yo lo veré desde aquí!

Y con cariñoso afán

saludaré respetuoso,
al creador portentoso
de *Espinosa* y de *Don Juan*.»

Sumido en honda amargura
calló *Don Pedro* un momento,
y siguió escuchando atento
la comenzada lectura.

Y al enterarse con pena
de que aquel astro, aquel sol
que honró al teatro Español
y fué orgullo de su escena,
de su templo lo apartaban
los que así hacerlo podían,
y que si un deber cumplían,
otro deber olvidaban,

sin poderse contener
fué á lanzar un juramento...
Callóse: lloró un momento,
y exclamó:—«¡Como ha de ser!»

VITAL AZA.

Astro rey de la poesía
que á nuestra patria has honrado
y un siglo entero has llenado
de luz, con tu fantasía:
sea tu nombre eterno sol,
y, la tumba que te espera,
cúbrala nuestra bandera,
guárdela el león español.

JAVIER DE BURGOS.

¡Rompiéronse las cuerdas
de aquel laúd sonoro,
formadas con el oro
del sol meridional!

¡Crespón espeso cubra
las armas de Castilla,
que ha muerto con Zorrilla
la musa nacional!

SINESIO DELGADO.

Así dijo la musa de las leyendas,
la de la fantasía pura española:
— ¡No tengo quien me traiga ricas ofrendas!
¡Hay de mi, que me quedo huérfana y sóla!
¡Ha muerto el gran Zorrilla! ¡Mi reino aca-
(ba!
que él era, con sus galas y sus primores,
el paladin postrero que me quedaba,
el más galán de todos mis trovadores.

JOSÉ ESTREMERÁ.

Dios le mandó cierto día
bajar, y cantar aquí,
como prueba de que había
un cielo, y que Dios tenía
otro Dios, cantando allí.

Casi sin tocar al suelo
vagó, con la gloria en pos,
y al cielo tendió su vuelo.
¡Qué alegre se pondrá Dios
al verle entrar en el cielo!

CONSTANTINO GIL.

Lo que compone el cálculo, y la paciencia labra,
y lo que el arte solo transmite la palabra,
quedan de muestra lírica después de morir él:

la inspiración que rompe la luz en mil colores,
la vena suelta y viva, los fáciles primoros,
tras de su entierro marchan en fúnebre tropel.

Su estrofa está de flores, y aroma, y luces, hecha,
ya es tétrico su canto, ya es mística su endecha,
ya tiene de los templos la grave magestad;

á veces se enfurece de horriblos estruendos,
y en tonces repercuten sus órganos tremendos
el eco rudo y bronco de fiera tempestad.

Está su estrofa orlada de flecos y colgantes,
de campanillas de oro sutiles y triunfantes
que tienen del idillo de ovejas el sonar:

en ellas se combinan arcadas arabescas,
audaces columnatas y estancias siempre frescas
con caracteres cúficos é historias de Alhamar.

Herética y cristiana, feroz y pendenciera,
en ella flota siempre la bélica bandera
de España con sus hechos, su fe y su religión:

las cotas, las espuelas, las plumas, las espadas,
desfilan por sus versos, brillantes y animadas,
entre estruendosas músicas y viva confusión.

Buril, pincel, pentágrama es su flexible pluma,
robusta como el bronce, ligera cual la pluma,
irisa, esculpe, canta con voz sencilla y fiel:

dentro de cada estrofa susurran las abajas,
y van sobre las flores azules y bermejas
del verso elaborando los dejos y la miel.

Muerto el brillante genio, ¿quién cartará de España
el campo, el sol, el cielo, la selva y la montaña,
y el mundo en que palpita el aura popular?

El se llevó las cuerdas, él se llevó las notas,
las mallas de su estilo están por siempre rotas,
¡y solo nuestras líras aclertan á llorar!

SALVADOR RUEDA.

De la selva moradores,
dejan el dulce misterio
de sus sombríos verdores,
y allá van los ruiñeñores
camino del cementerio.

Al pie de una cruz escueta,
del arpa en las cuerdas rotas
párase la turba inquieta.
¡Van á pagarle las notas
que le deben al poeta!

JOSÉ JACKSÓN VEYÁN.

¿Por qué llega el pigmeo ante el gigante?
¿Por qué el gusano vil se atreve al águila?
Con fría inspiración de torpe musa
no vengo á profanar grandeza tanta.

De pena y amargura el pecho roto,
por pluma el corazón, por tinta lágrimas,
la profunda expresión de mi respeto
vengo á borrar sobre esta lápida
que tus yertos despojos mal encierra...
¡Nunca estará tu fosa bien cerrada!

A través de las vetas de los mármoles
y de las duras rocas más compactas,
se filtrarán los rayos de tu gloria
y los sonoros ecos de tu fama,
que con orgullo acogerá en sus vuelos
la vistosa bandera de tu España.

RAFAEL MARIA LIERN.

¡Murió el genio! ¡Cuán pronto de su cráneo
legiones de gusanos harán nido,
en tan dulces recuerdos de armonías
y ecos de notas de calor suavísimo!...
¡Los gusanos!... No van contigo todos,
que aún quedan por el mundo gusanillos...
¡Cuántos que hoy te acompañan á la tumba
tu nombre roerán en el camino!...

J. LOPEZ SILVA,

A la vieja tradición,
con religioso interés
tu cristiana inspiración
hizo piadosa después,
y Don Juan y Doña Inés,
te deben su salvación.

Hoy Doña Inés y Don Juan,
que por ti en el cielo están,
al cerrar la noche obscura
desus tumbas surgirán,
y á rezar por ti vendrán
al pie de tu sepultura

MIGUEL RAMOS CARRION.

Llorar, no más que llorar,
y que sólo ose cantar
al genio que nos dejó,
aquel que pueda volar
tan alto como él veló.

EUSEBIO SIERRA.

¡Si no has muerto... no es verdad!
¿Pueden trocarse en la nada
la voz de la tempestad,
el ocaso, la alborada,
los cielos, la inmensidad?...

Di que has querido eclipsarte
porque el Parnaso español
fuera lloroso a buscarte.
¡Oh sol del cielo del arte,
torna a brillar como el sol!

Astro de tal magnitud,
astro cuya luz asombra
y espanta a la multitud,
¿puede sumirlo en la sombra
un miserable ataúd?...

Que de él te saquen no exijas.
¡Deja que claven la tapa!
¿Qué te importa? ¡No te aflijas;
que la luz del sol se escapa
a través de las rendijas!

E. NAVARRO GONZALVO.

Para España de luto es este día;
mas él ya pudo realizar su anhelo,
que en sus hermosos versos siempre había
ansias del alma por subir al cielo;
y era cantando siempre y siempre en
(guerra
con la mundana miserable escoria,
un ángel desterrado, que en la tierra
sufria la nostalgia de la gloria.

FELIPE PÉREZ Y GONZALEZ.

En un balcón del que aún es
nuestro Teatro Español,
las figuras baña el sol
de Don Juan y Doña Inés.
Dan las dos y dan las tres,
y la calle triste y sola,
la bandera no trela:
¿por qué el gran vate no pasa
por delante de su casa,
que fué la *escena española*?

Es tanta la indignación,
que el pueblo, en furor deshecho,
*quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón.*
Esto dijo Calderón
en el habla de Castilla:
Zorrilla en el drama brilla;
pero la *Academia* en masa
dice: «No importa: no pasa
por los teatros Zorrilla».

Poco aman los *inmortales*
el arte de moratin,
que hizo progresar al fin
las costumbres nacionales.
Mas sientan desprecios tales,
que causan profunda pena:
mas si su deber nó llena
la docta corporación
olvidando su misión,
¡Dios salve á la patria escena!

RICARDO DE LA VEGA.

LA GRAN POESÍA DE ZORRILLA.

Sin embargo de que más adelante publicaremos algunas otras poesías del insigne vate que acaba de fallecer, damos preferencia en este libro á la que mayor publicidad ha alcanzado en todo el mundo, por haber sido acogida con verdadero entusiasmo por la prensa en general y encomiada por el público.

Dice así la joya literaria á que aludimos, que se titula:

LA IGNORANCIA.

I.

Somos doce millones de españoles que no sabemos leer ¡dato inaudito! Si aún nos queda valor, honra y vergüenza, es menester probarlo ó desmentirlo: y si probado está, meter luz prontro de ignorancia y baldon en ese abismo, ó al fin del siglo de la luz, á oscuras

nos quedamos sin ver y sin ser vistos.

Yo soy el español de menos fuste,
pero el más español de los hoy vivos,
y España no podrá jamás tomarme
por desertor, rebelde ó tornadizo.
La vida me pasé glorificando
la prez de España y sus varones inclitos;
saqué la cara y enristré la pluma
para loar do quier hasta el mal que hizo.
Sus creencias canté y superticiones,
porque ese es de mi pueblo el simbolismo:
creer y pelear, soñar con oro,
pedir limosna al son de un guitarrillo,
desperdiciar el bien que Dios le envía,
y en Dios fiando y su valor nativo,
explotarse dejar por quien le halague
contando cuentos *lúbricos* ó *místicos*.

Cada cual es como es; hay, á hombre ó pue-
(blo,
que tomar como Dios hacerle quiso:
yo he cantado á mi patria sesenta años,
á mi modo de ver, como la he visto:
gloriosa con sus fastos militares,
grande con sus virtudes y sus vicios,
prendida con sus tocas de castaños,
de nogales, de almendros, y de olivos,
con su manto de mieses y viñedos
y el cinturón de plata de sus ríos,
piadosa con la fe de sus mayores,
gaya con su carácter expansivo,
y hermosa con su vello y sus lunares,
morena tez y mosqueadores rizos.

Puede ser que la gente venidera,
y aun la de hoy, al juzgar mis pobres libros,
les niegue utilidad y trascendencia,
mas no podrá negar su españolismo.
Amé á mi patria como amé á mi madre;

ni tierra ni mujer para mí ha habido mejores que ellas dos, y siempre he estado dispuesto por su honor á dar el mio: y hoy que de España, por lo que oigo y leo, roe un gusano el corazón dormido, voy á ver si mi voz se le despierta, y si no oye mi voz, á darla un grito. Tengo aquí poco tiempo y poco espacio: conque hay claro que hablar y jugar limpio, que á mí ya ni me engañan chachareros ni comulgo con ruedas de molino.

II

¿Somos doce millones de españoles que no sabemos leer? ¿Si? Pues ¡por Cristo! ¿qué han hecho en sesenta años de progreso y libertad maestros y ministros? ¿No habíamos quedado en que los pueblos en ignorancia estúpida sumidos estaban en España por aquello que dimos en llamar oscurantismo? ¿No habíamos quedado en que el sistema parlamentario, desoldando grillos, rompiendo celosías y enverjados, rasgando velos y apagando cirios, iba aire, luz, salubridad y vida á dar á inteligencias y edificios, é íbamos todos á aprender al menos á escribir bien ó mal y á leer corrido? Yo creí que todo eso estaba hecho; que al fin de tanta lid y tantos tiros, de tanta ley y de discursos tantos, é instalar tal sinnúmero de círculos, colegios, asambleas, gremios, centros, lógias, clubs, ateneos y casinos,

ya era el pueblo español, como los otros,
ilustrado y capaz... y ahora salimos
con que hay doce millones de españoles
que no sabemos leer. ¡Gran fin de siglo!

¿Qué hay que impida aprender á nuestro
(pueblo?

¿es su incapacidad? ¿es maleficio?

¿hay á quien interese que no aprenda?

¿Por qué, pues ya hay maestros, no ha
(aprendido?

¿Por qué á aprender á leer no le han forzado
los que á aprender le fuerzan su servicio?

Si á aprender en pró agena se le obliga,

¿por qué no ha de aprender para sí mismo?

¿Por qué el legislador, el gobernante,
el gremio, la parroquia, el Municipio,

todo el que gente donde quier reune

para darla trabajo, pan ó asilo,

en talleres, en obras, en cuarteles,

cárceles, hospitales y presidios,

no consigna el leer obligatorio

y el aprender á leer como principio?

El que no sabe leer, no sabe nada;

la luz, la idea, el alma está en el libro:

el Evangelio, nuestra historia patria,

el Código civil, el catecismo.

El que no sabe leer, leer no puede eso,

y ni aun sabe rezar más que de oído:

no sabe orar á Dios, no le conoce,

la ignorancia sofoca hasta el instinto.

El que no sabe leer, no adquiere ideas:

piensa con las que le hayan imbuido:

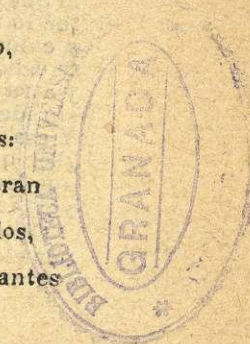
¿Quiénes? Probablemente los que quieran

explotarle ó hacérsele propicio.

y si Eva engañó á Adán, y estaban solos,

y habitaban aún el paraíso,

¿que harán en nuestros pueblos ignorantes



la audacia, la ambición y el fanatismo?
El que no lee, no sabe: y quien no sabe,
del que sabe en poder constituido,
sólo está de la acémila á la altura;
es como el asno y como el buey sumiso;
y ese está siempre ó al señor ó al pueblo
ó á los que más que él saben sometido;
y aunque bestia ignorante, es bestia útil,
pues del común trabaja en beneficio.
El feroz, el rebelde, el que no entiende
razón, contra las leyes levantisco
y el progreso social es una bestia
con quien la sociedad rompe sus vinculos.
A ese hay que echarle de ella... ó suprimirle
porque el que nada sabe es un perdido
que, de todo incapaz, empieza en vago,
desde el ocio haragan, cae en el vicio,
y luego en la miseria, y en el crimen
después, y al fin un juez le echa al patíbulo.
Es la historia del hombre no educado
montaráz como el lobo y el erizo,
que huye la sociedad, y al que le aborda
le presenta no más dientes ó pinchos.
Ese no supo leer y nada supo;
jamás comprendió bien frase ni dicho:
lo que de lo que oyó recogió al vuelo
fué lo trunco no más, lo sin sentido;
y como nada concibió á derechas,
se echó á través de todo, á todo esquivo:
y através de su bárbara ignorancia,
sin idea de Dios, fué su alma á juicio.
Y eso es el que no lee: la bestia humana.
¿Por qué hay doce millones de individuos
que leer no sabemos en España
y de la escuela y el maestro huimos?

Comprendo bien que alcaldes y caciques
por el maestro al verse corregidos

(porque el maestro al fin sabe más que ellos)
cobren á los maestros omecillo:
de gramática parda profesores,
ven con desdén lo sabio y lo científico,
y vanidad no existe más indómita
que la soberbia ruín de los pardillos.
Mas que en villas de rollo y en ciudades
miren con tal desdén los municipios
á los maestros; que á pagar se nieguen
los pocos realas de su haber mezuino;
que impasibles toleren los gobiernos
que ya ascienda á millones lo debido;
que anden ya los maestros señalados
de miseria ridícula por tipos,
y al lapiz, á la pluma y en la escena
se les ponga ante el público en ridículo,
entre buenos cristianos se me antoja
sándia conducta y proceder inícuo.
¿A quién estorbar pueden los maestros,
ni á quiénes tener hoy por enemigos?
Si los tienen, quitárselos de en medio,
que amparo ante la ley les da su título.
¿Es que no tienen los gobiernos fuerza
ni mandan para ser obedecidos?
Quien ordena al maestro abrir la escuela
que obligue á entrar en ella á los discípulos.
¿Qué es, pues, en qué se basa, quién fomenta
el ódio inverosímil, el instinto
de adversión á la letra y al maestro
que demuestra en España el campesino?
¿Qué hay bajo esta vergüenza que revela
este reciente cálculo estadístico
del país, que nos deja estupefactos
á los que en él leemos y escribimos?

III.

Creó el gobierno la instrucción primaria,
reclamó el clero la instrucción del niño,
centros y clubs la del obrero pobre,
los sabios jesuitas la del rico,
la del centro burgués los Escolapios,
y cientos de hermanitas y hermanitos,
por santos institutos y coventos
con objeto tan santo repartidos,
la de las vendedoras del mercado,
la de los camareros, los mendigos,
asilados, zinzayas, costureras,
todo lo perdulario y pervertido,
todo lo suelto, abandonado y prófugo,
todo, en fin, lo extraviado y lo perdido...
¡¡¡Y aun hay doce millones de españoles
que no sabemos leer!!! Pues... es un mito.

IV

¿Por qué?—Señor Sagasta y Señor Cánovas,
si ustedes no lo saben, averigüenlo:
porque si á leer á España no enseñamos
verán lo que es la España *fin de siglo*.
Yo ya no lo he de ver: yo ya del mundo,
como dijo el gitano, *me las guillo*:
mas si á ustedes les coje de sorpresa,
no es porque yo al morir no se lo aviso.



EL MONUMENTO Á ZORRILLA

Calientes aún los restos del gran trovador nacional, ha comenzado á germinar la idea de un gran monumento en que la nación honre y perpetúe al que cantó sus glorias con la dulce voz de la poesía.

No pueden faltar nuestro voto ni nuestro apoyo al propósito de rendir este tributo de admiración á Zorrilla muerto, cuando hace algún tiempo lo pedimos desde las columnas de *El Resumen* para Zorrilla vivo.

Y es de oportunidad repetir ahora lo que entonces, en Noviembre del año 90, decia aqui uno de los más distinguidos colaboradores de nuestro periódico.

Zorrilla es el poeta de las glorias castellanas; el poeta que refiere nuestras interesantes y vivas tradiciones, el que de más cerca sigue nuestro espíritu de raza, el que viste con más lozana inspiración sus pensamientos, adornándolos con todas las galas de la poesía.

Zorrilla no es *moderno* ni ha inventado filosofías como Goethe, ni ha impuesto sus ideales al mundo como Byron, ni quiso divinizarse como Víctor Hugo.

No se inflama como Leopardi ni analiza como los prosélitos de modernísimas escuelas: Zorrilla es un poeta que perfuma y abriga cuanto sus manos tocan; un español que descubre sin cesar el alma de su patria; un hombre humillado por el peso de su gloria. Reniega de su trabajo y trabaja sin cesar; esperando la muerte con calma, no desaprovecha los goces más triviales de la vida; escribe y habla como cualquiera, dejándonos en sus *Recuerdos del tiempo viejo* un fárrago de pesadeces y falsedades; pero en sus hermosas leyendas, en su teatro, ensartando romances y primorosas escenas, el espíritu nacional dicta sus inspiraciones: Zorrilla no es un poeta glorioso, es el genio de la patria encarnado en un hombre.

Había en la última Exposición de pintura y escultura una preciosa representación *La tradición*, obra de don Venancio Valmitjana, que recibió por ella un primer premio.

Junto á *La tradición* habian puesto casualmente un busto de Zorrilla, y esta coincidencia hizo pensar á muchos en lo fácil que seria combinar con ambas esculturas un precioso monumento que patentizara la fama del poeta.

Yo no sé—aunque temo que nadie haya vuelto á recordarlo—si los que tienen obligación de tener presentes tales cosas, acarician la idea que instintivamente asaltó á muchos amantes del arte y de las glorias patrias; pero hago este recuerdo, por si algo vale.

Ahora bien. ¿Qué nos dice á todos, corazones frios, y mal convencidos por una falta de educación, el éxito de *Don Juan Tenorio*, siempre franco y entusiasta?

Nos dice claramente lo que nunca me cansaré de repetir; que cuando en el teatro se muestra el espíritu nacional, hay público entusiasta y prospeidades halagadoras, y que en un teatro donde no palpita cada noche sobre las tablas el espíritu del pueblo, es lo que sería la misa cuando el espíritu de Dios no se ofreciera cada día en la hostia.

EL AMIGO FRITZ.

De *El Resumen*.

La Voz de Granada

En el periódico de esta ciudad, que así se denomina, vió la luz pública, el 28 de Enero, el siguiente artículo, que nos ha parecido conveniente insertar á parte de lo que antes transcribimos de la prensa local:

ZORRILLA

Pobre como todos los genios españoles ha bajado á la tumba el más popular de los poetas nacionales. Con su muerte perdió la literatura el mas preclaro de sus hijos y las letras españolas el único poeta que mantenía en las lides de la inteligencia el espíritu de nuestro pueblo sacudiéndose de lo vulgar que oscurece y desprestigia para elevarse á lo sublime que engrandece y glorifica.

La redacción de *La Voz de Granada* siempre dispuesta á rendir justo tributo al mérito, duélese hoy al ocuparse por tan funesto motivo del poeta que ayer admiró cantando á Granada y admira siempre leyendo sus obras: el hombre murió, pero el genio, eco que se repercute en las edades, vivirá siempre despertando á los gnomos de la Alhambra que dejaron de repetir los nombres de las huríes que habitaron en el Palacio de Nazarita para cantar la inmortalidad del poeta que les dió nombre, sacándolos de las tinieblas de la superstición y dándole en su espíritu, vida ideal.

Educado con los hijos de Carlos V. el entusiasta corazón de nuestro gran artista, fué siempre fiel á los recuerdos de su infancia.

De ello da elocuente testimonio un lujoso ejemplar del poema *Granada* edición de Pillet (la primera, según creo), que se conserva preciosamente en la biblioteca del Palacio Loredán, y que está enriquecida con la siguiente dedicatoria autógrafa al señor conde de Montemolín:

«Serenísimo Señor: Los recuerdos de la niñez son indelebles. Educado

yo en el Real Seminario de Nobles de Madrid, conservo la memoria de V. A. R. entre mis recuerdos de niño, y halaga mi amor propio el título de condiscípulo de V. A. R. Por si en los revueltos días del siglo que alcanzamos pueden servir de consuelo á V. A. R. los cantos de un poeta que celebra la fé y la gloria de su patria, me atrevo á ofrecer á V. A. R. un ejemplar de mi poema *Granada*. Si el influjo de sus versos aligera la lentitud de algunas horas de las de V. A. R. y procura el autor un recuerdo grato en su corazón, me consideraré suficiente recompensado con el honor de haber existido unos momentos en la memoria de V. A. R.

«Paris, Diciembre 8 de 1862.—A los reales piés de V. A. R., *José Zorrilla*.»

El recuerdo que modestamente solicitaba el poeta de *Alhambra de Nazarrita* del señor Conde de Montemolin, persiste impregnado de afectuosa admiración en el ánimo de su augusto heredero, el Duque de Madrid, quien conserva este ejemplar del poema *Granada* como una verdadera joya de su biblioteca:

Veintinueve años habían transcurri-

do desde la impresión del admirable poema oriental.

Corrían los primeros días del mes de Marzo de 1876 y en la vertiente francesa de los Pirineos, en la estación de Orthez, hallábase formado pié á tierra, un brillantísimo escuadrón carlista.

Era el escuadrón del real cuerpo de Guardias á caballo, modelo de disciplina y de pundonor, constante y fidelísima escolta de D. Carlos, que en Lacar vestía su elegante uniforme, y que, conservando su mando supremo, le había dado por jefes inmediatos á los oficiales de su mayor confianza: el marqués de Vallecerrato, coronel; don Manuel de la Cruz, teniente coronel; don Isidro García, comandante.

El escuadrón, después de la desgarradora despedida de Maulcón, esperaba en Orthez la formación de un tren especial que debía conducirle á su depósito de Mánt de Marsán directamente, sin pararse más que una sola vez á mitad del camino, casa en despoblado para tomar agua la locomotora.

Caía la tarde al llegar á aquella etapa forzosa, una tarde desapasible y triste, en que la primavera se anun-

ciaba ya con lo pesado de la temperatura, mientras que el Invierno se despedía con ráfagas pertinaces de lluvia.

Los oficiales envueltos en sus largos capotes, dormitaban en el fondo de los vagones; descansando de las marchas forzadas que les habían impuesto las autoridades francesas desde los Alduides hasta Orthez, sin más que breves paradas en Mauleón y en Navarrena, cuando todos fueron sacudidos de su sonnolencia por una vibrante y simpática voz que gritaba: «¡Españoles, aquí hay un paisano!»

Abrióse la portezuela del vagon más inmediato que iba ocupado por el dignísimo médico del escuadrón D. Ildefonso Nuñez Blanco y por los bizarros oficiales Sres. Espejo Carrasco y Romero y todas las manos estrecharon con efusión las que, subido en el estribo del coche, alargaba un desconocido de penetrante y franca mirada, y que por lo enérgico de sus ademanes y el corte de su bigote y perilla, entre oro y plata, tomaron al principio por un militar, hasta que él mismo les sacó de su duda exclamando: «Soy José Zorrilla; sé lo que pasa por corazones españoles cuando se alejan de aquella

tierra bendita, y más en las circunstancias de Vds. y al saber que debían pararse aquí, he querido venir á estrecharles la mano, y mi mujer no habia de dejarme solo, pues es más que española: es aragonesa.

En efecto; al lado del gran poeta apareció una señora de distinguido aspecto y dulce expresión, que unió sus frases afectuosas á las de su marido.

.
.

Granada que coronó al poeta, pensamiento iniciado por don Rafael Gago y Palomo, autor de la preciosa novela *María* y llevado poco tiempo después á la práctica por el «Liceo» de esta ciudad, guardándole siempre cariño al ilustre vate, ha enviado para que la represente en sus funerales á los señores Conde de las Infantas, Marqués de Sardoal, Almagro y Riaño; el ayuntamiento suspendió su sesión del miércoles, por este motivo, consignando un voto de gracias al señor Peña Entrala por la actividad con que desarrolló este pensamiento á fin de que nuestra capital tuviese digna representación en el entierro del gran Zorrilla; todas

las sociedades han enviado telegramas de pésame y el Fomento de las artes y el Liceo proyectan celebrar veladas necrológicas en honor del cantor de Granada.

RÁMIRO RAMIREZ.

— L. 20 S. R. —

La coronación de Zorrilla.



Ya que no dediquemos gran espacio á la gloriosa fecha en que se verificó la coronación del poeta inmortal de nuestro siglo, por tratarse de un acontecimiento conocido en todo el mundo, daremos cabida, á continuación á algunos trabajos referentes á tan solemne acto.

La primera poesía que insertamos, tal como está en el original escrito por Zorrilla, pasó después en algunas estrofas á formar parte de la composición leída por él mismo en Granada, en el acto de su coronación.

Son estas unas octavillas preciosas, entre las que se encuentra también una de las incluídas en la composición citada. «Se ha dicho

tal vez que un día—cuentos y cantares hice.....»

Como se observa por la lectura, debió ser escrita poco tiempo después de la vuelta de Méjico.

En ella está, aunque algo diferente de como quedó después, la *Salmondia* que incluyó Zorrilla en la poesía de la coronación:

Fiábame yo en las flores
que por climas tan extraños
me han seguido tantos años:
pero me abandonan hoy;
y el cuento cuyos primores
esperé que os encantara
á contaros, cara á cara,
solo y sin mis flores voy.

—
¡Loco de mi que olvidaba
que los pimpollos de rosa
de mi juventud biriosa
se debían de secar!
¡Loco de mi que esperaba
que nunca la vida mia
juventud y poesia
debían abandonar.

—
Yo os había ofrecido un cuento
fresco, risueño, florido:
último que había querido
venir á España á contar:
era el postrer pensamiento
que en el santuario del alma

había logrado en calma
de las borrascas salvar.

Por traérosle, afanoso,
arrastrando los azares
de ódios, guerra, peste y mares
medio mundo atravesé:
y tal vez de mí quejoso
más allá del Océano
deje á un noble soberano
á quien debo amparo y fé.

Mas mis flores que se alejan
eran mi último elemento
para haceros de mi cuento
la anhelada relación:
y pues solo aquí me dejan
debiendo satisfaceros
voy mis alientos postreros
á sacar del corazón.

Voy un recuerdo fantástico
á invocaros de mi infancia,
que sirva á mi jactancia
de disculpa y de razon
que no os parezca encomiástico:
al exhibir mi persona,
el ser quien soy no me abona,
sino el ser mi obligación.

Se dice tal vez que un día
cuentos y cantares hice
con que al pueblo satisfice
que entonces me los oyó:
hoy, falta mi poesía
de encantos con que os hechice,



os diré lo que se dice
que en aquel tiempo hice yo.

Vosotros direis «son sueños
del poeta que delira,
esas flores son mentira,
no han existido jamás!
mas decid: si esos risueños
delirios encantadores,
si esos sueños no son flores
¿qué son? ¿Lo sabeis quizás?

El arte, la poesía,
son no más mentiras bellas:
algunos vamos con ellas
deslumbrando á los demás:
y tal vez, flores un día,
desengarzadas estrellas,
pasamos... sin dejar huellas
de nuestro paso quizás.

Mas decid: desde la cuna
al sepulcro ¿que es la vida?
una guirnalda tegida
con flores de humo y vapor;
cada día nace alguna,
mas cada dia se agita
algun viento que, marchita,
mas arranca una flor.

Asi caen hoja por hoja
de nuestros bellos abrilés,
los capullos juveniles
de ambición, gloria, valor;
asi el tiempo nos deshoja
y á la eternidad nos lanza

las flores de la esperanza,
las guirnaldas del amor.

Yo he amado el arte mio
como un regalo del cielo:
fué de este mundo en el suelo
luz de la que fui detrás;
y con ella ni en el día
de mi más amargo duelo
de esperanza y de consuelo
me faltó un rayo jamás.

Y en la edad en que la vida
nos abre sus puertas de oro
sobre un porvenir, tesoro
de esperanza y de ilusión,
mi alma de flores henchida
se ostentó en perenne mayo,
fecundada por un rayo
del sol de la inspiración.

EL POETA ESPAÑOL

(DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA AL-
HAMBRA EN EL ACTO DE LA CORONACIÓN
DE ZORRILLA.)

.....Canta, como cantan las aves,
como el torrente se despeña, como el
sol alumbra, como el viento gime. No

le pidais al canto de las aves ritmo igual, ni al mugido del torrente sonos acompasados, ni á la luz del sol resplandores idénticos ni al incendio llamaradas uniformes, ni al viento cadencia regular. No pidais al génio de Zorrilla molde fijo, ni regla invariable; él originalmente produce al mismo tiempo y cada vez la imagen y la forma, el metro y la rima, la combinación y el número, la regla y la armonía; y es ave que cada día saluda con nuevos gorgoros y siempre melodiosos, la venida de la aurora, y torrente que salta y muje segun la roca que se le opone, y luz que se quiebra segun el objeto que la recibe, y viento que gime segun el árbol que azota ó la concavidad en que se estrella.

.

En sus obras, maravilla del arte, late el corazón de la patria. En ellas nuestro carácter caballeresco nunca desmentido, nuestros galanes generosos y discretos, nuestras damas dulces y honestas, nuestras fiestas vivas y alegres, nuestras costumbres sencillas y francas, nuestras gallardas aventuras, nuestro espíritu religioso, nuestra ac-

tiva independencia, nuestros hogares purificados por el amor y el sacrificio, nuestros templos levantados sobre la piedad, nuestros campos bañados de sol y cubiertos de flores, nuestras dudas presentes, acaso hierro que la muerte tiene ya clavado en nuestras entrañas, ó acaso germen de renovación y de progreso; nuestro pasado esplendor, que por no consentir la mas leve sombra, ni aún las de la noche lo envolvian, por que hicimos al sol esclavo de nuestros dominios; nuestro indomable valor guerrero, que tiene en cada muro una huella de nuestra sangre y en cada pecho un culto y en cada página de la historia un himno.

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

AL SUBLIME POETA DON JOSE ZORRILLA
EN SU CORONACIÓN

SONETO PREMIADO POR EL LICEO DE GRANADA.

El hálito de Dios besó tu frente
y brotaron raudales de poesia;
dos mundos inundastes de armonia
con el estro sublime de tu mente.

Eres sol del parnaso, refulgente
que brilla en Margarita y en Maria;
iluminando la sagrada vía
que nos lleva con Dios eternamente.
Tu inspiración agrega tan gigante,
la ciudad de los cármenes divina
inscribe con Homero y con el Dante,
y con oro del Darro à ti se inclina
coronando tu frente tan brillante
en la mágica Alhambra granadina.

N. CALLEJA.

Granada, Junio 14, 1889.

Al inmortal poeta don José Zorrilla.

¡Vate sublime! ¡Egregio trovador!
que hicistes Margarita la Tornera,
con luz divina de la azul esfera,
con besos de tu madre y tu candor.
Con tu estro divino y su esplendor
cantastes à tu Dios con fé sincera
y à tu patria cantastes de manera
que aumentastes sus glorias con tu amor.
De tu plectro sagrado la armonía,
arroba el alma en celestial anhelo
rindiendo corazones à Maria.
Dios mismo te ordenó bajar al suelo
A inundar los dos mundos de poesía,
cumplida tu misión... ¡Vuelves al cielo!

NICOLÁS CALLEJA.

Azuaga, Enero 29 1893.

VELADAS

EN HONOR DE ZORRILLA

Véase como describe *La Correspondencia de España*, correspondiente al día 2 de Febrero de 1893, la que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid, para honrar la memoria del egregio cantor de nuestras tradiciones patrias:

«Organizada más bien que con entusiasmo con fervoroso culto por la memoria del gran poeta, la velada del Ateneo debía resultar y resultó, en efecto, un tributo de admiración unánime y solemne.

Durante todo el día de ayer se estuvieron recibiendo en la docta casa pedidos de papeletas para asistir al acto, y eran las primeras horas de la tarde cuando ya no quedaba ni un solo billete.

A las nueve en punto tomó asiento en el sillón presidencias el señor ministro de Fomento y ocuparon el estra-

do los señores Echegaray, Palacio, Valera, Ferrari, Campillo, Palau y Fernández Shaw, que debían leer varias poesías del muerto ilustre, cuyo genio se honraba.

En el salón no cabía ni una persona más; las elegantes galerías estaban ocupadas por completo por el auditorio femenino.

El medallón donde el pincel de Mérida representó la Poesía, estaba cubierto con negra gasa, y allá sobre el fondo rojo del dosel presidencial se destacaba, rodeado de hojas de laurel, el retrato de Zorrilla, Zorrilla en su juventud, con las melenas negras, el rostro sin una arruga, la figura, en fin, de aquel joven que apareció una triste tarde de invierno al borde de la lamba de Larra.

*
* *

El Sr. Moret empezó su discurso. Nadie mejor para representar al Estado en la velada de anoche que el elocuente orador que sabe olvidar los prosaismos de la política y elevarse, cuando el caso llega, á las regiones del arte:

«Zorrilla, decía con inimitable palabra el Sr. Moret, era el representante del romanticismo histórico, como Espronceda lo fué del romanticismo subjetivo en España, y Alfredo de Muset en Francia. Entre ambos romanticismos hay una línea divisoria marcada enérgicamente: los versos de Espronceda eran acicate de nuestro pensamiento, por asimilarnos las tristezas del poeta, y como si su musa siempre melancólica envolviera en densas brumas nuestro espíritu, despertaba en los lectores un eco de dolor y amargura. En Zorrilla el subjetivismo no existe; gusta solamente el poeta de resucitar mundos muertos, de reconstruir las ruinas, y jamás mezcla para nada su propia personalidad en lo que escribe: sucede con él que quizá no despierta gran número de ideas, pero halaga y encanta con el ritmo de sus versos, como la fuente cuyo rumor escuchamos, y sin que nada nos diga nos atrae y subyuga con su suave murmullo.

Sobre la tumba de Byron, de Espronceda y Muset, debía colocarse la imagen triste de la musa del dolor: junto al sepulcro del cantor de Granada esta-

rá siempre la musa alegre de los amores, de la fe en otra vida, y de un ideal risueño como el ideal del Paraíso al término de la mortal jornada...»

...Decía así el Sr. Moret, mucho mejor que yo lo escribo, y necesitaría yo disponer de más tiempo y más espacio para extractar detenidamente su hermoso discurso.

Unos de sus párrafos más inimitables fué aquel en que explicó la especie de panteísmo artístico del gran poeta, que conservando siempre la pura tradición cristiana, presentaba ante nuestros ojos en amalgama maravillosa la media luna de los árabes, la cruz de los creyentes, los escombros de las mezquitas, los muros seculares de los monasterios... Y es—añadía el Sr. Moret—que en su sangre llevaba Zorrilla, como llevamos todos los españoles, diluida la ciencia de las civilizaciones orientales; por eso solo podrá ser olvidado el poeta cuando esta raza á que pertenecemos pierda su carácter y la fantasía se extinga y el corazón se atrofie.

El Sr. Moret fué muy aplaudido... y empezó la lectura de poesias.

En descargo de mi conciencia, debo decir ahora que la velada resultó, á partir de este punto, solemne *per se* y algo deslucida *per accidens*. Solemne por lo que significaba, deslucida por que los lectores lo hicieron... ¿lo digo?... pues lo hicieron bastante mal.

El público no podía menos de sonreirse al ver los apuros que pasaba el Sr. Valera al leernos un fragmento del libro de *Las Perlas*, y como después los señores Menéndez Pelayo, Campillo y algunos otros lectores *hicieron bueno* al inimitable autor de *Pepita Jiménez*, el auditorio se decía por lo bajo: ¡Qué bien escriben estos señores! ¡Pero cuidado que leen mal!

D. José Echegaray, que por saber de todo sabe hasta recitar, Ferrari, Palacio y Fernández Shaw, cumplieron como buenos y nos proporcionaron poco después el desquite.

*
* *

Terminó la velada.

Quedó solitario el salón, y allá sobre el fondo rojo del dosel presiden-

cial quedaba el retrato de Zorrilla. Bajo él se destacaba la lira. Sus cuerdas—aunque rotas—resonaron, como dijo el Sr. Moret, durante mucho tiempo.

El crespón que cubre la imagen de la Poesía puede quilarse sin que se cometa un sacrilegio, porque Zorrilla y sus obras son inmortales.

LOPEZ-BALLESTEROS.»

El mismo importante diario madrileño, dice lo que sigue del acto verificado con análogo fin

EN EL TEATRO ESPAÑOL

«La función organizada por el Ateneo con objeto de allegar recursos para contribuir á la construcción de un monumento al inmortal Zorrilla, resultó muy brillante y respondió á los fines con que fué preparada. Las distinguidas damas que prestaron su valioso concurso á la junta del Ateneo están de enhorabuena, pues lograron reunir

en el Español á toda la aristocracia y vender á altos precios todas las localidades, pudiéndose decir que aproximadamente no bajaron de 10000 pesetas los ingresos.

Honraron la representación S. M. la reina y S. A. la infanta Isabel.

El poético y sombrío drama en que Zorrilla vulgarizó la tradición del pastelero de Madrigal fué interpretado notablemente por la compañía del Español, que dirigida por el insigne Vico contribuyó de este modo al homenaje nacional que con la elevación de un monumento se pretende rendir á Zorrilla.

Terminada la representación leyeron poesías los Sres. Palacio, Ferrari, Ricardo de la Vega y Perrín. Este último dió lectura á un soneto de D. José Echegaray. Los dos de Manuel del Palacio, leídos por el propio autor, son muy hermosos, y fueron justamente aplaudidos.

Ferrari leyó unas preciosas décimas. A continuación de este suelto publicamos algunas.

El festivo é ingenioso poeta D. Ricardo de la Vega alcanzó muchos aplausos con la lectura de unas quin-

tillas, glosando con sin par gracejo algunos versos populares del autor del *Tenorio*.

La velada fué muy agradable, y como hemos dicho, los productos representan una respetable cantidad.

DÉCIMAS Á ZORRILLA

.....
...Era el arte soberano
por quien vuela y se abrillanta,
pinta, esculpe, borda y canta
el idioma castellano;
el que á un signo de su mano
levantó de las ruinas
las piadosas hornacinas,
las inmensas catedrales,
las portadas ojivales
y las torres bizantinas.

—
Era una viva explosión
de la savia natural;
era el alma nacional,
que en él tuvo encarnación;
era nuestro corazón
palpitando en sus cantares,
nuestras empresas y azares,
nuestros reveses y anhelos,
el fulgor de nuestros cielos
y el rumor de nuestros mares.

—
¡Su poder!... ¿Donde la valla

que le encierre ó le resista?
Hay quien hereda, él conquista;
hay quien reina, él avasalla.
La crítica absorta calla
aherrejada por su mano,
discutir sería en vano
su independencia salvaje:
¿quién discute el oleaje
que levanta el Océano?

—
Prolongada en la presente
por su genio esclarecido,
aun después de haberse hundido
tras las brumas de Occidente,
reflejábase en su frente
de España la gloria añeja,
como del sol que se aleja
cuando ya en la tierra falta
sobre la cumbre más alta
toda la luz se refleja.

EMILIO FERRARI.»

—
En *El Baluarte*, de Sevilla, apareció el 26 de Febrero la siguiente poesía, que había sido leída en la velada que se verificó en el Ateneo de aquella ciudad:

Á ZORRILLA

I.

Hace tiempo, ilustre anciano,
que escribirte deseaba

una carta; pero en vano;
cuando la pluma tomaba
se escapaba de mi mano.

De intento tal osadía
sombras de temor y pena
en mi espíritu vertía;
¿cómo saludar serena
al genio de la poesía?

Desde que tu nombre oí
con un afán mi alma sueña,
afán de llegar á ti;
pues ya que soy tan pequeña
que al menos sepas de mí.

No por orgullo mezquino
ni ambición risible y loca,
siempre el polvo del camino
será polvo, aunque el destino
lo lleve á altísima roca.

Opuestos son noche y día
y se unen, al extinguirse,
en misteriosa armonía;
así, tu vida y la mía
pueden un punto reunirse.

Mi espíritu te buscaba;
se nutrió con tus creaciones;
despierta las admiraba
y en mi sueño me arrullaba
el eco de tus canciones.

Una edad tu nombre llena,
fe canta, amor y heroísmo
tu lira, cuando resuena,
y fuiste rey de la escena
y fuiste rey del lirismo.

Tú á las cabañas bajaste,
tú á los palacios subiste,
y donde quiera dejaste
la gloria que conseguiste

y el genio con que admiraste.

Y aun, buscando defensor,
se abraza á ti la poesia
que en ti solo, trovador,
ella concentrar podia
su moribundo esplendor.

De esta edad entre el bullir,
como en aislado proscenio
miras tus horas huir....
¡Quien atesoró tu genio
nunca debiera morir!

.....
Suspéndeme aqui el concierto
de quejas y de rumores
en que la desdicha advierto....
¡Ay! ¡esos tristes clamores
van repitiendo que has muerto!

Misterios son de la suerte
de que es razón que me asombre;
¡en tu hogar, á sorprenderte,
parece que entró la muerte
porque no entrase mi nombre!

II

Adiós, genio creador de la poesia!
¡Cantor de aquellos altos ideales
que en esta sociedad, sin fé y sin guía,
no vierten ya destellos celestiales!
¡Adiós, poeta de inmortal memoria;
duerme en paz en la tumba que te encierra,
que estrecha al verse para tanta gloria
desparrama tus versos por la tierra!

Ellos, de España, rítmico tesoro,
notas de tu laud, nunca extinguidas,
escritos son en páginas de oro
con lágrimas de un pueblo humedecidas.

A la tumba una edad llevas contigo,



la que encarnó en tu sér, y en tus leyendas
y halló en tu númen generoso amigo
que cantase sus glorias y contiendas.

Al patrio amor tu corazón inmolas,
y allí, donde te arrojan tus azares,
encuentran las grandezas españolas
su espejo en tí, su lengua en tus cantares.

El tiempo, ingrato aunque tus láuros la-
(bra

y nobles canas en tu sién venera,
selló en tus labios la postrer palabra
y en tu vida la página postrera.

Recogió la amistad tu último aliento,
y moriste, con lánguida agonía,
cual se aduerme en el alma un sentimiento,
cual se extingue en el aire una armonía.

Y fué la que sintió materia inerte,
obscuridad, la luz, hielo la llama;
queda un cuerpo, despojo de la muerte;
y queda un hombre, herencia de la fama.

Del trovador la cítara, ya muda,
duerme bajo laureles y crespones;
ya al siglo del progreso y de la duda
no inspirará la fe de sus canciones.

Hoy todo se transforma, todo muere;
pasaron ya creencias y heroísmo;
sólo vibra un laud, cuando lo hiere
torpe sarcasmo, ó negro excepticismo.

Es todo confusión, todo combate,
algo aparece, y algo se derrumba;
ese volcán que á nuestras plantas late,
¿será al fin nuestra luz ó nuestra tumba?

Tú, que ya vives de nosotros léjos,
tal vez de la verdad en el planeta,
dejaste aquí los últimos reflejos
de tu espíritu inmenso de poeta.

Al pié de tu reciente sepultura

tu triste Patria, que tu genio adora,
quiere expresar en vano su amargura;
que si es hondo el pesar, sólo se llora.

Tampoco puede hallar mi pensamiento
voz que te cante, aunque el dolor lo inspira:
¡yo pudiera expresar mi sentimiento
si tuviese una cuerda de tu lira!

MERCEDES DE VELILLA.

Sevilla 28 Enero, 1893.»

El jueves 16 de Marzo, se verificó en el teatro Principal, de esta ciudad, otra velada en honor del inmortal cantor de Granada, poniéndose en escena la hermosa obra de D. José Zorrilla, titulada *Traidor, inconfesado y martir*, y leyéndose poesías, algunas de las cuales reproducimos á continuación.

El laureado poeta granadino, don Ceyetano del Castillo, leyó la que sigue, de Zorrilla, y el soneto que reproducimos debido á su claro ingenio, cuyas composiciones entusiasmaron de tal modo al auditorio, que se oyeron al terminar, nutridas salvas de aplausos:

LA SIESTA

☞ Son las tres de la tarde, Julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla;

La luz es una llama que abrasa el cielo;
Ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre á la mosca todo se enerva,
La culebra se enrosca bajo la hierva;
La perdiz por la siembra suelta no corre,
Y el cigüeño á la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galbana se asoma á su hoyo,
Ni el mosc pez se afana contra el arroyo,
Ni hoza la comadreja por la montaña,
Ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua, el aire no arruga, la miés no ondea,
Ni las flores, la oruga torpe babea;
Todo el fuego lo agosta del seco estío:
Duerme hasta la langosta sobre el plantío.
Solo yo velo y gozo fresco y sereno;
Solo yo de alborozo me siento lleno;
Porque mi rosa
Reclinada en mi seno
Duerme y reposa.

Voraz la tierra tuesta sol del estío;
Mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta, brota el rocío,
Susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
¡Duerme entretanto
Que yo te velo; duerme
Que yo te canto!

I.

Como le canta y mece la madre al tierno
(niño
Que duerme en su regazo, mi amor te arru-
(llará;
Como para él la madre mil frases de cariño
Inventa, mil cantares mi amor inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante,

Los versos que te canto mientras durmiendo
(estás:
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que
(te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
En una red de tamo prision en un rosál,
Y al cual todas las noches á alimentar venia
La abeja que le amaba con miel de su panal?
¿Prefieres una historia como la historia ho-
(rrenda
De aquel que fué á su amada celoso á dego-
(llar,
Cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda
Y la cabeza le iba de noche un beso á dar?
Di, ¿cómo hablarte debo cuando tu sueño
(arrullo
Porque mi voz anhelo que te parezca tal,
Como la miel que daba posada en un capullo
La abeja de mis cuentos al silfo del rosál?
¡Mas duerme, vida mia! mientras te arrullo
Yo de mi poesia con el murmullo.
Mientras la aura en tus rízos juega y orea,
En contar tus hechizos mi alma se emplea.
Duerme, que te adormece fiel mi cariño
Como le canta y mece la madre al niño.
Duerme, que yo á millares pondré mi em-
(peño
En inventar cantares para tu sueño,
La enramada nos presta su toldo umbrió
Susurra la floresta, murmura el río,
Todo invita á la siesta, duerme, biñ mio;
Duerme entretanto
Que yo te velo; duerme
Que yo te canto!

II.

Mis ojos no se sacian de verte y admirarte.
¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa te
(nizo Dios!
No hay nada con que pueda mi idea compa-
(rarte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú ha-
(cer dos.
Mas sé, aunque estás dormida que escucha tu
(alma atenta
Los versos que á tu oído depositando voy,
Porque ellos son la copa donde mi amor fer-
(menta
Y en ellos destilado mi corazón te doy.
Yo siento los latidos del tuyo mientras duer-
(mes,
Las penas de tu suave vital respiración.
Tus manos entregadas bajo la mía inermes
Y tu hálito que absorbe voraz mi aspiración.
Mientras que yo te canto, tú sientes como te
(amo,
Mi amor no se lo ha dicho jamás á tu pudor,
Más sé que tu alma en sueños responde á mi
(reclamo
Mientras que yo te duermo con un cantar de
(amor.
Y acaso sientes Rosa cuando tu sueño halago
Con mis palabras, algo de la inmortal pasión,
De la cabeza que iba con un murmullo vago
A dar á su verdugo un beso de perdón.
Yo te amo, como el mundo jamás ha amado;
Con un amor profundo de fé dechado;
Aun más que aquella santa cabeza fría
Al que de su garganta la segó un día.
Tu amor se mete dentro de mis entrañas
Como el oro en el centro de las montañas.

Pronúncialas ¡mi vida! Su plácido murmullo
Dará á mi alma un nectar de dulcedumbre
(tal.

Como la miel que daba pasada en un capullo
La abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Mas tu sonrisa, Rosa desaparece;

¡Qué idea ruin te acosa, que te entristece?

Un ¡ay! sentir me dejas que no articulas;

Dá á mi oído esas quejas que no formulas.

El cielo en tu risueño lábio se abría,

¡Vuelve á aquel dulce sueño que sonreía!

Duerme, mi bien, en calma que yo te velo,

En tu faz de tu alma mirando al cielo.

Duerme, el bosque nos presta su toldo umbrio

Susurra la floresta, murmura el río,

Todo invita á la siesta ¡duerme bien mio!

Duerme entretanto

Que yo te velo; duerme

Que yo te canto.

IV.

¡Qué idea tan horrible! Si en sueños hala-
(güeña

A mi no me sonrie, sinó á feliz rival!...

¡Si al són de mis cantares falaz con otro sue-
(ña,

Riéndose hasta en sueños, de mi pasión leal!

¡Dios mio! si en el centro del corazón me
(clava

De su desdén el frío desgarrador puñal...

Mi amor le daré siempre como su miel le
(daba

La abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Rosa, podrás matarme si es que me engañas,

No tu amor arrancarme de mis entrañas.

Del corazón que abrigas la dueña eres;

Mas nunca me lo digas, si nó me quieres.
¿Qué he de hacer yo si al cabo mi alma te
(adora?

Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.
Duerme, que mi cariño te mece y canta.
Como la madre al niño que aún amamanta.
Duerme, y si á la hora de ésta, de tu amor
(frio,

Ya nada más me resta que tu desvio,
Mi alma está á tus piés puesta, duerme en
(Dios; fio.

Yo te amo tanto,
Que tragarse, á mis ojos
Haré mi llanto.

Tú dormirás en calma ¡de mi amor centro!
Las lágrimas de mi alma correrán dentro.
Duerme, el bosque nos presta su toldo um-
(brio.

Susurra la floresta, murmura el río.
Duerme en calma tu siesta, que el duelo es
(mio;

¡Duerme entretanto
Que yo te velo; duerme
Que yo te canto!

JOSÉ ZORRILLA.

ZORRILLA.

De la patria vibró el divino acento
en cada cuerda de su lira hoy rota;
de su dulce poesía, cada nota
fué gráfica expresión de un sentimiento.

La muerte descargó su golpe cruento,
¿mas quién del génio la existencia agota,
si inmortal su recuerdo vive y flota
sobre el revuelto mar del pensamiento?

Ciudad del viejo bardo idolatrada,

por el poeta rey lágrimas vierte;
que al conjuro de ofrenda tan preciada,
acaso entre las sombras de la muerte
la imagen juvenil de su Granada
anime un punto su cerebro inerte.

CAYETANO DEL CASTILLO.

En la misma velada, leyó la siguiente poesía el joven y distinguido periodista, D. Luis María Lasala, cuya composición fué leída tan admirablemente, que la aplaudió el público con verdadero entusiasmo:

Á ZORRILLA

Apenas de la vida las puertas entreabria,
Cuando hasta mi llegaron cuál mágico rumor
Acentos y suspiros de extraña melodía,
Fantásticas consejas, raudales de poesía,
Canciones inspiradas de errante trovador.

Yo oí de Margarita la tímida plegaria;
Vi absorta que surgía al son de aquel laúd
El bravo Juan Robleda, la amante Pasionaria,
Del conde de Castilla la sombra legendaria,
Favila el esforzado, la hermosa Doña Luz.

Miniados camarines, alcázares feudales
Y arábicas mezquitas, se alzaron ante mí;
Esbeltos minaretes, castillos colosales,
Y góticas arcadas de viejas catedrales,
Y á un mundo de quimeras llevada me senti.

En él amó á Moraima mi loca fantasía;
Siguió del Nazarita el volador corcel,
Y se embriagó aspirando la célica ambrosia
Que entre las brisas leves á su Granada envía
Al extender las alas el ángel Azael.

Los ecos de aquel arpa, del vate las que-
(rellas,
Mi mente fecundaron, y á las regiones bellas
Do flotan sus delirios, lancéme con afán,
Para evocar memorias, para seguir las huellas
Del que mató á D. Pedro, del que salvó á don
(Juan.

Las tuyas, bardo ilustre; mas pobre golon-
(drinal
Cómo alcanzar el vuelon gigante del condor?
Al escuchar tus cantos, tu origen se adivina;
Poeta, bien has dicho con habla peregrina:
Tu madre fué una alondra, tu padre un ruiseñor

Y son tus versos dulces como el fugaz
(murmullo
Que forma bajo el césped oculto manantial;
Cual de torcaz paloma el amoroso arrullo;
Como la miel que daba, posada en un capullo,
La abeja de tus cuentos al silfo del rosal.

Con esa miel que mana de tu cantar divino
Tú nutres y alimentas la actual generación,
Y al recorrer el mundo, dichoso peregrino,
Regueros de armonía señalan tu camino,
Y brotan gayas flores de tu laud al son.

¿Qué genios te enseñaron tus árabes ba-
(ladas?
Allá de oscura noche, en la feliz quietud,
¿Qué dicen á tu oído las peris y las hadas?
¿Qué silfides te cuentan historias regaladas
Que absortos escuchamos y sólo sabes tú?

Quizá desde los bosques de nácar y corales
Do ciñense con perlas las frentes de marfil,
Las náyades te envían suspiros virginales,
Que cruzan los esúrneos palacios de cristales,
Envueltos en las ondas del céfiro sutil.

Quizás al tibio rayo de la menguante luna,
Para gemir dolientes sobre su Alhambra fiel,
Entre rosadas nubes, á su ciudad moruna
De sciend'en las huries llorando su fortuna,
Y cœrcante anhelosas en rápido tropel.

Tal vez algún conjuro, juzgando tus cantares
Los mármoles rompiendo de tumbas seculares,
Altivos paladines acuden á tu voz.
Y virgenes, ornadas de blancos azahares,
Que vuelan al impulso del huracán veloz.

Y virgenes y hadas, nereidas y guerreros,
Al son del moro adufe, del arpa de Israel,
En grupos impalpables suspiran lastimeros,
Sus cuitas te confían, circúndante ligeros,
Tus sienes coronando de mirto y de laurel:

É hiriendo tú las cuerdas de misteriosa lira,
Secretos de otros mundos nos legas al pasar:
Sobre tu frente irradia la musa que te inspira,
Deslumbras con sus rayos al orbe que te ad-
(mira,
Y cruzas victorioso los montes y la mar.!

Eres el ave fénix, á quien la gloria aclama;
Yo, tímida avecilla que al mundo te siguió
Y sube al alto nido donde tu voz la llama;
Yo sé que el viejo fénix á sus hijuelos ama,
Y soy el más pequeño de sus hijuelos yo.

Cobijenme tus alas, acójeme indulgente,
Que aunque mi acento indigno de tu grande-
(za es,
Del fondo de mi alma elévase potente,

Y brota sin aliño, como el fugaz torrente
Que entre peñascos rudos destrénsase á mis
(pies.

Tu música acompaña mis cánticos sencillos;
Siento lo bello y corro de la belleza en pos;
Mi guzla ciñen sólo romeros y tomillos,
Y canto, como trinan los tiernos pajarillos ...
Para alegrar los valles y bendecir á Dios.

Naci en Andalucía: sus genios inmortales
Aún aman los pensiles que habita el andaluz;
Sus zambras, que recuerdan las zambras
(orientales,
Sus bosques olorosos de adelfas y rosales,
Su cielo, de que llueven inspiración y luz.

Naci en Andalucía: quizás alguna maga
Bajó sobre mi cuna mis sueños á arrullar;
Contóme sus leyendas con elocuencia vaga,
Bebi de la poesía el néctar que embriaga,
Mas sin aliento halléme para poder volar.

Los seres que tú sueñas, son seres que yo
(amo;
Mi alma y la tuya, hermanas por sentimiento
(son;

Por eso con orgullo tu hijuelo me proclamo,
Tu voz hasta mi llega, acudo á tu reclamo,
Y á la montaña subo pidiendo inspiración.


Tú eres hermosa abeja á quien el mundo
(alaba,

Porque poetas forma con miel de su panal.
Yo, el silfo prisionero de que tu cuento habla-
(ba...

¡Oh!, dame tu miel dulce... la que á tu silfo
(daba

Posada en un capullo, la abeja del rosal.

LA CONDESA DE PARSENT.



La Madre de Familia.

En esta acreditada revista literaria, instructiva y moral, de que es directora y propietaria la eminente poetisa granadina D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez, se publicaron últimamente dos hermosísimos trabajos dedicados á Zorrilla, originales de tan distinguida escritora, que nos complacemos en reproducir á continuación:

¡ZORRILLA!

Las letras españolas acaban de sufrir una pérdida irreparable.

Zorrilla, el cantor de las glorias de Granada, el sublime poeta de los cuentos y de las tradiciones caballerescas: el que ha derramado más flores en el camino de la vida que letras tienen sus libros, llenos de galas, de inspiración, de verdadera poesía; acaba de morir; acaba de inclinar su frente abrumada bajo el peso de la enfermedad y los años.

Zorrilla no era, á pesar de su pode-

rosa imaginación, ni político, ni calculador, ni hombre de negocios. Era solo un poeta; pero no un poeta de nuestra época; época en que se vende y se compra y se adultera todo. No: Zorrilla era el trovador errante de los siglos pasados: era el pájaro que cuelga su nido en la flotante rama del árbol que encuentra á su paso; en la torre del alto campanario; sobre el techo de cañas de la humilde choza, en cualquier parte donde haya espacio y libertad, aire y luz.

Nosotros que no poseemos ni ciencia, ni saber, ni estudio alguno, no podríamos nunca analizar ni avalorar sus hermosas obras. Pero la popularidad de que gozan; el favor que han obtenido donde quiera; el cariño con que han sido acogidas siempre, es su verdadero, su solo elogio, y el mejor juicio crítico que de ellas se pudiera hacer.

Decidme ¿en que rincón de España no habrá sonado el nombre del popular cantor? ¿Quién no ha recitado sus fáciles y sonoros versos? ¿Quién no los conoce? ¿Quién no los repite en su memoria?

Y si este entusiasmo y este cariño,

y esta admiración instintiva y general no fuera bastante á proclamarle el primero de los poetas españoles, bastaría á consignarlo así, el acto grandioso realizado, no hace muchos años, y en honor suyo, en esta bella y nobilísima Ciudad. Su solemne coronación; el homenaje nacional que aquí recibió.

¡Cuán pocos ¡ay!, cuán pocos podrán vanagloriarse de haber obtenido tan hermoso triunfo; de haber alcanzado semejante gloriol gloria más alta y más significativa por cierto si se atiende á la decadencia y al abandono en que hoy yacen sumidas las bellas letras.

Y es muy raro también por cierto; es muy raro que en un siglo de positivismo, de frialdad, de cálculo y materialismo; la muerte de un hijo de las musas, de un soñador, de un poeta solo, cause tan honda pena, conmoción tan dolorosa y tan profundo duelo como España entera experimenta hoy al sentirse afligida por la pérdida de Zorrilla.

Mucho debía valer, muy grande debía ser el poder de su genio, para angustiar, para estremecer, para llenar de luto á una nación entera!

Y así ha sucedido, y así es en verdad!

La muerte del poeta ha sido un acontecimiento tristísimo, que lamentan todos los españoles, sin distinción de ideas ni de partidos ni de opiniones. El noble y el plebeyo, el poderoso y el desheredado; la noble dama y la modesta obrera; todos le lloran, todos sienten su pérdida. y... hasta parece que la naturaleza misma, dominada por la magia de su acento quizá, ha sido piadosa con él y ha hecho en su favor una excepción, por que su muerte no ha sido muerte; ha sido casi un tránsito, que le ha hecho pasar sin esfuerzo alguno de los brazos de sus deudos y amigos, hasta el reposo del sepulcro; desde los bellos sueños de su mente hasta el sueño profundo de la eternidad!

¡Oh! él es ya feliz! Los genios como el suyo no se extinguen ni se acaban, tienen el privilegio de la inmortalidad del recuerdo, y de la inmortalidad de la gloria!

Y ¡quién sabe! ¡ay! quién sabe si el que tan bien describió las maravillas de la tierra, sin dejar una, no encontrando ya aquí objeto digno de sus

cantos, alza ya su acento poderoso y fuerte en otro mundo mejor ensalzando el poder y la grandeza infinita de Dios!

Si, esto debe ser! por que su pluma no ha manchado ni las páginas que escribía, ni el el corazón ni los oídos donde resonaba su voz!

¡Su pluma no se ha mojado en cieno! ¡Se ha mojado solo con el rocío de las flores y con el llanto del amor!

Por eso, lo decimos con entera fe, él es ya feliz! Pero... ¿y la amorosa compañera de su existencia? ¿y esa triste familia que hacía dulces y llevaderos los últimos días de su vejez?

¡Cuánta amargura, cuánto pesar debe rodearlas!

¡Granada entera piensa en ellas y se asocia á su dolor!

Granada, á quien él consagró sus más hermosas inspiraciones, paga hoy una deuda de gratitud, una deuda del alma, enviando á su viuda la más ardiente de sus lágrimas!

Quizá también él entre las flores y los homenajes y los recuerdos que vea en su tumba, fijará sus ojos con más amor en la que le envía su ciudad querida, y dirá sonriendo: «solo por

una corona he podido cambiar la que en la Alhambra me ofrecieran, porque solo hay una de mayor valía! La que he venido á buscar! La que ya poseo! La del cielo!»

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EN LA MUERTE DE ZORRILLA.

A LA CRUZ QUE GUARDA SU LOSA.

Signo de redención: del alma guía:
faro en el mar de la existencia humana,
á cuyo pie, como la espuma vana,
viene á morir la tempestad de un día;
el tesoro sin par que hoy te confía
esta Nación entera, guarda ufana,
que es su gloria más bella y soberana
el cuerpo inerte que á tu sombra fia.

De mi patria cantor, adonde quiera
que alzó la voz, enalteció su historia:
mas halló el mundo estrecho, y á otra esfera
fué su nombre á escribir y su memoria,
que si la España es grande, ¡á España entera
faltaba sol para alumbrar su gloria!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

La aparición de Zorrilla.

(DEL PROLOGO PARA LA PRIMERA EDICIÓN
DE LAS OBRAS DEL INMORTAL POETA.)

Era una tarde de Febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesión centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro un ataúd; en el ataúd los restos de Larra; sobre el ataúd una corona. Era la primera que en nuestros tiempos se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder.

La envidia y el odio habían callado: los hombres de moralidad dejaban para después la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitolio, al cementerio de la Puerta de Fuencarral,

donde las manos de la amistad le habían preparado un nicho.

Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes.

Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inexplicable nos detenía en derredor de aquel túmulo; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo.

Entonces el Sr. Roca de Togores, levantando penosamente de su alma el pesado dolor que la oprimía, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto alzó su voz: Larra se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados días. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no lo sientan, que los mismos que le hayan sentido le habrán

ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra región, vive en otro mundo: los objetos hacen en impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma vé claros los misterios ó cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender.

.....
...No era amistad lo que sentíamos: no era la contemplación profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, ó más que todo esto, ó todo esto reunido para elevarnos á aquel estado de inexplicable magnetismo en que una situación vivamente sentida por muchos, parecen que se ayudan todos á sostenerse en las nubes.

.....
Entonces, de en medio de nosotros y como si saliera de bajo de aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un joven, casi un niño, para todos desconocido.

Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oír una voz que por primera vez resonaba en nuestros oídos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que ván insertos en la primera página de esta colección, y que el Rr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecido á la fuerza de su emoción, el mismo autor no pudo concluirlos.

Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo, y así que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonias nos había hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiración religiosa de que aún estábamos poseidos, bendijimos á la providencia, que tan ostensible hacia aparecer un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre Larra á la mansión de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

EL SÉQUITO DE ZORRILLA

La mariposa del génio
tendió á la gloria las alas,
y ayer fué el sublime entierro
de la marchita crisálida,
Formando un rio de oro
trajes, seres, flores, galas,
al féretro iba siguiendo
una ciudad enlutada.
Si tiene triunfos la muerte,
fué ayer su gloria más alta,
un rey-poeta fué el muerto
y una nación lo lloraba.
Detrás del séquito triste
de formas vivas y humanas,
con la absorta fantasía,
lance que todo lo agranda,
de comitiva más bella
vi las figuras preclaras.
Iban el carro siguiendo
principes, reyes y damas,
pajes de rubia guedeja
y nobles de alta prosapia.
Sin que ninguno los viese
más que mi ansiosa mirada,
desfilaron mesnaderos,
cascos, petos, plumas, lanzas.
A los guerreros seguian
monjas como el lirio blancas,
y abadesas y priores
en los labios la plegaria.
Burladores de doncellas
envueltos en rojas capas;

en el birrete la p'uma
y en el cinto las espadas,
escoltaban á sus victimas,
que el mundo rostro inclinaban
mostrando sobre las sienas
sus coronas deshojadas.

Don Juan, saciado el deseo
de traiciones y asechanzas,
de *Doña Inés* como sombra
iba besando las plantas.

Don Luis, con ojos de ira,
hoscó y fiero le retaba,
dispuesto á sacar al punto
el acero de la vaina.

Lento el *Capitan Montoya*
las duras piedras hollaba
y el penacho de su pluma
relucía cual la llama.

Duendes y gnomos inquietos,
brujas de faz demacrada,
hadas, ondinas, neiradas,
sombras, silfos, y fantasmas,
iban mostrando los cuentos
tramados con hebras áureas,
que el gran mago del estilo
trazó con pluma bizarra.

Prisidiendo el duelo triste
una mujer descollaba:

¡la sublime *Margarita*,

cuerpo de luz y hostias santas!

—¿Dónde tan brillante séquito—
dije sollozando—marcha?

¡Ha muerto Apolo, y se entierra
la poesía de España!

SALVADOR RUEDA.



El poeta tradicional y legendario.

(DE LA «LITERATURA ESPAÑOLA EN EL
SIGLO XIX-TOMO 1.º)

Si hay un nombre que reuna y condense las agitaciones y ensueños de periodo romántico en España, es sin disputa el de D. José Zorrilla. Él supo regenerar con el más puro y simpático españolismo la revolución que desde otros climas había penetrado en nuestra literatura: él supo convertir aquella musa informe, vacilante y sin norte fijo en intérprete del sentimiento y las grandezas nacionales, él con manos vigorosas arrancó para siempre del ante la planta, exótica del pseudo clasicismo esteril y orgulloso, y renovó los días de nuestros grandes siglos, el XVI y el XVII, prestando nueva vida al mundo ideal y ya casi olvidado de Calderón y Lope de Vega.

.....
.....
...La historia de España, pero esa

historia que no se aprende en los descarnados cronicones, ni en los archivos; historia íntima y palpitante escrita en el polvo y las ruinas de los vetustos monumentos, fué el verano inexhausto de dónde tomó Zorrilla las pinturas que inmortalizan su número legendario. Viajero incansable por los espacios ideales, con la mente abstraída de la sociedad actual y el corazón puesto en la que le hacía columbrar sus ensueños, habla al escéptico indiferentismo con la fervorosa credulidad de otros días, y reproduce en su area de trovador las aéreas y lejanas notas que de ellos ha recogido.

.....
.....
...Desde Rodrigo hasta Isabel, desde la fatídica rota del Guadalete hasta la rendición de Granada, el genio creador de Zorrilla ha sabido desenvolver un cielo poético, quizás con el fin único de entretener ócios y dar parte á las fantasías meridionales, pero formando en realidad algo superior y que no morirá mientras exista y pueda entenderlo la raza española. Los encantos de la religión y las increíbles hazañas de los paladines, los despedazados re-

siduos de la abadía y del alcázar fronterizo, los cantos del trovador errante y la salmodia de los monjes solitarios, ajimeces y celosías, calados y rosetones góticos, esos son los atractivos que mueven el corazón y la pluma de Zorrilla para ofrecerlos á nuestros ojos con el poder irresistible de la realidad embellecida por el arte.

.....
.....
.....

...Con todos sus defectos, incoherencia y desigualdades, Zorrilla alcanzará un lugar elevadísimo en la literatura del siglo XIX. Tuvo predecesores, y está fuera de duda su originalidad omnimoda; esclavo de su inagotable númen, concibió sin estudios, sin maestros y sin luces obras destinadas á no morir, alimentó con ellas á una generación, sin que hayan perdido nada de su innarchita juvenud. Los que llegaron despues de él hubieron de pisar sobre sus huellas para subir á las regiones de lo ideal; los que mañana canten en la lengua de Castilla, serán necesariamente sus continuadores. Zorrilla no es el profeta de la sociedad que nace, sino el reflejo de la que pasó,

y su poesía tiene la melancólica dulzura de los recuerdos. El doble lema á que siempre ha obedecido, á pesar de las veleidades escépticas y revolucionarias que alguna vez sigue su pluma, es *la tradicion*, que sirve de guia en las obscuras sendas del porvenir y *la* fé que procede de Dios, y como Dios es inmortal.

P. FRANCISCO BLANCO GARCÍA

Agustino

El dulce nombre de Maria.

Ya que no nos sea posible publicar completa esta hermosa composición del eminente é inmortal Zorrilla, insertamos á continuación la última parte del magnifico *Poema*, que hemos visto reproducida en diferentes periódicos:

.....
Misteriosos incógnitos rumores
que componeis la mágica armonía
del globo universal; susurradores
murmullos de la noche, melodía
de los ecos del valle zumbadores
gemidos de las auras, poesía
del son con que la hoja, el agua, el ave,
en lengua hablan á Dios que El solo sabe:

Prestad á mi garganta
el acordado ruido
de vuestra lengua santa
de El sólo comprendido:
la voz que solo para Dios levanta
cuanto con voz por El creado ha sido.

Prestádmela un instante,
porque la lengua mía
como vosotros cante,
y mi bárbara y tosca poesía
embelese la tierra,

procurando imitar la melodía
que en sus letras suavísimas encierra
el dulcísimo nombre de María.

Nombre de bendición y de esperanza,
como expresivo santo,
mayor que todo extremo de alabanza,
de admiración y canto,
abarca y simboliza
en la expresión que encierra
cuanto la débil existencia hechiza,
cuanto del sumo cielo á ver alcanza
el mísero mortal desde la tierra.
Nombre más grato al alma y más sonoro
que la conmovedora salmodia
que en la nave del santo monasterio
alza de monjes reverente coro,
la fiesta honrando de solemne día
con los sonos del órgano y salterio;
más grato que el arábigo perfume
que allí aventado en incensarios de oro
ante el altar brillante se consume,
cuyo humo azul en espiral se eleva
por el aire incoloro,
que á las sagradas bóvedas le lleva.
Consuelo del que llora,
del extraviado guía,
para el alma apenada que le implora
es ámbar y ambrosia;
y más que nombre bálsamo divino,
el erial de la vida fertiliza
y en la carrera del mortal destino
alivia las fatigas del camino,
y la llagas del alma cicatriza.
Más deliciosa que la mansa calma
tras huracán bravío y estridente,
más que en el haz del arenal ardiente
la sombra de la palma.

¿Quién explicar ni comprender sabría,
ni con qué á comparar se atrevería
en el lenguaje mundanal mezquino,
el misterio secreto, peregrino
del dulcísimo nombre de Maria?

¿Oísteis por ventura
en la nocturna soledad serena
cantar en la espesura
de la floresta amena
á la alegre y canora filomena?
¿La oísteis en el viento
mezclar el suave acento
de su amoroso pio
con el trémulo son de la onda pura,
con que el sonoro rio
fecunda de los olmos la verdura?
Pues más dulce es aún que la armonía
del son del agua y del cantar del ave
la melodía mística y suave
del dulcísimo nombre de Maria.

¿Habeis guiado acaso
del mar por las orillas
el descarriado paso,
las blancas arenillas
con distracción pisando,
la música escuchando
y el manso movimiento
absortos contemplando
del oleaje lento
con que la mar en calma
distræ el pensamiento
é infunde, sus recuerdos inquietando,
memorias melancólicas al alma?

¿Habeis prestado oído
al hervoroso ruido
de la flotante espuma
que deja en el arena,

y que, antes que se suma
entre sus granos, suena
con bullidor murmullo,
á cuyo vago misterioso arruyo
embebecida el arma se adormece?
Pues música más dulce es todavía
que la del mar que arrullador se mece
para aquel que le invoca con fé pia
el dulcísimo nombre de Maria.

¿Imagináis por suerte
del náufrago espirante
que lucha con la muerte,
cuál es la penetrante
y rápida alegría,
si ve poco distante
la nave protectora cuyo amparo
cable oportuno y salvador le envía?
¿Imagináis el ansia con que avaro
de salvación aprieta el cabo suelto?
¿Concebis el placer con que respira
al percibir que el cable le retira
de la salobre mar, y cuando vuelto
en sí, seguro en el bajel se mira?
Pues es mal dulce al corazón humano
náufrago errante por la mar sombría
de la miseria y del dolor mundano,
invocar el auxilio soberano
del dulcísimo nombre de Maria.

¡Dichoso quien le adora!
¡Feliz quien en él fía!
Dulce será su postrimera hora
y dulce su agonia:
y al cerrarse sobre él la sepultura
para emprender, temblando de pavora,
de la tremenda eternidad la vía,
Maria de su alma protectora
alumbrará su eternidad sombría.

PLEGARIA

Maria, cuyo nombre
como conjuro santo
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escribeme en el pecho
tu nombre omnipotente,
porque jamás intente
aposentarse en él.

Maria, Soberana;
de cuanto el orbe encierra,
rocío de la tierra,
estrella de la mar,
tu nombre misterioso
será el fanal tranquilo
que alumbrará el asilo
de mi terreno hogar.

Maria, cuyo nombre
es fuente de pureza
que lava la torpeza
del frágil corazón,
tu nombre será el agua
que el mio purifique
de cuanto en él radique
maligna inclinación.

Maria, luz del cielo,
cuya brillante esencia
es luz de toda ciencia,
y del saber raudal,
tu nombre sea antorcha
cuyo fulgor auyente
de mi acotada mente
la lobreguez letal.

Maria, cuyo nombre
es música más suave
que el cántico del ave
y que del agua el son,

tu nombre sea fuente
do beban su armonia
mi tosca poesia,
mi pobre inspiración.

Maria, á cuyo nombre
la divina justicia
al pecador propicia
se inclina á perdonar,
tu nombre sea, cuando
la eternidad se me abra,
la última palabra
que exhale al espirar.



DOS POESÍAS DEL INMORTAL ZORRILLA

La que va en primer término, de una belleza admirable, publicóla el Sr. Zorrilla en su primer libro, editado en Madrid, en 1837, y la siguiente es tan cadenciosa que se ha hecho popularísima y no hay quien siendo aficionado á la poesía, no la sepa de memoria, y algunos de cuyos versos han sido sacados á colación por los mejores literatos en sus artículos; tales son estos, que dicen:

*tus labios son un rubí,
partido por gala en dos....*

He aquí, las referidas composiciones:

ORIENTAL.

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta Gomeles
Y el capitán que los manda.
Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo éste á una muger
Que entre sus brazos lloraba:
—Enjuga el llanto, cristiana

No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Edem para ti.

Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con mas de cien surtidores.

Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza,
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
Extiendo mi señorío,
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
Allí el núpalo amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pié del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.

Y tú mi sultana eres;
Que desiertos mis salones
Está mi harem sin mugeres,
Mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemiras chales.

Y te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,

Mas blancas que las espumas
De nuestros mares de Oriente,
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios.... amor!—

—¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme moro
A mi padre y á mi patria,
Que mis torres de Leon
Valen mas que tu Granada.—

Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la mejilla una lágrima.—

—Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines són,
Y son mas bellas tus flores,
Por ser tuyas en Leon,

Y tú diste tus amores
A alguno de tus guerreros,
Houri del Edem no llores,
Vete con tus caballeros.—

Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitan de los moros
Volvió en silencio la espalda.

*
* *
*

ORIENTAL.

Dueña de la negra toca,
La del morado monjil
Por un beso de tu boca

Diera á Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor
Del Zenete más bizarro,
Y con su fresco verdor

Toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambras de los moros
El valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
Y armaduras y pebetes
Y diera... ¡que tanto vales!
Hasta cuarenta jinetes.

Por que tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al Oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbre dora.
Tus labios son un rubi
Partido por gala en dos...
Le arrancaron para ti
De la corona de Dios.

De tus labios la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.

¡Oh, que hermosa nazarena
Para un harem oriental,
Suelta la negra malena
Sobre el cuello de cristal.

En lecho de terciopelo
Entre una nube de aroma
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!

Ven á Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el sultan será ¡oh sultana!
Un esclavo para ti.

Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de juzgar tu belleza
Para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca
Diera su reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.

José Zorrilla.



En el importante diario *El Liberal*, de Madrid, correspondiente al día 24 de Enero del corriente año, apareció otra primorosa y originalísima poesía que nos complacemos en reproducir, también del egregio cantor de Granada, y que como las dos anteriores, se denomina

ORIENTAL.

De la luna á los reflejos,
A lo lejos
Árabe torre se ve,
Y el agua del Darro pura
Bate obscura
Del muro el lóbrego pie.
Susurra el olmo sombrío
Sobre el río,
Dando al oído solaz,

Y en los juncos y espadafias
Y en las cañas
Susurra el aura fugaz.
Se abre en la arena amarfíla
De la orilla
Vertiendo aroma la flor.
Y las plumas de colores
En las flores
Estremece el ruiseñor.
Vierte en gotas cristalinas
Peregrinas
El rocío su cristal,
Y en cada perla de plata
Se retrata
El alcazar oriental.
Recorridas las sombrías
Celosias
Del calado torreón,
Está en la árabe ventana
La sultana
Murmurando una canción.
Y en la atmósfera serena
Libre suena
La melancólica voz,
Y abajo en la yerba verde
Al fin la pierde
Con ráfaga veloz.
Y al compás de su garganta
Rauda canto
Contestando el colorín,
Saltando entre los galanes
Tulipanes
Del espléndido jardín.
Y al rumor del dulce trino
Poregrino
De arpa bella y ruiseñor,
Oído prestan atento

Agua, viento:
Olmo, alcázar, campo y flor.
Así la mora decía,
Y respondía
En la rama el colorín,
Y esto el moro lo escuchaba
Que velaba
Receloso en el jardín:
«Dánme el ánimo de un moro,
«Perlas y oro.
«Y coronas en la sien;
«¡Dime, flor, á mi ventura
«Y hermosura
Lo que falta en el harén!
Dánme chales los califas
Y alcalifas,
«Y guirnaldas en la sien;
«Dime, huerto, á mi ventura
«Y hermosura
«Lo que falta en el haren!
«Dánme baños y festines
«Y jardines
«Que me mienten el Edén:
«¡Dime río, á mi ventura
«Y hermosura
«¡Lo que falta en el harén!
«Transparentes como espumas
«Dánme plumas,
«Y ata los velos á mi sien;
«¡Rui señor, di, á mi ventura
«Y hermosura
«Lo que falta en el harén!
«Nada al fin que le dé enojos
«Ven mis ojos,
«Nada que arrugue mi sien
«¡Dime, luna, á mi ventura
«Y hermosura

«Lo que falta en el harén!»
Llegaba aquí y una sombra
En la alfombra
La lámpara dibujó;
A su lado en la ventana
La sultana
Con el sultán se topó.
«Tienes torres, dijo el moro,
«Perlas y oro
»Y guirnaldas en la sien;
«Dice, hermosa, á tu ventura
«Y hermosura
«Lo que falta en el harén.
¿Que hay en el huerto sombrío,
«Y en el río,
«Y en el ave y en la flor,
«Que al rayar el claro día
«¡Vida mía!
«No te traiga tu señor?
«Dí, ¿qué falta á tu belleza,
«A tu riqueza
«O á tu loca voluntad?»—
—«Señor, esos ruiseñores
«En las flores
«Tienen *aire y libertad.*»

JOSE ZORRILLA.

PENSAMIENTOS.

(Sobre la muerte)

¿Por qué temer la muerte si procuramos todos
llegar de ella más pronto al término fatal,
de dárnosla inventando cien mil diversos modos
y hacer apoteosis de los que mueren mal?

¿Por qué si es tan gloriosa la muerte del guerrero
que muere como muere el tigre y el chacal,
tras sí de sangre é irá dejando un gran reguero,
por qué ha de ser más fea la muerte natural?

Humanidad estúpida que insana te complaces
en inventar mil muertes de que lanzarte en pos,
más prontas, más atroces, más feas las que tú haces
que la tranquila y dulce y santa que hizo Dios.

¿Por qué á la que Dios hizo, que es sólo un dulce sueño,
descanso de una vida de dualo y de inquietud,
la tienes tal pavora y pones tanto empeño
en rodear de asombros y miedos su ataúd?

.....
La vida está en el alma; la luz está en la ciencia;
la vida es un gran viaje; la tierra es un jardín;
la ciencia es un cultivo del alma y la conciencia;
la ley es la justicia; la eternidad su fin.

JOSÉ ZORRILLA.

Primero y últimos domicilios de Zorrilla.

La casa donde nació Zorrilla, en Valladolid, es la señalada con el número 3 en la calle de Fray Luis de Granada y consta de un piso. Tiene un jardinito y una extensa corralada, y aunque su construcción data de larga fecha, se conserva en muy buen estado.

La planta alta está dividida en las siguientes habitaciones: una espaciosa sala situada á mano derecha al subir la escalera; frente á esta escalera la cocina y al lado izquierdo hay una puerta que comunica con una habitación dedicada á comedor: en esta habitación hay otra puerta que comunica con un salón cuadrado destinado á sala de descanso. Esta habitación comunica por medio de una puerta secreta con la sala antes descrita, de la que se pasa á una habitación dormitorio, y de ésta á otra para el mismo uso, en la cual se cree nació el autor de *D. Juan Tenorio*; tiene además otro cuartito dedicado á guardar ropas y baules.

Si el Ayuntamiento de Valladolid llega á adquirir la propiedad de esta finca, cosa no muy fácil, puesto que su pro-

pietaria no se halla dispuesta á venderla, en ella, y á bien poca costa, podría instalarse una magnífica biblioteca, capaz para contener muchos cientos de volúmenes de obras literarias.

Por los tiempos en que nació nuestro gran poeta nacional, esta calle se llamó de la «Ceniza», tomando posteriormente el nombre de «calle de Elvira» y últimamente el que hoy lleva. ¿No podría el Ayuntamiento de Valladolid dar á esta calle el nombre del cantor de Granada?

Su última morada

Prescindiendo de ultraterrenos destinos al genio del bien y de la poesía guardados, y que en puridad constituye la morada, verdadera después de la muerte, la última morada de Zorrilla en vida ha sido un piso tercero de la calle de Santa Teresa, número 3, en la Corte. Y hoy muerto, tienen sus restos materiales morada última en la sacramental de San Justo, y su memoria tiene morada en todos los buenos corazones enamorados de lo bello y su nombre la tiene en todas las inteligencias, subyugadas por la inspiración del genio inmortal.

Zorrilla, retratado por sí mismo.

¿QUIEN SOY?

Hé aquí lo que decía él mismo, de una manera tan resuelta, tan animada y original que le retrata de cuerpo entero:

«¿Quién soy?—Quién sabe!—Mi sér ignoro,
más de armonia guardo un tesoro;
y siendo armónica mi condición,
átomo suelto, libre, sonoro
donde hallo un eco, produzco un son;
Y ya se exhale de un arpa de oro,
ya, en una hermita, del esquilón,
ya del aullido de un muezin moro,
ya de las turbas en rebelion,
ya de un insecto que errante zumbe,
ya de una gruta que honda retumbe,
ya de un torrente que se derrumbe...
ya del bramido del aquilón
que el roble añoso crugiendo abata,
que atorbelline la catarata,

.....
en mí una fibra tocando armónica,
encuentra unísona repetición;
y el son más débil, mas fugitivo,
me presta el tema, me da el motivo
de una plegaria ó una canción.

Y en una peña desencajada,
en la cruz puesta sobre un camino,
en una torre desvencijada,

en el murmullo del mar vecino,
en los escombros de un monasterio,
en la flor única de un cementerio,
en el arranque de un puente hundido,
en el fragmento de una inscripción:
en *algo* móvil que no haga ruido,
en *algo* oculto que dé un sonido,
en *algo* mucho puesto en olvido,
fundo una historia, sondo un misterio
de que dar cuenta ó explicación.

.....
¿Quién soy?—¡Tú no lo ignoras! ¡oh patria
(á quién adoro!
tú cuyas tradiciones son mi único tesoro,
cuya futura gloria mi solo sueño de oro,
cuya afección y estima son mi único laurel:
tú que eres sola el germen de mi cantar so-
(noro
que para ti acompañan el pastoril rabel,
el caracol marino y el tarabuh del moro,
la lira de la Grecia y el arpa de Israel.

Yo soy átomo fragil á quien el viento
(mueve
insecto sunsurrante que zumba sin cesar,
el trovador errante del siglo diez-y-nueve,
que cruza mar y tierras en brazos del azar.
Yo voy, de mi fe martir, más fiel á mi destino,
á España por do quiera cantando sin cesar.
.....

Estos versos carecterizan el estilo
dal gran poeta y su vena opulenta
é inagotable. Es poesia extraña;
pero es poesia, y su misma extra-
ñeza hacía á Zorrilla inimitable.

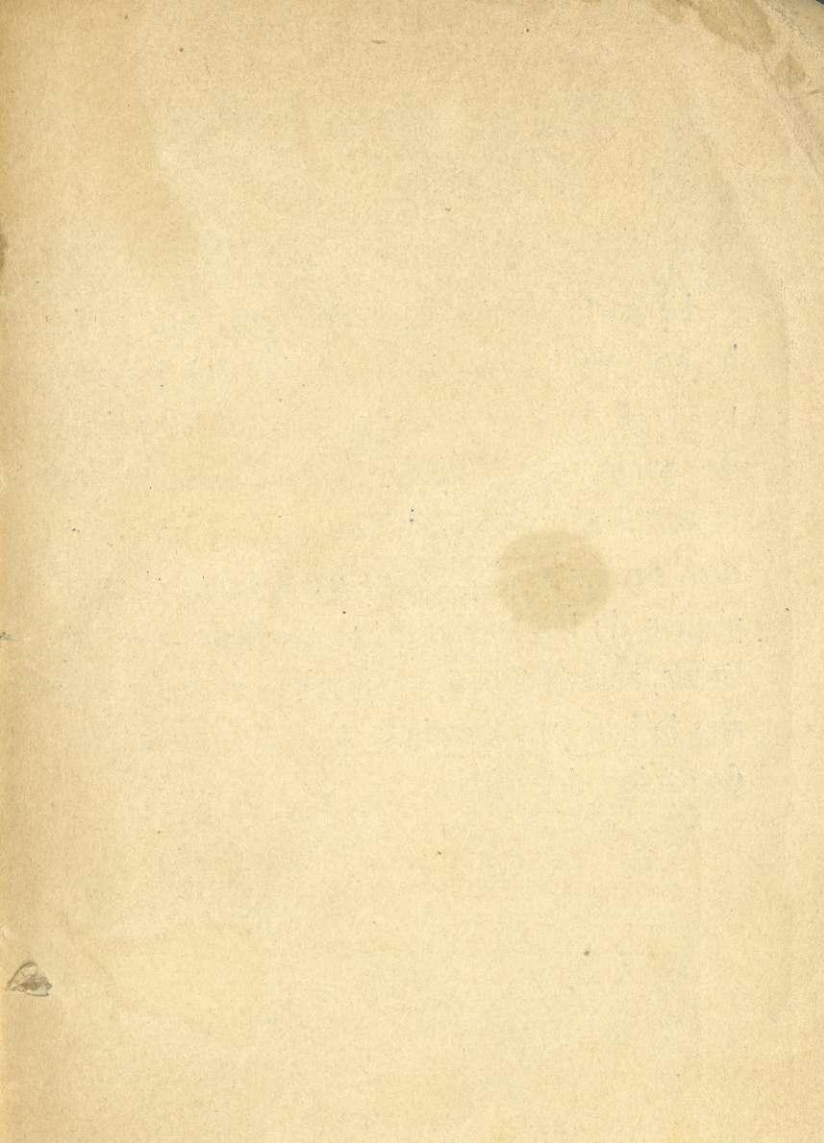
CONCLUSIÓN.

La memoria célebre de Zorrilla, queda honrada cual se merece y es nuestro propósito, en las anteriores páginas, llenas con los selectos escritos de distinguidos literatos españoles, y esmaltadas con bellísimas composiciones poéticas del sublime cantor de las tradiciones y grandezas patrias; y en eso consiste, precisamente, todo el mérito del presente libro; pero creeríamos faltar á un deber de equidad y gratitud, sino consignásemos aquí un cariñoso recuerdo á todos los autores de los artículos apologéticos preinsertos; á la prensa periódica de Madrid y de provincias, á quien corresponden las primicias de su publicación; al noble, entusiasta y patriótico pueblo madrileño, que rindió un homenaje digno de él y del gran poeta, á éste genio precelentísimo, con motivo de su muerte; á las sociedades literarias y científicas, y corporaciones provinciales, municipales, benéficas, *etcetera*, que han celebrado veladas y actos públicos solemnes, para rendir sentidos tributos de admiración y afecto al nombre glorioso del autor de *Don Juan Tenorio*, ó que han señala-

do pensiones á su afligida viuda, asegurándola así una subsistencia decorosa: mereciendo especialísima mención *El Liceo* de Granada, cuya brillante historia registra un hecho que constituye tal vez su más preciado timbre: el coronamiento de Zorrilla, en la Alhambra.

De intento hemos dejado para lo último el estender nuestro recuerdo á las nobles y blasonadas damas de la corte, que, en vida del popular é incomparable poeta romántico, dispensáronle, del modo más espontáneo y generoso, su valiosa protección, no abandonándole en sus necesidades y apuros nunca, sino al contrario, colmándole constantemente de beneficios, que él agradecía con toda su alma, y por los cuales es indudable que bendecirá á sus bienhechoras, desde el cielo.

FIN



La corta edición que de este libro se ha hecho para honrar la memoria del inmortal poeta D. José Zorrilla (q. e. p. d.), se halla de venta en la Redacción del periódico LA PUBLICIDAD, Angel, 7, Granada, al precio de *dos pesetas ejemplar*, puesto que el recopilador de los trabajos que contiene este volumen, sólo se propone resarcirse de los gastos que le han ocasionado la impresión y encuadernación del mismo.

